



Henry James  
Otra Vuelta  
de Tuerca

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# OTRA VUELTA DE TUERCA

HENRY JAMES

PUBLICADO: 1898  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

## OTRA VUELTA DE TUERCA

El relato nos había tenido, en torno al fuego, suficientemente sin aliento, pero salvo la observación obvia de que era truculento, como debe serlo, en esencia, un relato extraño en Nochebuena y en una casa antigua, no recuerdo ningún comentario pronunciado hasta que a alguien se le ocurrió decir que era el único caso que había conocido en que semejante visitación hubiera recaído sobre un niño. El caso, puedo mencionarlo, era el de una aparición en una casa antigua como la que nos había reunido para la ocasión —una aparición, de índole espantosa, a un niño pequeño que dormía en la habitación con su madre y que la despertó preso del terror; despertarla no para disipar su espanto y dormirle de nuevo, sino para que ella misma se topase, antes de haberlo conseguido, con la misma visión que lo había conmocionado. Fue esta observación la que arrancó de Douglas —no de inmediato, sino más avanzada la velada— una réplica que tuvo la interesante consecuencia a la que llamo la atención. Alguien más contó una historia no particularmente lograda, a la que vi que él no prestaba atención. Esto lo tomé por señal de que él mismo tenía algo que ofrecer y que nosotros solo tendríamos que aguardar. Aguardamos de hecho hasta dos noches después; pero aquella misma velada, antes de dispersarnos, él sacó lo que llevaba en la mente.

—Estoy del todo de acuerdo —en lo que respecta al fantasma de Griffin, o lo que fuera— en que el hecho de que se apareciera primero al niño pequeño, a edad tan tierna, añade un toque particular. Pero no es la primera ocurrencia de su encantadora especie que yo sepa que haya implicado a un

niño. Si el niño le da al efecto una vuelta más de tuerca, ¿qué decís de *dos* niños...?

—Decimos, claro está —exclamó alguien—, ¡que dan dos vueltas! Y también que queremos saber de ellos.

Puedo ver a Douglas allí junto al fuego, ante el que se había levantado para dar la espalda, mirando a su interlocutor desde arriba con las manos en los bolsillos. —Nadie más que yo, hasta ahora, lo ha oído jamás. Es del todo demasiado horrible. —Esto, naturalmente, fue declarado por varias voces como algo que le confería al asunto el máximo precio, y nuestro amigo, con silenciosa habilidad, preparó su triunfo paseando los ojos por el resto de nosotros y prosiguiendo: —Va más allá de todo. Nada de lo que conozco se le acerca.

—¿En puro terror? —recuerdo haber preguntado.

Pareció querer decir que no era tan sencillo como eso; que se hallaba realmente en apuros para calificarlo. Se pasó la mano por los ojos, hizo una pequeña mueca de dolor. —¡Por su espantosa... espantosa!

—¡Oh, qué delicia! —exclamó una de las mujeres.

Él no le hizo caso; me miró a mí, pero como si, en lugar de a mí, viese lo que estaba describiendo. —Por su siniestra fealdad y su horror y su dolor generales.

—Pues entonces —dije—, siéntate ya de una vez y empieza.

Se volvió hacia el fuego, le dio una patada a un tronco, lo observó un instante. Luego, al encararse de nuevo a nosotros: —No puedo empezar. Tendré que mandar a la ciudad. —Se oyó un gemido unánime ante esto, y muchos reproches; tras los cuales, absorto como estaba, explicó: —La historia está escrita. Está en un cajón cerrado con llave —no ha salido en años. Podría escribir a mi hombre y enviarle la llave; él podría hacer llegar el paquete tal como lo encuentre. —Fue a mí en particular a quien pareció proponerlo —casi parecía apelar a mi ayuda para no vacilar. Había roto una capa de hielo, formada a lo largo de muchos inviernos; había tenido sus razones para un largo silencio. Los demás sentían el aplazamiento como un agravio, pero fueron precisamente sus escrúpulos los que me cautivaron. Le rogué que escribiera con el primer correo y que acordara con nosotros una fecha temprana para escucharlo; luego le pregunté si la experiencia en

cuestión había sido la suya propia. A esto su respuesta fue inmediata. —  
¡Oh, gracias a Dios, no!

—¿Y el testimonio es tuyo? ¿Lo tomaste tú por escrito?

—Solo la impresión. Esa la tomé *aquí* —se golpeó el corazón—. Nunca la he perdido.

—Entonces, ¿el manuscrito...?

—Está en tinta antigua y desvaída, y en la letra más hermosa. —Volvió a hacer una pausa. —De mujer. Lleva muerta estos veinte años. Me envió las páginas en cuestión antes de morir. —Todos escuchaban ahora, y desde luego hubo alguien que quiso ser socarrón, o al menos extraer la conclusión. Pero si él rechazó la insinuación sin sonreír, tampoco lo hizo con irritación. —Era una persona de lo más encantadora, pero me llevaba diez años. Fue la institutriz de mi hermana —dijo con calma—. Era la mujer más agradable que he conocido en su posición; hubiera merecido cualquiera que fuera. Fue hace mucho tiempo, y este episodio fue mucho antes. Yo estaba en Trinity, y la encontré en casa al bajar el segundo verano. Estuve mucho por allí ese año —fue un año hermoso; y tuvimos, en sus horas libres, algunos paseos y charlas en el jardín —charlas en las que me pareció extraordinariamente inteligente y simpática. Oh, sí; no os riáis: me gustaba muchísimo y aún hoy me alegra pensar que yo también le gustaba a ella. De no haber sido así, no me lo habría contado. Nunca se lo había contado a nadie. No se trataba solo de que lo dijera ella, sino de que yo sabía que no lo había hecho. Estaba seguro; podía verlo. Ya entenderéis fácilmente por qué cuando lo oigáis.

—¿Porque el asunto había sido un susto tan grande?

Continuó mirándome fijamente. —Ya lo entenderéis fácilmente —repitió —: *tú* lo entenderás.

Le devolví la mirada. —Ya veo. Estaba enamorada.

Se rió por primera vez. —*Eres perspicaz*. Sí, estaba enamorada. Es decir, lo había estado. Eso salió a relucir —no podía contar su historia sin que saliera. Yo lo vi, y ella vio que lo veía; pero ninguno de los dos lo mencionó. Recuerdo el momento y el lugar —el rincón del césped, la sombra de los grandes hayas y la larga y calurosa tarde de verano. No era un escenario

para un estremecimiento; pero ¡oh...! —Abandonó el fuego y se dejó caer de nuevo en su silla.

—¿Recibirás el paquete el jueves por la mañana? —pregunté.

—Probablemente no hasta el segundo correo.

—Pues entonces; después de cenar...

—¿Me esperaréis todos aquí? —Volvió a mirarnos a todos—. ¿No se marcha nadie? —Había casi un tono de esperanza en ello.

—¡Todos nos quedaremos!

—¡Yo me quedo! —y —¡Yo también! —exclamaron las señoras cuya partida había quedado fijada. Mrs. Griffin, sin embargo, expresó la necesidad de un poco más de luz. —¿De quién estaba enamorada?

—La historia lo contará —me permití responder yo.

—¡Oh, no puedo esperar a la historia!

—La historia *no* lo contará —dijo Douglas—; no de ningún modo literal y vulgar.

—Peor que peor, entonces. Esa es la única manera en que yo entiendo las cosas.

—¿No lo contarás *tú*, Douglas? —preguntó alguien más.

Se puso de pie de un salto. —Sí... mañana. Ahora debo irme a la cama. Buenas noches. —Y tomando de prisa un candelabro, nos dejó ligeramente desconcertados. Desde nuestro extremo del gran salón marrón oímos sus pasos en la escalera; entonces habló Mrs. Griffin. —Bien, si no sé de quién estaba enamorada ella, sé quién estaba enamorado de *él*.

—Ella le llevaba diez años —dijo su marido.

—*Raison de plus* —¡a esa edad! Pero es bastante entrañable, su larga reserva.

—¡Cuarenta años! —apostilló Griffin.

—Con este estallido al fin.

—El estallido —repliqué yo—, hará del jueves por la noche una ocasión tremenda; —y todos estuvieron tan de acuerdo conmigo que, a su luz,

perdimos toda atención para cualquier otra cosa. El último relato, sin embargo incompleto y semejante a la mera apertura de una novela por entregas, había sido narrado; nos dimos apretones de manos y «cogimos los candelabros», como dijo alguien, y nos fuimos a la cama.

Supe al día siguiente que una carta con la llave había salido, por el primer correo, hacia sus apartamentos londinenses; pero a pesar de —o quizás precisamente a causa de— la eventual difusión de este dato, lo dejamos completamente tranquilo hasta después de cenar, hasta tal hora de la velada, de hecho, que pudiera acordar mejor con el tipo de emoción en que se cifraban nuestras esperanzas. Entonces se mostró tan comunicativo como podíamos desear, y nos dio de hecho su mejor razón para serlo. Lo tuvimos de nuevo junto al fuego del salón, como habíamos tenido nuestras suaves maravillas de la noche anterior. Al parecer, el relato que había prometido leernos requería, para una comprensión cabal, algunas palabras de prólogo. Déjeme decir aquí claramente, para zanjar el asunto, que ese relato, a partir de una transcripción exacta mía hecha mucho tiempo después, es lo que presentaré a continuación. El pobre Douglas, antes de morir —cuando ya lo veía venir— me confió el manuscrito que le llegó el tercero de aquellos días y que, en el mismo lugar, con inmenso efecto, comenzó a leer a nuestro silencioso pequeño círculo la noche del cuarto. Las señoras que se marchaban y que habían dicho que se quedarían no se quedaron, naturalmente, gracias a Dios: partieron, en consecuencia de compromisos adquiridos, en un arranque de curiosidad, según declararon, provocada por los pincelazos con que él ya nos había ido trabajando. Pero eso solo hizo que su pequeño auditorio final fuera más reducido y selecto, manteniéndolo, en torno al hogar, sometido a un estremecimiento común.

El primero de estos pincelazos comunicaba que el testimonio escrito retomaba el hilo del relato en un punto posterior a aquel en que había comenzado, en cierto modo. El dato que había que poseer era, por tanto, el de que su vieja amiga, la más joven de varias hijas de un humilde párroco rural, había llegado a Londres a los veinte años, con trepidación, al entrar en el servicio por primera vez como institutriz, para responder en persona a un anuncio que ya la había puesto en breve correspondencia con el anunciante. Esta persona resultó ser, al presentarse ella para la entrevista en una casa de Harley Street que le causó impresión de vastedad e imponentia —este futuro patrón resultó ser un caballero, un soltero en la flor de la vida, una figu-

ra como no se había alzado jamás, salvo en un sueño o en una novela antigua, ante una chica asustada y ansiosa procedente de una vicaría de Hampshire. Uno podría fijar fácilmente su tipo; nunca muere del todo, afortunadamente. Era apuesto y audaz y agradable, desenvuelto y alegre y amable. Le causó, inevitablemente, una impresión de gallardía y esplendor, pero lo que más la cautivó de todo y le dio el valor que luego demostró fue que él le presentó el asunto como una especie de favor, una obligación que contraería con gratitud. Ella lo concibió como rico, pero temiblemente derrochador —lo vio todo él en el resplandor de la alta moda, del buen aspecto, de los hábitos costosos, de los modos encantadores con las mujeres. Tenía, como residencia en la ciudad, una gran casa llena de los despojos de sus viajes y los trofeos de la caza; pero era a su finca en el campo, una antigua propiedad familiar en Essex, adonde quería que ella se dirigiera de inmediato.

La muerte de sus padres en la India lo había dejado como tutor de un sobrino pequeño y una sobrina pequeña, hijos de un hermano menor que había sido militar y al que había perdido dos años antes. Estos niños constituían, por el más extraño de los azares para un hombre en su posición —un hombre solo, sin la experiencia adecuada ni un ápice de paciencia— una carga muy pesada. Todo había sido un gran quebradero de cabeza y, por su parte sin duda, una serie de torpezas, pero él sentía una compasión inmensa por los pobres chiquillos y había hecho cuanto podía; en particular los había enviado a su otra casa, siendo el campo, naturalmente, el lugar apropiado para ellos, y los había tenido allí, desde el principio, con las mejores personas que había podido encontrar para cuidarlos, desprendiéndose incluso de sus propios criados para atenderlos y yendo él mismo, siempre que podía, a ver cómo estaban. El escollo era que prácticamente no tenían otros parientes y que sus propios asuntos le absorbían todo el tiempo. Los había instalado en Bly, que era sano y seguro, y había puesto al frente de su pequeño establecimiento —aunque solo en lo referente al servicio doméstico— a una mujer excelente, Mrs. Grose, de la que estaba seguro que su visitante gustaría y que había sido anteriormente doncella de su madre. Era ahora el ama de llaves y actuaba también en ese momento como superintendente de la niña pequeña, de quien, sin hijos propios, era, por buena suerte, extraordinariamente encariñada. Había mucha gente para ayudar, pero desde luego la joven señorita que bajara como institutriz tendría la autoridad suprema. Tendría también, en vacaciones, que hacerse cargo del niño pequeño, que

había estado una temporada en el internado —demasiado joven para enviarlo, pero ¿qué otra cosa cabía hacer?— y que, estando las vacaciones a punto de comenzar, volvería de un día para otro. Había habido para los dos niños, en un principio, una joven a la que habían tenido la desgracia de perder. Lo había hecho con ellos de una manera excelente —era una persona de toda respetabilidad— hasta su muerte, cuya gran incomodidad no había dejado, precisamente, más alternativa que el internado para el pequeño Miles. Mrs. Grose, desde entonces, en lo que tocaba a las buenas maneras y demás, había hecho lo que había podido por Flora; y había además una cocinera, una doncella, una lechera, un poni viejo, un mozo de cuadra viejo y un jardinero viejo, todos ellos igualmente de toda respetabilidad.

Hasta aquí había presentado Douglas su retrato cuando alguien hizo una pregunta. —¿Y de qué murió la institutriz anterior? ¿De tanta respetabilidad?

La respuesta de nuestro amigo fue inmediata. —Eso saldrá en su momento. No me adelanto.

—Perdona —creí que eso era exactamente lo que *estabas* haciendo.

—En el lugar de su sucesora —sugerí yo—, yo habría deseado saber si el cargo traía consigo...

—¿Un peligro necesario para la vida? —completó Douglas mi idea—. Ella sí deseó saberlo, y sí lo supo. Mañana oiréis lo que supo. Mientras tanto, desde luego, la perspectiva le pareció algo sombría. Era joven, sin experiencia, nerviosa: era una visión de deberes serios y poca compañía, de una soledad verdaderamente grande. Vaciló —se tomó un par de días para consultarlo y pensárselo. Pero el salario ofrecido superaba con mucho sus modestas expectativas, y en una segunda entrevista afrontó la situación y aceptó. —Y Douglas, con esto, hizo una pausa que, en beneficio de la compañía, me movió a intervenir:

—La moraleja de lo cual era, naturalmente, la seducción ejercida por el espléndido joven. Sucumbió a ella.

Se levantó y, como la noche anterior, fue al fuego, removió un tronco con el pie, luego permaneció un momento de espaldas a nosotros. —Solo lo vio dos veces.

—Sí, pero eso es precisamente la belleza de su pasión.

Con cierta sorpresa por mi parte, Douglas se volvió hacia mí en ese momento. —*Era* la belleza de ello. Había otras —prosiguió— que no habían sucumbido. Él le contó con franqueza toda su dificultad —que para varias candidatas las condiciones habían resultado prohibitivas. Simplemente, de algún modo, tenían miedo. Sonaba aburrido —sonaba extraño; y tanto más cuanto que se debía a su condición principal.

—¿Cuál era...?

—Que no debía molestarle nunca —pero nunca, jamás: ni apelar ni quejarse ni escribir sobre nada; solo resolver todas las preguntas ella misma, recibir todo el dinero de su abogado, hacerse cargo de todo el asunto y dejarle en paz. Ella prometió hacerlo así, y me mencionó que cuando él, aliviado por un momento, encantado, le tomó la mano agradeciéndole el sacrificio, ella se sintió ya recompensada.

—¿Pero era esa su única recompensa? —preguntó una de las señoras.

—No volvió a verle jamás.

—¡Oh! —dijo la señora; lo cual, como nuestro amigo nos dejó de nuevo al instante, fue la única otra palabra de importancia que se añadió al tema hasta que, la noche siguiente, junto al rincón del hogar, en el mejor sillón, abrió la desvaída cubierta roja de un delgado álbum antiguo con los cantos dorados. Todo el asunto requirió en verdad más de una noche, pero en la primera ocasión la misma señora hizo otra pregunta. —¿Cuál es el título?

—No tengo ninguno.

—¡Oh, *yo* sí tengo uno! —dije. Pero Douglas, sin hacerme caso, había empezado a leer con una nitidez exquisita que era como una interpretación para el oído de la belleza de la letra de su autora.

# I

Recuerdo el comienzo entero como una sucesión de vuelos y caídas, un pequeño sube y baja de los estremecimientos adecuados y los inadecuados. Después de subir a la ciudad para responder a su llamada, tuve en todo caso un par de días muy malos — me encontré dudando de nuevo, llegué de hecho a la certeza de haber cometido un error. En ese estado de ánimo pasé las largas horas en el traqueteante y balanceante coche que me llevó al apeadero donde un vehículo de la casa debía recogerme. Este servicio, me dijeron, había sido dispuesto, y encontré, hacia el final de la tarde de junio, un cómodo coche de punto esperándome. Al ir de camino a esa hora, en un día encantador, a través de un paisaje en el que la dulzura del verano parecía ofrecerme una bienvenida amistosa, mi entereza se recuperó, y al doblar hacia la avenida, encontré un respiro que probablemente no era sino prueba del punto hasta el que había decaído. Supongo que había esperado, o temido, algo tan melancólico que lo que me saludó fue una agradable sorpresa. Recuerdo como impresión muy placentera la amplia y despejada fachada, sus ventanas abiertas y cortinas frescas y el par de doncellas asomadas; recuerdo el césped y las flores brillantes y el crujir de mis ruedas sobre la grava y las copas de los árboles agrupados sobre las que los grajos daban vueltas y graznaban en el cielo dorado. El escenario tenía una grandiosidad que lo hacía algo diferente de mi propia casa exigua, e inmediatamente apareció en la puerta, con una niña de la mano, una persona civil que me hizo una reverencia tan apropiada como si yo hubiera sido la señora de la casa o una visitante distinguida. En Harley Street me había formado una idea más estrecha del lugar, y eso, al recordarlo, me hizo pensar que el propietario era aún más caballero, me sugirió que lo que iba a disfrutar podría estar más allá de lo prometido.

No tuve ninguna caída hasta el día siguiente, pues mis primeras horas las viví en un estado de triunfo gracias a mi presentación a la menor de mis pupilas. La niña que acompañaba a Mrs. Grose me pareció en el acto una criatura tan encantadora que era una gran fortuna haber de tratarla. Era la niña más bella que había visto jamás, y más tarde me preguntaría cómo mi empleador no me había dicho más sobre ella. Dormí poco esa noche —estaba demasiado excitada; y esto también me asombró, lo recuerdo, y permaneció conmigo, añadiéndose a mi sensación de la generosidad con que se me trataba. La habitación grande e impresionante, una de las mejores de la casa, la gran cama de aparato, casi lo sentía así, los cortinajes largos y estampados, los espejos altos en que, por primera vez, podía verme de pies a cabeza, todo me causó impresión —al igual que el extraordinario encanto de mi pequeña pupila— como otras tantas ventajas añadidas. Fue algo añadido también, desde el primer momento, el que me llevara bien con Mrs. Grose en una relación sobre la que, de camino, en el coche, me temo que había cavilado bastante. La única cosa que, en este primer horizonte, podría haberme hecho retroceder de nuevo era la circunstancia evidente de que ella estaba tan contenta de verme. Percibí en menos de media hora que estaba tan contenta —rolliza, sencilla, sin pretensiones, aseada, saludable mujer— que se ponía positivamente en guardia contra mostrarlo demasiado. Me pregunté incluso entonces por qué querría no mostrarlo, y eso, con la reflexión, con la sospecha, podría desde luego haberme inquietado.

Pero era un consuelo que no pudiera haber inquietud alguna en una asociación con algo tan beatífico como la imagen radiante de mi niña, cuya visión de angelical belleza había tenido probablemente más que ninguna otra cosa que ver con la agitación que, antes del amanecer, me hizo levantarme varias veces y deambular por mi habitación para absorber el cuadro y las perspectivas completos; para observar, desde mi ventana abierta, el tenue amanecer estival, para contemplar las partes del resto de la casa que podía alcanzar, y para escuchar, mientras, en el crepúsculo que se desvanecía, los primeros pájaros comenzaban a trinar, la posible recurrencia de uno o dos sonidos, menos naturales y no del exterior, sino del interior, que creí haber oído. Hubo un momento en que creí reconocer, tenue y lejano, el llanto de un niño; hubo otro en que me encontré sobresaltándome como ante el paso, ante mi puerta, de un paso ligero. Pero estas impresiones no eran lo bastante marcadas para no poder desecharse, y solo a la luz, o más bien en la oscuridad, de otros asuntos posteriores vuelven ahora a mí.

Vigilar, enseñar, «formar» a la pequeña Flora sería a todas luces el nacimiento de una vida feliz y útil. Se había acordado entre nosotras abajo que, a partir de aquella primera vez, la tendría conmigo como cosa natural por la noche, habiendo sido ya dispuesta su camita blanca, a tal fin, en mi cuarto. Lo que había asumido era el cuidado íntegro de ella, y se había quedado, solo aquella última vez, con Mrs. Grose solo como efecto de nuestra consideración hacia mi inevitable condición de extraña y su timidez natural. A pesar de esa timidez —que la propia niña, de la manera más curiosa del mundo, había afrontado con total franqueza y valentía, permitiendo que se hablara de ella, que se le imputara, y que nos determinara, sin el menor signo de conciencia incómoda, con la dulce y profunda serenidad de uno de los santos niños de Rafael— sentía la certeza de que pronto le gustaría. Formaba parte de lo que ya me gustaba de Mrs. Grose el placer que la veía sentir en mi admiración y asombro mientras me sentaba a cenar con cuatro velas altas y con mi pupila, en una silla alta y con un babero, brillantemente frente a mí, entre ellas, con pan y leche. Había naturalmente cosas que en presencia de Flora solo podían pasar entre nosotras a través de miradas prodigiosas y complacidas, de alusiones oscuras y circunloquios.

—¿Y el niño pequeño...? ¿Se parece a ella? ¿Es también tan notable?

No conviene halagar a un niño delante de él. —Oh, señorita, *extraordinariamente* notable. ¡Si usted lo piensa bien de esta! —y permaneció allí con un plato en la mano, radiante de satisfacción ante nuestra compañera, que nos miraba a una y a otra con sus plácidos y celestiales ojos que no contenían nada que pudiera cohibirnos.

—Sí; ¿y si así lo pienso...?

—¡El joven caballero la llevará a usted por los aires!

—Bien, eso creo que es para lo que he venido —para ser llevada por los aires. Me temo, sin embargo —recuerdo sentir el impulso de añadir—, que me dejo llevar bastante fácilmente. ¡Me dejé llevar en Londres!

Aún puedo ver la cara ancha de Mrs. Grose al asimilar esto. —¿En Harley Street?

—En Harley Street.

—Pues bien, señorita, usted no es la primera... y no será la última.

—Oh, no pretendo —pude reírme—, ser la única. Mi otro pupilo, en cualquier caso, según entiendo, ¿vuelve mañana?

—No mañana, el viernes, señorita. Llega, como llegó usted, en el coche, al cuidado del guarda, y le recogerá el mismo carruaje.

Expresé de inmediato que lo más propio, así como lo más agradable y cordial, sería por lo tanto que a la llegada del transporte público estuviera yo allí esperándole con su hermanita; idea en la que Mrs. Grose se mostró tan de acuerdo que tomé de alguna manera su actitud como una especie de reconfortante prenda — ¡nunca incumplida, gracias a Dios! — de que estaríamos de acuerdo en cada cuestión. ¡Oh, qué contenta estaba de que yo estuviera allí!

Lo que sentí al día siguiente fue, supongo, nada que pudiera llamarse con justicia una reacción al ánimo alegre de mi llegada; era probablemente, como mucho, tan solo una leve opresión producida por una medida más plena de la escala, al rodearlas, alzar la vista hacia ellas, assimilarlas, de mis nuevas circunstancias. Tenían, por así decir, una extensión y una masa para las que no había estado preparada y ante las que me encontré, de nuevo, algo asustada además de algo orgullosa. Las lecciones, en esta agitación, sufrieron sin duda algún retraso; reflexioné que mi primer deber era, con las artes más suaves que pudiera emplear, atraer a la niña hacia la sensación de conocerme. Pasé el día con ella al aire libre; acordé con ella, para su gran satisfacción, que sería ella, solo ella, quien pudiera mostrarme el lugar. Lo mostró paso a paso, habitación por habitación y secreto por secreto, con una charla infantil divertida y encantadora sobre él y con el resultado, en media hora, de habernos hecho amigas íntimas. Joven como era, me sorprendió, a lo largo de nuestra pequeña excursión, su confianza y su valentía —el modo en que, en habitaciones vacías y pasillos sombríos, en escaleras tortuosas que me hacían vacilar e incluso en lo alto de una vieja torre cuadrada machicolada que me mareó, su música matinal, su disposición a contarme muchas más cosas de las que preguntaba, resonaba y me guiaba. No he vuelto a ver Bly desde el día en que lo abandoné, y supongo que, para mis ojos más maduros e informados, aparecería ahora suficientemente reducido. Pero mientras mi pequeña cicerone, con su cabello dorado y su vestido azul, danzaba ante mí doblando las esquinas y repiqueteaba por los pasillos, tenía la visión de un castillo de romance habitado por un duende rosado, un lugar que de algún modo, para el solaz de la joven imaginación, quitaría todo el

color a los libros de cuentos y a los cuentos de hadas. ¿No era precisamente un libro de cuentos sobre el que había caído soñolienta y soñando? No; era una casa grande, fea, antigua pero cómoda, que incorporaba algunos elementos de una construcción aún más antigua, en parte sustituida y en parte aprovechada, en la que tenía la impresión de estar casi tan perdidas como un puñado de pasajeros en un gran barco a la deriva. ¡Pues bien, yo estaba, extrañamente, al timón!

## II

Todo esto me llegó con fuerza cuando, dos días más tarde, conduje con Flora a buscar, como decía Mrs. Grose, al joven caballero; y tanto más a causa de un incidente que, presentándose la segunda tarde, me había perturbado profundamente. El primer día había sido, en conjunto, según he expresado, tranquilizador; pero estaba destinado a terminar en una viva aprensión. El bolso postal de aquella tarde —llegó tarde— contenía una carta para mí, que, sin embargo, con la letra de mi empleador, hallé compuesta tan solo de unas pocas palabras que incluían otra, dirigida a él mismo, con el sello todavía sin romper. «Esta, lo reconozco, es del director del colegio, y el director del colegio es un pesado espantoso. Léesela, por favor; resuélvela; pero sin reportarme nada. Ni una palabra. ¡Me marchó!» Rompí el sello con gran esfuerzo —tan grande que tardé mucho en decidirme; subí el pliego sin abrir finalmente a mi cuarto y no lo abordé hasta justo antes de acostarme. Habría sido mejor dejarlo para la mañana, pues me deparó una segunda noche sin dormir. Sin nadie a quien consultar al día siguiente, estaba llena de angustia; y llegó a dominarme tanto que decidí abrirme, al menos, con Mrs. Grose.

—¿Qué significa esto? El niño ha sido expulsado del colegio.

Ella me lanzó una mirada que noté en el momento; luego, visiblemente, con una rápida expresión en blanco, pareció querer retirarla. —¿Pero no los mandan a casa a todos...?

—De vacaciones, sí. Pero Miles puede que no vuelva jamás.

Bajo mi atención, visiblemente, se le encendió el rostro. —¿No le aceptan?

—Se niegan en absoluto.

Al oír esto levantó los ojos, que había apartado de mí; los vi llenarse de buenas lágrimas. —¿Qué ha hecho?

Vacilé; luego juzgué lo mejor pasarle simplemente mi carta —que, sin embargo, tuvo el efecto de que ella, sin tomarla, se pusiera simplemente las manos a la espalda. Sacudió la cabeza con tristeza. —Esas cosas no son para mí, señorita.

¡Mi consejera no sabía leer! Me encogí ante mi error, que atenué como pude, y abrí de nuevo mi carta para repetírsela; pero, vacilando en el acto y doblándola otra vez, me la guardé en el bolsillo. —¿Es de verdad *malo*?

Las lágrimas seguían en sus ojos. —¿Eso dicen los señores?

—No entran en detalles. Se limitan a expresar su pesar de que sea imposible retenerle. Eso solo puede tener un significado. —Mrs. Grose escuchó con muda emoción; se abstuvo de preguntarme cuál podría ser ese significado; de modo que, al momento, para exponer el asunto con alguna coherencia y con la mera ayuda de su presencia a mi propio juicio, proseguí: —Que es un daño para los demás.

Al oír esto, con una de esas repentinas reacciones propias de la gente sencilla, se encendió de golpe. —¡El señorito Miles! ¿Él, un daño?

Había en ello tal diluvio de buena fe que, aunque aún no había visto al niño, mis propios temores me hicieron saltar a lo absurdo de la idea. Me encontré, para corresponder mejor a mi amiga, ofreciéndola en el acto con sarcasmo: —¡Para sus pobres y pequeños compañeros inocentes!

—¡Es demasiado horrible —exclamó Mrs. Grose— decir cosas tan crueles! Pero si apenas tiene diez años.

—Sí, sí; sería increíble.

Era visiblemente agradecida por tal declaración. —Véale primero, señorita. *Luego* créalo. —Sentí en el acto una nueva impaciencia por verle; era el comienzo de una curiosidad que, durante todas las horas siguientes, había de agudizarse hasta casi el dolor. Mrs. Grose era consciente, podía juzgarlo, de lo que había producido en mí, y lo siguió con garantías. —Con la misma razón podría creerlo de la niña. Bendita sea —añadió al instante —; ¡*mírela!*

Me volví y vi que Flora, a quien diez minutos antes había instalado en el cuarto de estudio con una hoja de papel blanco, un lápiz y un modelo de bonitas «oes redondas», se presentaba ahora a la vista en la puerta abierta. Expresaba a su pequeña manera un desprendimiento extraordinario de las tareas desagradables, mirándome, no obstante, con una gran luz infantil que parecía ofrecérseme como resultado del cariño que había concebido por mi persona, lo que la había llevado a seguirme. No necesitaba más que esto para sentir la plena fuerza de la comparación de Mrs. Grose, y, tomando a mi pupila en brazos, la cubrí de besos en los que había un sollozo de expiación.

No obstante, el resto del día estuve al acecho de una ocasión ulterior de abordar a mi colega, especialmente porque, hacia la tarde, empecé a tener la impresión de que ella más bien procuraba evitarme. La alcancé, lo recuerdo, en la escalera; bajamos juntas, y al pie la detuve, reteniéndola con una mano en el brazo. —Tomo lo que me dijo usted al mediodía como una declaración de que *usted* nunca le ha conocido siendo malo.

Eché la cabeza hacia atrás; había adoptado claramente, para entonces, y con toda honestidad, una actitud. —Oh, nunca conocerle... ¡eso no lo pretendo!

Me perturbé de nuevo. —¿Entonces sí le ha conocido...?

—Sí, señorita, ¡gracias a Dios!

Tras reflexionar acepté esto. —¿Quiere decir que un niño que nunca...?

—¡No es niño para *mí*!

La estreché con más fuerza. —¿Le gustan con ímpetu para hacer travesuras? —Luego, siguiendo el ritmo de su respuesta: —¡A mí también! —exclamé con ardor—. ¡Pero no hasta el punto de contaminar...!

—¿De contaminar? —mi palabra grandilocuente la dejó desconcertada. Se la expliqué. —De corromper.

Se quedó mirándome fijamente, asimilando mi sentido; pero le produjo una risa extraña. —¿Tiene miedo de que la corrompa *a usted*? —Planteó la pregunta con un humor tan limpio y atrevido que, con una risita, algo tonta sin duda, para igualar la suya, cedí por el momento a la aprensión del ridículo.

Pero al día siguiente, según se acercaba la hora de mi paseo en coche, surgió el tema en otro lugar. —¿Quién era la señora que estaba aquí antes?

—¿La última institutriz? Era también joven y bonita —casi tan joven y casi tan bonita, señorita, como usted.

—¡Ah, pues espero que su juventud y su belleza la ayudaran! —recuerdo haber soltado. —¿Parece que le gustan jóvenes y bonitas!

—Oh, le *gustaban* —asintió Mrs. Grose—: ¡era la forma en que le gustaba todo el mundo! —Apenas había hablado cuando se cortó a sí misma. —Quiero decir que esa es *su* manera... la del amo.

Me quedé pensativa. —¿Pero de quién habló primero?

Se quedó en blanco, pero se le encendió el rostro. —Pues de *él*.

—¿Del amo?

—¿De quién si no?

Era tan evidentemente de nadie más que al instante siguiente había perdido la impresión de que ella hubiera dicho accidentalmente más de lo que pretendía; y me limité a preguntar lo que quería saber. —¿*Ella* veía algo en el niño...?

—¿Que no fuera correcto? Nunca me lo dijo.

Tenía un escrúpulo, pero lo vencí. —¿Era escrupulosa... meticulosa?

Mrs. Grose pareció intentar ser concienzuda. —En algunas cosas, sí.

—¿Pero no en todas?

Volvió a reflexionar. —Bueno, señorita... ya no está. No voy a contar cuentos.

—Entiendo perfectamente su sentir —me apresuré a responder; pero me pareció, tras un instante, no incompatible con esta concesión el proseguir:

—¿Murió aquí?

—No; se fue.

No sé qué había en esta brevedad de Mrs. Grose que me pareció ambigua. —¿Se fue para morir? —Mrs. Grose miró fijamente por la ventana, pero sentí que, hipotéticamente, tenía derecho a saber lo que se esperaba

que hicieran las señoritas contratadas en Bly. —¿Cayó enferma, quiere usted decir, y se fue a casa?

—No cayó enferma, por lo que se vio, en esta casa. La abandonó, a finales de año, para irse a casa, según dijo, de corto descanso, al que el tiempo que había prestado le daba ciertamente derecho. Teníamos entonces una joven —una niñera que se había quedado y que era una buena chica y lista; y *ella* se hizo cargo de los niños por completo durante ese intervalo. Pero nuestra joven señorita no volvió jamás, y en el preciso momento en que la esperaba recibí noticia del amo de que había muerto.

Le di vueltas. —¿Pero de qué?

—¡Él nunca me lo dijo! Pero, por favor, señorita —dijo Mrs. Grose—, debo atender a mi trabajo.

### III

Que me diera la espalda de ese modo no fue, afortunadamente, para mis preocupaciones de entonces, un desaire que pudiera frenar el crecimiento de nuestra mutua estima. Nos encontramos, después de que yo hubiera traído a casa al pequeño Miles, con mayor intimidad que nunca, en el terreno de mi estupefacción, de mi emoción general: tan monstruoso estaba dispuesta a declarar que un niño como el que se me había revelado ahora debiera estar bajo un interdicto. Llegué un poco tarde a la escena, y sentí, mientras él aguardaba con aire de anhelo a que yo apareciera ante la puerta de la posada donde el coche le había dejado, que le había visto, en el instante, por dentro y por fuera, en el gran resplandor de frescura, la misma fragancia positiva de pureza en que había visto, desde el primer momento, a su hermanita. Era de una belleza increíble, y Mrs. Grose había dado en el clavo: todo salvo una especie de pasión de ternura hacia él quedaba barrido por su presencia. Lo que entonces y allí me ganó para él fue algo divino que nunca he encontrado en el mismo grado en ningún otro niño — su indescriptible pequeño aire de no conocer en el mundo más que el amor. Habría sido imposible cargar con un mal nombre con mayor dulzura de inocencia, y para cuando había regresado a Bly con él, solo me quedaba el desconcierto — en la medida en que no era la indignación — ante la sensación de la horrible carta encerrada en mi cuarto, en un cajón. En cuanto pude conseguir una palabra privada con Mrs. Grose le declaré que era grotesco.

Ella me comprendió de inmediato. —¿Quiere usted decir el cruel cargo...?

—No tiene vida ni un instante. Mi querida mujer, ¡*mírale!*

Sonrió ante mi pretensión de haber descubierto su encanto. —Le aseguro, señorita, ¡que no hago otra cosa! ¿Qué dirá usted, entonces? —añadió de inmediato.

—¿En respuesta a la carta? Lo tengo decidido. —Nada.

—¿Y al tío?

Fui contundente. —Nada.

—¿Y al niño mismo?

Fui admirable. —Nada.

Le dio a su delantal un gran restregón en la boca. —Entonces la apoyo. Lo aguantaremos hasta el final.

—¡Lo aguantaremos hasta el final! —repetí con ardor, dándole la mano para hacer de ello un voto.

Me la sostuvo un momento, luego volvió a alzar el delantal con la otra mano. —¿Le importaría, señorita, que me tomara la libertad...?

—¿De besarme? ¡No! —Tomé a la buena criatura en mis brazos y, después de abrazarnos como hermanas, me sentí aún más fortalecida e indignada.

Esto, en todo caso, fue por aquel entonces: un tiempo tan pleno que, al recordar cómo transcurrió, me recuerda todo el arte que ahora necesito para hacerlo un poco nítido. Lo que miro con asombro hacia atrás es la situación que acepté. Me había comprometido, junto con mi compañera, a aguantarlo, y estaba bajo un hechizo, al parecer, que podía suavizar la magnitud y las conexiones lejanas y difíciles de semejante esfuerzo. Iba transportada en alto por una gran ola de deslumbramiento y compasión. Me pareció sencillo, en mi ignorancia, mi confusión y quizás mi vanidad, asumir que podía tratar con un niño cuya educación para el mundo estaba toda a punto de comenzar. No soy capaz ya de recordar qué propuesta formulé para el final de sus vacaciones y la reanudación de sus estudios. Lecciones conmigo, en efecto, ese verano encantador, teníamos en teoría que las tendría; pero ahora siento que, durante semanas, las lecciones debieron de haber sido más bien las mías. Aprendí algo —al principio, desde luego— que no había estado entre las enseñanzas de mi pequeña vida ahogada; aprendí a divertirme, e incluso a ser divertida, y a no pensar en el mañana. Fue la primera vez, en

cierto modo, que había conocido el espacio y el aire y la libertad, toda la música del verano y todo el misterio de la naturaleza. Y luego estaba la consideración —y la consideración era dulce. Oh, era una trampa —no intencionada, pero profunda— para mi imaginación, para mi sensibilidad, quizás para mi vanidad; para todo aquello que en mí era más excitable. La mejor manera de pintarlo todo es decir que tenía la guardia baja. Me daban tan poco trabajo —eran de una gentileza tan extraordinaria. Solía especular —pero incluso esto con una vaga falta de concentración— sobre cómo el rudo futuro (¡pues todos los futuros son rudos!) los trataría y podría magullarlos. Tenían el florecimiento de la salud y la felicidad; y sin embargo, como si tuviese a mi cargo un par de pequeños grandes señores, de príncipes de sangre real, para quienes todo, para estar bien, tendría que estar rodeado y protegido, la única forma que, en mi imaginación, podían tomar los años venideros para ellos era la de una extensión romántica, verdaderamente regia, del jardín y del parque. Puede ser, desde luego, sobre todo, que lo que irrumpió de pronto en esto es lo que da al tiempo anterior un encanto de quietud —ese silencio en el que algo se forma o acecha. El cambio fue en realidad como el salto de una fiera.

En las primeras semanas los días eran largos; a menudo, en su momento más esplendoroso, me concedían lo que yo solía llamar mi propia hora, la hora en que, para mis pupilos, habiendo llegado y pasado la hora del té y de acostarse, disponía, antes de mi retiro final, de un pequeño intervalo sola. Por mucho que me gustaran mis compañeros, esta hora era lo que más me gustaba del día; y me gustaba más que nada cuando, al decrecer la luz —o, más bien, diría yo, al prolongarse el día y sonar los últimos cantos de los últimos pájaros, en un cielo arrebolado, desde los árboles antiguos—, podía dar un paseo por los jardines y disfrutar, casi con un sentido de propiedad que me divertía y lisonjeaba, de la belleza y dignidad del lugar. Era un placer en esos momentos sentirme tranquila y justificada; sin duda también, quizás, reflexionar que con mi discreción, mi buen juicio sereno y mi elevada probidad general, daba placer —¡si es que alguna vez lo pensaba!— a la persona a cuyo requerimiento había respondido. Lo que hacía era lo que él había rogado con ahínco y pedido directamente, y el hecho de que *pudiera* hacerlo, después de todo, resultaba un gozo mayor del que había esperado. Supongo que me imaginé, en suma, como una joven bastante notable y me reconforté en la fe de que eso llegaría a verse más públicamente. Bien; tenía

que ser notable para presentar cara a las cosas notables que pronto dieron su primera señal.

Fue de súbito, una tarde, en plena mi propia hora: los niños estaban acostados y yo había salido a dar mi paseo. Uno de los pensamientos que, como no me recato ahora en absoluto de apuntar, solían acompañarme en esos deambulares era el de que sería tan encantador como una historia encantadora encontrarse de pronto con alguien. Alguien aparecería allí al doblar un sendero y se detendría ante mí y sonreiría y aprobaría. No pedía más que eso —solo pedía que él *supiera*; y la única forma de estar segura de que sabía sería verlo, y la bondadosa luz de ello, en su apuesto rostro. Eso estaba exactamente presente en mí —con lo que quiero decir que el rostro lo estaba— cuando, en la primera de esas ocasiones, al final de un largo día de junio, me detuve en seco al salir de uno de los bosquecillos y ver la casa. Lo que me detuvo en el acto —con un sobresalto mucho mayor del que cualquier visión me había permitido— fue la sensación de que mi imaginación se había convertido, en un destello, en realidad. ¡Él estaba allí! —pero muy arriba, más allá del césped y en lo más alto de la torre a la que, aquella primera mañana, la pequeña Flora me había conducido. Esta torre era una de un par —estructuras cuadradas, incongruentes, almenadas— que se distinguían, por alguna razón, aunque yo podía apreciar poca diferencia, como la nueva y la antigua. Flanqueaban los extremos opuestos de la casa y eran probablemente absurdos arquitectónicos, redimidos en cierta medida, eso sí, por no estar completamente exentos ni ser de una altura demasiado pretenciosa, datando, en su postiza antigüedad recargada, de un renacimiento romántico que ya era un pasado respetable. Las admiraba, fantaseaba sobre ellas, pues todos podíamos sacar partido en cierta medida, sobre todo cuando emergían entre el crepúsculo, de la grandiosidad de sus almenas efectivas; y sin embargo no era a semejante altura donde la figura que había invocado con tanta frecuencia parecía más a su lugar.

Me produjo, esa figura, en el claro crepúsculo, recuerdo, dos jadeos de emoción bien diferenciados, que fueron, nítidamente, el sobresalto de mi primera y el de mi segunda sorpresa. La segunda fue una percepción violenta del error de la primera: el hombre que encontraron mis ojos no era la persona que había supuesto precipitadamente. Sobrevino entonces un vértigo de visión del que, al cabo de estos años, no hay ninguna imagen viva que pueda esperar dar. Un hombre desconocido en un lugar solitario es un obje-

to de miedo legítimo para una joven criada con recato; y la figura que me encaró era —unos segundos más me lo aseguraron— tan poco cualquier otra persona que yo conociera como lo era la imagen que había tenido en la mente. No lo había visto en Harley Street —no lo había visto en ningún lugar. El lugar, además, de la manera más extraña del mundo, se había convertido, en el instante y por el mero hecho de su aparición, en una soledad. Para mí al menos, haciendo aquí mi declaración con una deliberación con la que nunca la he hecho, vuelve todo el sentimiento del momento. Era como si, mientras yo absorbía —lo que absorbía— todo el resto del escenario hubiera quedado fulminado. Puedo oír de nuevo, al escribir, el silencio intenso en que se apagaron los sonidos de la tarde. Los grajos cesaron de graznar en el cielo dorado, y la hora amiga perdió, por un momento, toda su voz. Pero no había ningún otro cambio en la naturaleza, salvo, si acaso, un cambio que yo veía con una agudeza más extraña. El oro seguía en el cielo, la claridad en el aire, y el hombre que me miraba sobre las almenas era tan nítido como una imagen en un marco. Así pensé, con extraordinaria rapidez, en cada persona que podría ser y que no era. Nos encaramos a través de nuestra distancia el tiempo suficiente para que me preguntara con intensidad quién era entonces y para sentir, como efecto de mi incapacidad de decirlo, un asombro que en unos pocos instantes más se hizo intenso.

La gran pregunta, o una de ellas, es, después de todo, lo sé, con respecto a ciertas cosas, la pregunta de cuánto han durado. Pues bien, este asunto mío, piénsese de él lo que se quiera, duró mientras atrapaba una docena de posibilidades, ninguna de las cuales supuso una diferencia para mejor, que yo pudiera ver, en el hecho de que hubiera habido en la casa —¿y desde cuándo, sobre todo?— una persona de cuya existencia yo ignoraba. Duró mientras yo me contenía un poco ante la sensación de que mi oficio exigía que no hubiera semejante ignorancia ni semejante persona. Duró mientras este visitante, en todo caso —y había en la señal de familiaridad de ir sin sombrero, lo recuerdo, un toque de extraña libertad— parecía clavarme la mirada, desde su posición, con exactamente la pregunta, el escrutinio a través de la luz que mengua, que su propia presencia provocaba. Estábamos demasiado lejos para llamarnos el uno al otro, pero hubo un momento en que, a menor distancia, algún desafío entre nosotros, rompiendo el silencio, habría sido el resultado natural de nuestra mutua y directa mirada. Estaba en uno de los ángulos, el que daba lejos de la casa, muy erguido, según me pareció, y con ambas manos sobre el pretil. Así le vi como veo las letras que

trazo en esta página; luego, exactamente, al cabo de un minuto, como para añadir algo al espectáculo, cambió de lugar lentamente —pasó, mirándome fijamente todo el rato, a la esquina opuesta de la plataforma. Sí, tuve la sensación más aguda de que durante ese trayecto no apartó en ningún momento los ojos de mí, y puedo ver en este instante cómo su mano, al avanzar, pasaba de una almena a la siguiente. Se detuvo en la otra esquina, pero menos rato, e incluso al volverse aún me miraba fijamente. Se volvió; eso fue todo lo que supe.

## IV

No fue porque no aguardara, en aquella ocasión, más, pues estaba tan arraigada como sacudida. ¿Había un «secreto» en Bly —un misterio de Udolfo o algún pariente loco, innombrable, mantenido en un encierro insospechado? No puedo decir cuánto tiempo le di vueltas, ni cuánto, en una confusión de curiosidad y pavor, permanecí donde me había topado con aquello; solo recuerdo que cuando volví a entrar en la casa la oscuridad había cerrado ya del todo. La agitación, en el intervalo, me había tenido y empujado sin duda, pues debo de haber caminado cinco kilómetros, dando vueltas alrededor del lugar; pero había de quedar, más adelante, tan abrumada que ese mero amanecer de alarma fue un escalofrío comparativamente humano. La parte más singular de todo, de hecho —singular como lo había sido el resto— fue la parte de la que me percaté en el vestíbulo al encontrarme con Mrs. Grose. Esa imagen vuelve a mí en el hilo general —la impresión, tal como la recibí a mi regreso, del amplio espacio de paneles blancos, brillante a la luz de las lámparas y con sus retratos y su alfombra roja, y la buena cara de sorpresa de mi amiga, que me dijo de inmediato que había echado de menos mi presencia. Me llegó en el acto, bajo su contacto, que ella, con su cordialidad llana, su mero alivio al verme aparecer, no sabía absolutamente nada que pudiera tener que ver con el incidente que yo traía a punto para contarle. No había sospechado de antemano que su rostro comfortable me detuviera, y de alguna manera medí la importancia de lo que había visto por el hecho de encontrarme a mí misma vacilando en mencionarlo. Casi nada en toda la historia me parece tan extraño como este hecho: que mi verdadero comienzo del miedo fue uno, por así decir, con el instinto de proteger a mi compañera. Al instante, en consecuencia, en el agradable vestíbulo y con sus ojos puestos en mí, por una razón que entonces no habría podido formular, tomé una resolución íntima —ofrecí un

vago pretexto por mi tardanza y, con el alegato de la belleza de la noche y del rocío abundante y los pies mojados, me fui a mi cuarto en cuanto pude.

Aquí fue otra cosa; aquí, durante muchos días después, fue una cosa bastante extraña. Había horas, de día en día —o al menos momentos, arrebatados incluso a deberes manifiestos— en que tenía que encerrarme para pensar. No era tanto que estuviera más nerviosa de lo que podía soportar como que tenía un miedo notable a llegar a estarlo; pues la verdad que ahora tenía que considerar era, sencilla y claramente, la verdad de que no podía llegar a ninguna explicación del visitante con quien había estado tan inexplicablemente y, sin embargo, según me parecía, tan íntimamente relacionada. Me llevó poco tiempo ver que podía sondear sin fórmulas de indagación y sin despertar comentarios ninguna complicación doméstica. El sobresalto que había sufrido debía de haber aguzado todos mis sentidos; me sentí segura, al cabo de tres días y como resultado de una mera atención más estrecha, de que no me habían tomado el pelo los criados ni me habían convertido en objeto de ningún «juego». De lo que fuera que yo sabía, nada era conocido en torno a mí. Solo había una deducción sensata: alguien se había tomado una libertad bastante grosera. Eso era lo que, repetidamente, me encerraba en mi cuarto y cerraba la puerta con llave para decirme. Habíamos sido, colectivamente, objeto de una intrusión; algún viajero sin escrúpulos, curioso por las casas antiguas, se había colado sin ser observado, había disfrutado de la perspectiva desde el mejor punto de vista y luego se había escabullido por donde había venido. Si me había lanzado esa mirada tan atrevida y dura, no era sino parte de su falta de tacto. Lo bueno, después de todo, era que sin duda ya no le veríamos más.

Esto no era tan bueno, lo reconozco, como para no dejarme juzgar que lo que, en esencia, hacía que nada más importara mucho era sencillamente mi encantador trabajo. Mi encantador trabajo era precisamente mi vida con Miles y Flora, y de nada podía gustarlo tanto como arrojándome en él en momentos de inquietud. La atracción de mis pequeños pupilos era un gozo constante, que me llevaba a maravillarme de nuevo ante la vanidad de mis miedos originales, ante la aversión que había comenzado por sentir ante la probable prosa gris de mi oficio. No iba a haber prosa gris, por lo que se veía, ni largo suplicio; así que ¿cómo no había de ser encantador un trabajo que se presentaba como belleza cotidiana? Era todo el romance de la guardería y la poesía del cuarto de estudio. No quiero decir con esto, desde

luego, que estudiáramos solo ficción y verso; quiero decir que no puedo expresar de otra manera la especie de interés que me inspiraban mis compañeros. ¿Cómo puedo describirlo sino diciendo que en lugar de acostumbrarme a ellos — ¡y es un prodigio para una institutriz: invoco a la hermandad como testigo! —, hacía constantes descubrimientos nuevos? Había una dirección, ciertamente, en la que esos descubrimientos se detenían: una profunda oscuridad seguía cubriendo la región de la conducta del niño en el colegio. Me lo habían dado prontamente a conocer, he señalado, para que afrontara ese misterio sin sufrimiento. Quizás sería más cercano a la verdad decir que — sin una sola palabra — él mismo lo había aclarado. Había hecho absurdo el cargo entero. Mi conclusión florecía allí con el verdadero rubor rosado de su inocencia: era sencillamente demasiado fino y elevado para el pequeño y horrible mundo inmundo del colegio, y había pagado un precio por ello. Reflexioné con agudeza en que el sentido de tales diferencias, de tales superioridades de calidad, siempre, por parte de la mayoría — que podía incluir incluso a directores estúpidos y sórdidos —, se vuelve de manera infalible hacia lo vengativo.

Ambos niños tenían una gentileza (era su único defecto, y nunca hizo de Miles un hombre sin carácter) que los mantenía — ¿cómo lo expresaré? — casi impersonales y desde luego del todo imposibles de castigar. Eran como los querubines de la anécdota, que no tenían — moralmente, al menos — ¡nada que zurrar! Recuerdo haber sentido con Miles en especial como si él no tuviera, por así decir, historia. Esperamos de un niño pequeño una muy escueta, pero había en este hermoso niño algo extraordinariamente sensible y, sin embargo, extraordinariamente feliz que, más que en ninguna otra criatura de su edad que yo haya visto, me parecía que comenzaba de nuevo cada día. Nunca había sufrido ni un segundo. Lo tomé como refutación directa de que hubiera sido realmente castigado. Si hubiera sido malo, lo habría «pagado», y yo lo habría captado de rebote — habría encontrado el rastro. No encontré nada en absoluto, y por lo tanto era un ángel. Nunca habló de su colegio, nunca mencionó a un compañero ni a un maestro; y yo, por mi parte, estaba demasiado disgustada para aludir a ellos. Desde luego estaba bajo el hechizo, y lo maravilloso es que, incluso entonces, lo sabía perfectamente. Pero me entregué a ello; era un antídoto contra cualquier dolor, y tenía más de uno. Recibía en aquellos días cartas perturbadoras de casa, donde las cosas no iban bien. Pero con mis niños, ¿qué cosas del mun-

do importaban? Esa era la pregunta que me hacía en mis escasos momentos de retiro. Me deslumbraba su encanto.

Hubo un domingo —para ir adelante— en que llovió con tanta fuerza y durante tantas horas que no podía haber procesión a la iglesia; en consecuencia de lo cual, al declinar el día, había acordado con Mrs. Grose que, si la tarde mejoraba, asistiríamos juntas al servicio tardío. La lluvia paró felizmente, y me preparé para nuestro paseo, que, a través del parque y por el buen camino hasta el pueblo, sería cuestión de unos veinte minutos. Bajando las escaleras para encontrarme con mi colega en el vestíbulo, recordé un par de guantes que habían necesitado tres puntadas y que las habían recibido —con una publicidad quizás no edificante— mientras estaba sentada con los niños a su merienda, servida los domingos, excepcionalmente, en aquel frío y pulcro templo de caoba y latón que era el comedor «de los mayores». Los guantes habían quedado allí, y entré a recuperarlos. El día era lo bastante gris, pero la luz de la tarde persistía aún, y me permitió, al cruzar el umbral, no solo reconocer, en una silla junto a la amplia ventana, que estaba cerrada, los objetos que buscaba, sino percibir a una persona al otro lado de la ventana mirando directamente adentro. Un paso dentro de la habitación había bastado; mi visión fue instantánea; todo estaba allí. La persona que miraba directamente adentro era la persona que ya se me había aparecido. Se apareció así de nuevo con —no diré mayor nitidez, pues eso era imposible— sino con una proximidad que representaba un paso adelante en nuestro trato y que me hizo, al encontrarle, contener el aliento y quedarme fría. Era el mismo —era el mismo, y visto, esta vez, como la vez anterior, desde la cintura para arriba, sin que la ventana, aunque el comedor estaba en la planta baja, llegara hasta la terraza donde él estaba de pie. Su cara estaba pegada al cristal, y sin embargo el efecto de esta mejor visión fue, extrañamente, solo mostrarme cuán intensa había sido la anterior. Permaneció solo unos segundos —el tiempo suficiente para convencerme de que también él me veía y me reconocía; pero era como si le hubiera estado mirando durante años y le hubiera conocido siempre. Algo, sin embargo, sucedió esta vez que no había sucedido antes; su mirada fija a mi cara, a través del cristal y al otro lado de la habitación, era tan profunda y dura como entonces, pero me abandonó por un momento durante el cual yo podía seguir observándola, verla posarse sucesivamente en varias otras cosas. En el acto me sobrevino el sobresalto añadido de la certeza de que no había venido allí por mí. Había venido por otra persona.

El destello de ese conocimiento —pues era conocimiento en medio del pavor— produjo en mí el efecto más extraordinario, me impulsó, tal como estaba allí de pie, a una vibración súbita de deber y valentía. Digo valentía porque estaba sin ninguna duda ya muy ida. Salté directamente hacia la puerta, llegué a la de la casa, salí en el instante al camino de entrada y, pasando a lo largo de la terraza tan aprisa como podía correr, doblé una esquina y quedé a plena vista. Pero era a plena vista de nada ahora —mi visitante había desaparecido. Me detuve, casi me desplomé, con el verdadero alivio de esto; pero asimilé toda la escena —le di tiempo para reaparecer. Lo llamo tiempo, pero ¿cuánto fue? No puedo hablar hoy con precisión de la duración de estas cosas. Esa clase de medida debía de haberme abandonado: no podían haber durado lo que en realidad me parecía que duraban. La terraza y el lugar entero, el césped y el jardín más allá, todo lo que podía ver del parque, estaban vacíos con un gran vacío. Había arbustos y árboles grandes, pero recuerdo la clara certeza que sentí de que ninguno de ellos le ocultaba. Estaba allí o no estaba allí: no allí si no le veía. Me hice con esto; luego, instintivamente, en lugar de regresar como había venido, fui hacia la ventana. Me era vagamente presente que debía ponerme donde él había estado. Lo hice; apliqué mi cara al cristal y miré, como él había mirado, al interior de la habitación. Como si, en ese momento, quisiera mostrarme exactamente cuál había sido su campo de visión, Mrs. Grose, como yo había hecho por él mismo un momento antes, entró desde el vestíbulo. Con esto tuve la imagen completa de una repetición de lo que ya había ocurrido. Ella me vio como yo había visto a mi propio visitante; se detuvo en seco como yo había hecho; le causé algo del sobresalto que yo había recibido. Se puso pálida, lo que me llevó a preguntarme si yo habría palidecido tanto. En suma, se quedó mirando fija y retrocedió exactamente *como yo*, y supe que entonces había salido y había dado la vuelta para encontrarme, y que pronto me encontraría. Me quedé donde estaba, y mientras aguardaba pensé en más de una cosa. Pero solo hay una a la que doy espacio para mencionar. Me pregunté por qué *ella* habría de estar asustada.

## V

—Oh, ella me lo hizo saber en cuanto, doblando la esquina de la casa, apareció de nuevo a la vista. —¿Qué demonios ocurre...? —Tenía la cara encendida y le faltaba el aliento.

No dije nada hasta que llegó muy cerca de mí. —¿Conmigo? —Debí de poner una cara de lo más extraordinaria. —¿Se me nota?

—Está usted blanca como un papel. Tiene un aspecto horrible.

Lo consideré; en ese terreno podía encontrarme con cualquier inocencia sin escrúpulo alguno. La necesidad que había tenido de respetar la lozanía de Mrs. Grose se había desprendido de mis hombros, sin el menor crujido, y si vacilé un instante no fue por lo que callaba. Le tendí la mano y ella la tomó; la retuve con fuerza un momento, satisfecha de sentirla cerca de mí. Había un cierto apoyo en el leve sobresalto de su asombro. —Ha venido usted a buscarme para ir a la iglesia, desde luego, pero no puedo ir.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Tiene usted que saberlo ahora. ¿Tenía yo un aspecto muy extraño?

—¿Desde esa ventana? ¡Espantoso!

—Bien —dije—, me he llevado un susto. —Los ojos de Mrs. Grose expresaban con toda claridad que *ella* no tenía ningún deseo de asustarse, aunque también que conocía demasiado bien su lugar como para no estar dispuesta a compartir conmigo cualquier contratiempo señalado. ¡Oh, estaba perfectamente resuelto que *tendría* que compartirlo! —Lo que acaba usted de ver desde el comedor hace un momento fue el efecto de ello. Lo que *yo* vi —justo antes— fue mucho peor.

Su mano se apretó. —¿Qué fue?

—Un hombre extraordinario. Que miraba hacia dentro.

—¿Qué hombre extraordinario?

—No tengo la menor idea.

Mrs. Grose miró en torno a nosotras en vano. —Pues ¿adónde ha ido?

—Lo sé aún menos.

—¿Lo ha visto antes?

—Sí, una vez. En la torre vieja.

No pudo sino mirarme con mayor intensidad. —¿Quiere usted decir que es un desconocido?

—¡Oh, completamente!

—¿Y no me lo dijo?

—No, por ciertas razones. Pero ahora que lo ha adivinado usted...

Los ojos redondos de Mrs. Grose se enfrentaron a esa acusación. —¡Ah, yo no he adivinado nada! —dijo con toda sencillez—. ¿Cómo voy a hacerlo si *usted* no se imagina nada?

—Yo no me imagino absolutamente nada.

—¿No lo ha visto en ningún otro sitio que en la torre?

—Y aquí mismo, hace un momento.

Mrs. Grose volvió a mirar a su alrededor. —¿Qué hacía en la torre?

—Solo estaba allí de pie, mirándome desde arriba.

Lo pensó un momento. —¿Era un caballero?

Me di cuenta de que no necesitaba pensarlo. —No. —Ella me miró con mayor asombro aún. —No.

—Entonces, ¿nadie de la finca? ¿Nadie del pueblo?

—Nadie, nadie. No se lo dije, pero me aseguré de ello.

Expiró un vago alivio: esto era, extrañamente, algo favorable. En realidad no llegaba muy lejos. —Pero si no es un caballero...

—¿Qué *es*? Es un horror.

—¿Un horror?

—¡Es..., que Dios me ayude si sé lo que es!

Mrs. Grose volvió a mirar a su alrededor; fijó los ojos en la distancia más oscura, y luego, recomponiéndose, se volvió hacia mí con una incongruencia abrupta. —Es hora de que estemos en la iglesia.

—¡Oh, yo no estoy en condiciones de ir a la iglesia!

—¿No le sentará bien?

—¡A *ellos* no les sentará bien! —Señalé con la cabeza hacia la casa.

—¿Los niños?

—No puedo dejarlos ahora.

—¿Tiene usted miedo...?

Hablé con decisión. —Tengo miedo de *él*.

La cara ancha de Mrs. Grose me mostró, en ese momento, por primera vez, el lejano y tenue destello de una conciencia más aguda: de algún modo adiviné en ella el alba tardía de una idea que no le había dado yo misma y que aún se me escapaba por completo. Se me viene ahora a la memoria que pensé al instante en ello como en algo que podría obtener de ella; y sentí que estaba relacionado con el deseo que mostró en seguida de saber más. —¿Cuándo fue? ¿En la torre?

—Hacia mediados de mes. A esta misma hora.

—Casi al anochecer —dijo Mrs. Grose.

—Oh, no, ni mucho menos. Lo vi como la veo a usted ahora.

—Entonces, ¿cómo entró?

—¿Y cómo salió? —reí—. ¡No tuve ocasión de preguntárselo! Esta tarde, ya lo ve usted —proseguí—, no ha podido entrar.

—¿Solo echa un vistazo?

—¡Espero que se limite a eso! —Ya había soltado mi mano; se apartó un poco. Esperé un instante; luego dije—: Vaya a la iglesia. Adiós. Yo debo

vigilar.

Lentamente se volvió hacia mí. —¿Teme por ellos?

Nos encontramos en otra larga mirada. —¿Y usted *no*? —En lugar de responder, se acercó a la ventana y, durante un momento, aplicó su cara al cristal. —Ya ve cómo podía ver —proseguí mientras tanto.

No se movió. —¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Hasta que yo salí. Salí a su encuentro.

Mrs. Grose se volvió por fin, y en su cara había todavía más expresión. —*Yo* no habría podido salir.

—¡Ni yo tampoco! —reí de nuevo—. Pero salí. Tengo mi deber.

—Y yo el mío —respondió; y añadió después—: ¿Cómo es él?

—Me he estado muriendo de ganas de decírselo. Pero es como nadie.

—¿Como nadie? —repitió.

—No lleva sombrero. —Luego, al ver en su cara que ya encontraba en ello, con un desasosiego más hondo, un atisbo de imagen, añadí pincelada tras pincelada—: Tiene el pelo rojo, muy rojo, muy rizado, y una cara pálida, alargada, con rasgos rectos y bien formados y unas pequeñas patillas más bien extrañas, tan rojas como su pelo. Las cejas son, de algún modo, más oscuras; parecen especialmente arqueadas y como si pudieran moverse mucho. Sus ojos son penetrantes, extraños, tremendamente; pero solo sé con certeza que son bastante pequeños y muy fijos. La boca es grande, y los labios, finos, y salvo por las pequeñas patillas está completamente afeitado. Me produce una especie de sensación de que se parece a un actor.

—¡Un actor! —Era imposible parecerse menos a uno, cuando menos, que Mrs. Grose en ese momento.

—Nunca he visto ninguno, pero así me los imagino. Es alto, ágil, erguido —continué—, pero jamás... ¡no, jamás! un caballero.

La cara de mi compañera se había ido demudando a medida que yo hablaba; sus ojos redondos se abrieron de par en par y su boca apacible quedó abierta. —¿Un caballero? —jadeó, confusa, atónita—: ¿un caballero *él*?

—¿Entonces lo conoce usted?

Visiblemente trató de contenerse. —Pero ¿es apuesto?

Vi el modo de ayudarla. —¡Notablemente!

—¿Y vestido...?

—Con la ropa de otra persona. —Son elegantes, pero no son las suyas.

Soltó un gemido afirmativo sin aliento: —¡Son las ropas del amo!

Tomé la palabra. —¿Lo conoce usted entonces?

Vaciló solo un segundo. —¡Quint! —exclamó.

—¿Quint?

—Peter Quint, el ayuda de cámara del amo, su hombre, cuando estaba aquí.

—¿Cuando estaba el amo?

Con los ojos aún desencajados, pero mirándome, fue uniendo los cabos. —Nunca llevaba sombrero, pero sí llevaba... bueno, faltaban algunos chalecos. Estuvieron aquí los dos, el año pasado. Luego el amo se fue y Quint se quedó solo.

Lo seguí, aunque titubeando un poco. —¿Solo?

—Solo *con nosotros*. —Y luego, como desde mayor profundidad: —Al mando —añadió.

—¿Y qué fue de él?

Se demoró tanto que mi perplejidad se acrecentó. —Se fue también —logró decir al fin.

—¿Adónde?

Su expresión, ante esto, se hizo extraordinaria. —¡Dios sabe adónde! Murió.

—¿Murió? —casi grité.

Pareció cuadrarse, plantarse con más firmeza para pronunciar aquella maravilla. —Sí. El señor Quint ha muerto.

## VI

Hizo falta, desde luego, algo más que aquel episodio concreto para situarnos juntas en presencia de lo que ahora teníamos que vivir como pudiésemos: mi temible propensión a las impresiones del orden tan vívidamente ilustrado, y el conocimiento de mi compañera en adelante — conocimiento mitad consternación y mitad compasión— de esa propensión. Aquella tarde, tras la revelación que me había dejado postrada durante una hora, no hubo, para ninguna de las dos, más oficio que un breve oficio de lágrimas y juramentos, de plegarias y promesas, un clímax de la serie de desafíos mutuos y compromisos que de inmediato sobrevino al retirarnos juntas al cuarto de estudio y encerrarnos en él para hablarlo todo. El resultado de haberlo hablado todo fue simplemente reducir nuestra situación al último rigor de sus elementos. Ella misma no había visto nada, ni la sombra de una sombra, y nadie en la casa salvo la institutriz se hallaba en el predicamento de la institutriz; sin embargo, aceptó sin cuestionar directamente mi cordura la verdad tal como yo se la transmití, y acabó por mostrarme, en ese terreno, una ternura reverente, una expresión del sentido de mi privilegio más que dudoso, cuyo mero soplo ha permanecido en mí como el de la más dulce de las caridades humanas.

Lo que quedó acordado entre nosotras, pues, aquella noche fue que creíamos que podríamos sobrellevar las cosas juntas; y no estaba yo siquiera segura de que, pese a su exención, no fuera ella quien llevara la peor parte de la carga. Sabía a esa hora, creo, tan bien como lo supe después, de lo que era capaz para proteger a mis pupilos; pero me costó algún tiempo estar del todo segura de a qué estaba dispuesta mi leal aliada a fin de cumplir los términos de un trato tan comprometedor. Yo era compañía bastante extraña —tan extraña como la que yo misma recibía—; pero al repasar

lo que atravesamos veo cuánto terreno común debimos de hallar en la única idea que, por fortuna, *podía* sostenernos. Fue la idea, el segundo impulso, el que me condujo directamente hacia afuera, por así decirlo, de la cámara interior de mi terror. Podía tomar el aire en el patio, por lo menos, y allí Mrs. Grose podía reunirse conmigo. Recuerdo perfectamente ahora la manera particular en que la fortaleza llegó a mí antes de que nos separásemos para la noche. Habíamos repasado una y otra vez cada detalle de lo que había visto.

—Buscaba a alguien más, dice usted, a alguien que no era usted.

—Buscaba al pequeño Miles. —Una claridad portentosa me poseía ahora. —*A ese* es al que buscaba.

—Pero ¿cómo lo sabe usted?

—¡Lo sé, lo sé, lo sé! —Mi exaltación crecía—. ¡Y usted también lo sabe, querida!

Ella no lo negó, pero yo necesitaba, sentía, incluso menos que eso por respuesta. Retomó el hilo un momento después, en todo caso: —¿Y si *él* llegara a verlo?

—¿Al pequeño Miles? ¡Eso es lo que quiere!

Volvió a parecer inmensamente asustada. —¿El niño?

—¡Dios nos libre! El hombre. Quiere aparecérselos. —Que pudiera hacerlo era una concepción espantosa, y con todo, de algún modo, yo podía mantenerla a raya; lo que, por lo demás, mientras allí nos demorábamos, fue lo que logré demostrar en la práctica. Tenía la certeza absoluta de que volvería a ver lo que ya había visto, pero algo dentro de mí me decía que ofreciéndome valientemente como única destinataria de semejante experiencia, aceptándola, invitándola, superándola toda, actuaría como víctima expiatoria y guardaría la tranquilidad de mis compañeros. A los niños, en especial, los cercería así y los salvaría de forma absoluta. Recuerdo una de las últimas cosas que le dije aquella noche a Mrs. Grose.

—Se me ocurre que mis pupilos nunca han mencionado...

Ella me miró con fijeza mientras yo titubeaba pensativa. —¿El hecho de que él hubiera estado aquí y el tiempo que pasaron con él?

—El tiempo que pasaron con él, y su nombre, su presencia, su historia, de ningún modo.

—Oh, la pequeña señorita no recuerda. Nunca oyó nada ni supo nada.

—¿Las circunstancias de su muerte? —Lo pensé con cierta intensidad. — Quizás no. Pero Miles recordaría, Miles sabría.

—¡Ah, no le pregunte! —se le escapó a Mrs. Grose.

Le devolví la mirada que me había dirigido. —No tenga miedo. —Seguí pensando. —Es bastante *extraño*, en efecto.

—¿Que no haya hablado nunca de él?

—Nunca, ni la más leve alusión. ¿Y me dice usted que eran «grandes amigos»?

—¡Oh, no fue *él!* —declaró Mrs. Grose con énfasis—. Fue el propio capricho de Quint. Jugar con él, quiero decir, mimarlo. —Hizo una pausa —; luego añadió: —Quint se tomaba demasiadas libertades.

Esto me produjo, directamente a partir de mi visión de su cara —¡vaya cara!— una súbita náusea de asco. —¿Demasiadas libertades con *mi* niño?

—¡Demasiadas libertades con todo el mundo!

Me abstuve, por el momento, de analizar esta descripción más allá de la reflexión de que una parte de ella se aplicaba a varios miembros del servicio doméstico, de la media docena de criados y criadas que seguían formando nuestra pequeña colonia. Pero había todo, para nuestra aprensión, en el feliz hecho de que ninguna leyenda incómoda, ningún rumor perturbador entre los pinches, se hubiera unido nunca, en la memoria de nadie, a aquella vieja y bondadosa casa. No tenía ni mala fama ni mala reputación, y Mrs. Grose, a todas luces, solo deseaba aferrarse a mí y estremecerse en silencio. Incluso la sometí, como último recurso, a la prueba definitiva. Fue cuando, a medianoche, tenía la mano en el pomo de la puerta del cuarto de estudio para despedirse. —Entonces me concede usted —porque es de suma importancia— que era de forma definitiva y reconocida un hombre malo.

—Oh, no reconocida. *Yo* lo sabía, pero el amo no.

—¿Y nunca se lo dijo?

— Bueno, no le gustaban los chismes, detestaba las quejas. Era terriblemente brusco con todo eso, y si la gente se portaba bien con *él*...

— ¿No querría que lo molestaran con más? — Esto encajaba perfectamente con la impresión que me había hecho él: no era un caballero amigo de complicaciones, ni quizás tan escrupuloso en cuanto a cierta compañía que *él* frecuentaba. Aun así, seguí apretando a mi interlocutora: — ¡Le prometo que *yo* se lo habría dicho!

Ella percibió mi reproche. — Supongo que estaba equivocada. Pero, realmente, tenía miedo.

— ¿Miedo de qué?

— De lo que aquel hombre era capaz de hacer. Quint era tan listo, era tan taimado.

Lo absorbí aún más de lo que probablemente dejé ver. — ¿No tenía miedo de nada más? ¿No del efecto que ejercía...?

— ¿Su efecto? — repitió con cara de angustia y expectación mientras yo titubeaba.

— Sobre unas vidas inocentes y queridas. Estaban a su cargo.

— ¡No, no estaban a mi cargo! — replicó ella con rotundidad y aflicción —. ¡El amo creía en él y lo puso aquí porque se suponía que no estaba bien y que el aire del campo le haría bien. De modo que tenía todo el poder de decisión. Sí — me lo soltó —, incluso sobre *ellos*.

— ¿Ellos... aquella criatura? — Tuve que ahogar una especie de aullido —. ¡¿Y usted pudo soportarlo?! —

— No. ¡No pude, y ahora tampoco puedo! — Y la pobre mujer rompió a llorar.

Un control rígido, a partir del día siguiente, debía seguir a esas lágrimas, según he dicho; sin embargo, ¡con qué frecuencia y qué pasión volvimos juntas al asunto durante una semana! Por mucho que lo hubiéramos tratado aquella noche del domingo, yo me veía, en las horas inmediatamente posteriores en especial — pues puede imaginarse si dormí —, todavía acosada por la sombra de algo que ella no me había dicho. Yo misma no había ocultado nada, pero había una palabra que Mrs. Grose había guardado. Estaba

además segura, por la mañana, de que ello no se debía a falta de franqueza, sino a que por todos lados había temores. Me parece, en retrospectiva, que para cuando el sol de la mañana siguiente estaba en lo más alto yo había leído inquietamente en los hechos que teníamos ante nosotras casi todo el significado que habrían de recibir de hechos posteriores y más crueles. Lo que me daban sobre todo era simplemente la siniestra figura del hombre vivo — ¡el muerto podía esperar un tiempo! — y de los meses que había pasado consecutivamente en Bly, que, sumados, constituían un periodo formidable. El límite de ese tiempo maligno solo había llegado cuando, al amanecer de una mañana de invierno, Peter Quint fue encontrado, por un jornalero que iba a su trabajo temprano, completamente muerto en el camino que venía del pueblo: una catástrofe explicada — superficialmente, al menos — por una herida visible en la cabeza; tal herida como podría haber sido producida — y como, según las pruebas definitivas, *había* sido — por un funesto resbalón, en la oscuridad y después de salir de la taberna, en el pendiente resbaladizo helado, tomando un camino totalmente equivocado, al pie del cual yacía. El resbaladero helado, el giro errado de noche y en estado de embriaguez, explicaban mucho — prácticamente, a la postre y después del proceso y el sinfín de habladurías, todo —; pero había en su vida ciertos asuntos — episodios y peligros extraños, desórdenes ocultos, vicios más que sospechados — que habrían explicado mucho más.

Apenas sé cómo poner en palabras mi relato de manera que dé una imagen creíble de mi estado de ánimo; pero en esos días era literalmente capaz de hallar una dicha en el extraordinario vuelo de heroísmo que la ocasión me exigía. Comprendí ahora que se me había pedido un servicio admirable y difícil; y habría grandeza en hacer ver — ¡oh, ante quien debía verlo! — que yo podía tener éxito donde otra muchacha podría haber fracasado. Me fue de gran ayuda — ¡lo confieso y me aplaudo un poco a mí misma al mirar atrás! — ver mi misión de forma tan intensa y tan sencilla. Estaba allí para proteger y defender a las criaturas más desvalidas y más adorables del mundo, cuya apelación a mi ayuda se había hecho de repente demasiado explícita: un dolor profundo y constante en el propio corazón comprometido. Estábamos aisladas, en realidad, juntas; estábamos unidas en el peligro. No tenían a nadie más que a mí, y yo... en fin, *los* tenía a ellos. En suma, era una oportunidad magnífica. Esta oportunidad se me presentó en una imagen de rica materialidad. Yo era una pantalla: debía plantarme ante ellos. Cuanto más viera yo, menos verían ellos. Empecé a vigilarlos con una suspense

ahogada, una excitación disimulada que bien podría, de haber durado demasiado, haberse convertido en algo parecido a la locura. Lo que me salvó, según veo ahora, fue que se convirtió en algo completamente distinto. No pervivió como suspense; fue sustituido por horribles pruebas. Pruebas, digo, sí, desde el momento en que realmente tomé las riendas.

Este momento databa de una tarde que me encontraba por casualidad en el parque con la más pequeña de mis pupilas a solas. Habíamos dejado a Miles dentro, en el cojín rojo de un profundo alféizar; había querido terminar un libro, y yo me había alegrado de alentar un propósito tan encomiable en un joven cuyo único defecto era un exceso ocasional de inquietud. Su hermana, por el contrario, había estado dispuesta a salir, y yo paseé con ella durante media hora buscando la sombra, pues el sol aún estaba alto y el día era excepcionalmente cálido. Era consciente de nuevo, con ella, mientras andábamos, de cómo, al igual que su hermano, lograba —era lo encantador en ambos niños— dejarme sola sin parecer ignorarme, y acompañarme sin parecer rodearme. Nunca eran importunos y sin embargo nunca indiferentes. Mi atención hacia ellos se reducía realmente a verlos divertirse a sus anchas sin mí: era un espectáculo que parecían preparar activamente y que me captaba como admiradora activa. Yo me movía en un mundo de su invención —no tenían ningún motivo para recurrir al mío—; de modo que mi tiempo se ocupaba únicamente en ser, para ellos, alguna persona o cosa notable y muy tranquila que el juego del momento requería y que era meramente, gracias a mi sello superior y encumbrado, una sinecura feliz y muy distinguida. He olvidado quién era yo en aquella ocasión; solo recuerdo que era algo muy importante y muy silencioso y que Flora jugaba con toda su energía. Estábamos a la orilla del lago y, como hacía poco habíamos empezado geografía, el lago era el mar de Azov.

De repente, en estas circunstancias, caí en la cuenta de que, al otro lado del mar de Azov, teníamos un espectador interesado. La manera en que ese conocimiento fue acumulándose en mí fue la cosa más extraña del mundo, la más extraña, salvo por aquello mucho más extraño aún en que enseguida se fue fundiendo. Me había sentado con algo en que trabajar —pues yo era algo o alguien que podía sentarse— en el viejo banco de piedra que dominaba el estanque; y en esa posición empecé a percibir con certeza, aunque sin visión directa, la presencia, a cierta distancia, de una tercera persona. Los viejos árboles, el espeso matorral, hacían una sombra amplia y agrad-

able, pero todo estaba impregnado por la luminosidad de la hora ardiente y quieta. No había ambigüedad en nada; ninguna en absoluto, al menos, en la convicción que de un momento a otro fui formando en mí acerca de lo que vería directamente ante mí y al otro lado del lago en cuanto levantara los ojos. Estos estaban fijos en ese momento en la costura en que trabajaba, y puedo sentir de nuevo el espasmo de mi esfuerzo por no moverlos hasta haberme serenado lo suficiente para poder decidir qué hacer. Había en el campo visual un objeto ajeno —una figura cuyo derecho a estar allí cuestioné al instante, apasionadamente. Recuerdo que repasé perfectamente las posibilidades, recordándome que nada era más natural, por ejemplo, que la aparición de uno de los hombres de la finca, o incluso de un mensajero, un cartero o un repartidor del pueblo. Aquel recordatorio tuvo tan poco efecto sobre mi certeza práctica como fui consciente —todavía sin mirar— de que tenía sobre el carácter y la actitud de nuestro visitante. Nada era más natural que esas cosas fuesen las otras cosas que absolutamente no eran.

De la identidad positiva de la aparición me cercioraría en cuanto el pequeño reloj de mi valor hubiera marcado el segundo adecuado; entre tanto, con un esfuerzo ya bastante agudo, trasladé los ojos directamente a la pequeña Flora, que en ese momento estaba a unos diez metros de distancia. Mi corazón se había detenido un instante con el asombro y el terror de la pregunta de si ella también lo vería; contuve la respiración mientras aguardaba lo que un grito de su parte, algún signo de interés o de alarma, me revelaría. Esperé, pero no vino nada; luego, en primer lugar —y hay algo más terrible en esto, lo siento, que en cualquier otra cosa que tenga que relatar—, me determinó la sensación de que, en el transcurso de un minuto, todos los sonidos procedentes de ella habían cesado previamente; y, en segundo lugar, la circunstancia de que, también en ese mismo minuto, ella había dado, en su juego, la espalda al agua. Esa era su actitud cuando la miré por fin —la miré con la convicción confirmada de que seguíamos ambas, juntas, bajo una atención personal directa. Había recogido un pequeño trozo plano de madera que resultaba tener un pequeño agujero, lo cual evidentemente le había sugerido la idea de insertar otro fragmento que haría de mástil y convertiría la cosa en un barco. Este segundo trozo, mientras la observaba, intentaba ajustarlo en su lugar con marcada y atenta dedicación. Mi aprensión de lo que hacía me sostuvo de tal modo que tras unos segundos me sentí lista para más. Entonces volví a desviar los ojos: me encaré con lo que tenía que encarar.

## VII

Fui a buscar a Mrs. Grose tan pronto como pude después de aquello; y no puedo dar ningún relato inteligible de cómo soporté el intervalo. Sin embargo, todavía me oigo gritar mientras me lanzaba casi en sus brazos: — ¡Lo saben; es monstruoso: lo saben, lo saben!

— ¿Y qué demonios...? — Sentí su incredulidad mientras me sostenía.

— Pues ¡todo lo que *nosotras* sabemos, y el cielo sabe qué más! — Luego, cuando me soltó, se lo aclaré, se lo aclaré quizás ahora por primera vez con plena coherencia incluso para mí misma. — Hace dos horas, en el jardín — apenas podía articular —, Flora *vio*.

Mrs. Grose lo recibió como habría recibido un puñetazo en el estómago. — ¿Se lo ha dicho? — jadeó.

— Ni una palabra, que es lo horrible. ¡Se lo guardó para sí! ¡La niña de ocho años, *esa* niña! — El estupor de ello seguía siendo, para mí, inexpresable.

Mrs. Grose, por supuesto, no podía sino abrir más los ojos. — Entonces, ¿cómo lo sabe usted?

— Yo estaba allí; lo vi con mis propios ojos: vi que era perfectamente consciente.

— ¿Quiere decir consciente de *él*?

— No, de *ella*. — Era consciente, mientras hablaba, de que proyectaba cosas portentosas, pues captaba su lento reflejo en la cara de mi compañera. — Otra persona esta vez; pero una figura de horror y maldad igualmente inconfundibles: una mujer de negro, pálida y terrible, ¡con aquel aire también,

y aquella cara!, al otro lado del lago. Yo estaba allí con la niña —tranquila por un rato—; y en medio de ello apareció.

—¿Cómo llegó? ¿De dónde?

—¿De donde vienen ellos! Simplemente apareció y se quedó allí, pero no tan cerca.

—¿Y sin acercarse más?

—Oh, por el efecto y la sensación que producía, ¿podría haber estado tan cerca como usted!

Mi amiga, con un impulso extraño, retrocedió un paso. —¿Era alguien que usted nunca ha visto?

—Sí. Pero alguien a quien la niña sí ha visto. Alguien que *usted* conoce. —Y para mostrar que lo había pensado todo: —Mi predecesora, la que murió.

—¿Miss Jessel?

—Miss Jessel. ¿No me cree usted? —insistí.

Se agitó a derecha e izquierda en su angustia. —¿Cómo puede estar segura?

Esto me arrancó, en el estado en que estaban mis nervios, un destello de impaciencia. —Entonces pregúntele a Flora: ¡*ella* está segura! —Pero apenas lo hube dicho me reprendí a mí misma. —No, por el amor de Dios, ¡*no lo haga!* Dirá que no lo está, ¡mentirá!

Mrs. Grose no estaba demasiado desconcertada para protestar instintivamente. —Ah, ¿cómo *puede* decir eso?

—Porque lo veo claro. Flora no quiere que yo lo sepa.

—Entonces solo es para ahorrarle a usted la pena.

—No, no; ¡hay profundidades, profundidades! Cuanto más lo pienso, más veo en ello, y cuanto más veo en ello, más temo. ¡No sé qué es lo que *no* veo, qué es lo que *no* temo!

Mrs. Grose intentó seguirme el ritmo. —¿Quiere decir que tiene usted miedo de verla de nuevo?

—¡Oh, no; eso no es nada ya! —Luego expliqué: —Es el miedo de *no* verla.

Pero mi compañera solo me miró con palidez. —No la entiendo.

—Pues que la niña puede seguir así, y que la niña *lo hará* sin duda alguna, sin que yo me entere.

Ante esta imagen de posibilidad Mrs. Grose se desmoronó por un momento, aunque pronto se rehízo, como empujada por la fuerza positiva del sentido de lo que, si cedíamos ni un ápice, habría realmente en qué derrumbarse. —¡Querida, querida, debemos mantener la cabeza fría! Y después de todo, si a ella no le importa... —Intentó incluso una sombría broma: —¡A lo mejor le gusta!

—¿Que le gustan esas cosas, a una niña de tan poca edad!

—¿No es acaso una prueba de su bendita inocencia? —preguntó valientemente mi amiga.

Por un instante estuvo a punto de convencerme. —¡Oh, debemos aferrarnos a eso! ¡Debemos aferrarnos a ello! Si no es una prueba de lo que usted dice, es una prueba de... ¡Dios sabe qué! Porque la mujer es un horror de horrores.

Mrs. Grose, ante esto, clavó los ojos en el suelo un momento; luego, levantándolos por fin: —Dígame cómo lo sabe —dijo.

—¿Entonces admite usted que eso era lo que era ella? —exclamé.

—Dígame cómo lo sabe —repitió simplemente mi amiga.

—¿Que lo sé? ¡Por haberla visto! Por su manera de mirar.

—¿A usted, dice, con tanta maldad?

—Por Dios, no; eso lo habría soportado. No me dirigió ni una sola mirada. Solo tenía los ojos fijos en la niña.

Mrs. Grose intentó hacerse una idea. —¿Fijos en ella?

—¡Ah, con unos ojos tan horribles!

Me miró a los míos como si pudieran realmente parecerseles. —¿Con displicencia, quiere decir?

—Dios nos guarde, no. Con algo mucho peor.

—¿Peor que la displicencia? —Aquello la dejó en efecto sin palabras.

—Con una determinación indescriptible. Con una especie de furia de intención.

La dejó pálida. —¿Intención?

—De apoderarse de ella. —Mrs. Grose, con los ojos apenas posados en los míos, se estremeció y fue hacia la ventana; y mientras estaba allí mirando hacia fuera, yo completé mi declaración. —*Eso* es lo que sabe Flora.

Al cabo de un momento se volvió. —La persona vestía de negro, dice usted.

—De luto, bastante pobre, casi raído. Pero sí, con una belleza extraordinaria. —Reconocí ahora en qué había acabado llevando, trazo a trazo, a la víctima de mi confianza, pues lo sopesó visiblemente. —¡Oh, hermosa, muy, muy hermosa! —insistí—; maravillosamente hermosa. Pero infame.

Se acercó lentamente a mí. —Miss Jessel era *infame*. —Volvió a tomar mis dos manos entre las suyas, apretándolas con fuerza como para fortalecerme frente a la creciente alarma que pudiera derivarse de esta revelación. —Las dos eran infames —dijo finalmente.

Así que, por un momento, nos enfrentamos a ello juntas de nuevo; y encontré un grado de ayuda absolutamente tangible en verlo ahora con tanta claridad. —Agradezco —dije— la gran discreción de que no lo haya mencionado hasta ahora; pero el momento ha llegado sin duda de darme el cuadro completo. —Pareció asentir, aunque solo en silencio; viendo lo cual continué: —Necesito saberlo ahora. ¿De qué murió? Vamos, había algo entre ellos.

—Lo había todo.

—¿A pesar de la diferencia...?

—¡Oh, de rango, de condición! —lo soltó con tristeza. —*Ella* era una dama.

Lo sopesé; volví a ver. —Sí, era una dama.

—Y él tan escandalosamente por debajo —dijo Mrs. Grose.

Comprendí que no necesitaba insistir demasiado, en tal compañía, sobre el lugar de un criado en la jerarquía; pero nada impedía que aceptase la propia valoración de mi compañera acerca del envilecimiento de mi predecesora. Había una manera de manejarlo, y lo manejé; con más facilidad aún por tener plena visión —según las pruebas— del «hombre de confianza» del amo, listo, bien parecido, insolente, seguro de sí mismo, mimado, depravado. —El sujeto era un canalla.

Mrs. Grose lo consideró como si fuera quizás un caso en el que eran pertinentes los matices. —Nunca vi a nadie como él. Hacía lo que quería.

—¿Con *ella*?

—Con todos.

Era como si ante los propios ojos de mi amiga Miss Jessel hubiera aparecido de nuevo. Parecí percibir, al menos por un instante, la evocación de ella tan claramente como la había visto junto al estanque; y exclamé con decisión: —¿Tiene que haber sido también lo que *ella* quería!

La cara de Mrs. Grose indicó que así había sido, pero al mismo tiempo dijo: —¿Pobre mujer, lo pagó caro!

—¿Entonces sí sabe usted de qué murió? —pregunté.

—No, no sé nada. No quería saber; me alegré de no saberlo; ¡y di gracias al cielo de que estuviera bien lejos de aquí!

—Y sin embargo usted tenía su propia idea...

—¿De su verdadero motivo para irse? Oh, sí, en cuanto a eso. No habría podido quedarse. ¡Imaginémonos aquí, como institutriz! Y después me lo imaginé, y me lo sigo imaginando. Y lo que me imagino es espantoso.

—No tan espantoso como lo que me imagino *yo* —repliqué; ante lo cual debí mostrarle —tal como era consciente de sobra— una frente de miserable derrota. Ello hizo brotar de nuevo toda su compasión hacia mí, y ante el renovado contacto de su bondad mi capacidad de resistencia se quebró. Rompí a llorar, como yo la había hecho llorar a ella la otra vez; me tomé contra su pecho maternal y mi lamentación se desbordó. —¿No lo consigo! —sollozé desesperada—. ¡No los salvo ni los protejo! Esto es mucho peor de lo que imaginé: ¡están perdidos!

## VIII

Lo que le había dicho a Mrs. Grose era suficientemente verdadero: el asunto que le había puesto delante tenía profundidades y posibilidades que me faltaba resolución para sondear; de modo que cuando nos volvimos a reunir en el asombro de la situación teníamos una opinión común sobre el deber de resistir a las fantasías extravagantes. Debíamos mantener la cabeza si no queríamos perder cualquier otra cosa; por difícil que fuera ante lo que, en nuestra prodigiosa experiencia, era lo menos cuestionable. Bien entrada la noche, mientras la casa dormía, tuvimos otra conversación en mi cuarto, en la que ella fue del todo conmigo en que no cabía ninguna duda de que yo había visto exactamente lo que había visto. Para mantenerla firmemente en ello, me bastó con preguntarle cómo, si me lo había «inventado», había podido dar, de cada una de las personas que se me habían aparecido, una descripción que revelaba, hasta el último detalle, sus rasgos particulares —un retrato ante cuya presentación ella los había reconocido y nombrado al instante. Quería, desde luego —¡y no era para censurárselo!—, enterrar el asunto por completo; y yo me apresuré a asegurarle que mi propio interés en él había tomado ahora violentamente la forma de una búsqueda del modo de escapar de él. La encontré en el terreno de la probabilidad de que con la recurrencia —pues la recurrencia la dábamos por descontada— me acostumbraría a mi peligro, manifestando con toda claridad que mi exposición personal se había convertido repentinamente en la menor de mis incomodidades. Era mi nueva sospecha la que resultaba intolerable; y sin embargo incluso a esta complicación las últimas horas del día habían aportado cierto alivio.

Al dejarla, tras mi primer arrebato, había regresado, desde luego, a mis pupilos, asociando el remedio adecuado para mi turbación con ese sentido

del encanto de los niños que ya había descubierto que era algo que podía cultivar activamente y que nunca me había fallado. Simplemente, en otras palabras, me había sumergido de nuevo en la particular compañía de Flora, y allí había llegado a percibir — ¡era casi un lujo! — que ella podía poner su pequeña mano consciente directamente sobre el punto que dolía. Me había mirado con dulce especulación y luego me había acusado en mi cara de haber «llorado». Creía haber borrado las señales repugnantes; pero podía literalmente — por el momento, al menos — regocijarme, bajo aquella caridad insondable, de que no hubieran desaparecido del todo. Clavar la mirada en las profundidades azules de los ojos de la niña y proclamar que su encanto era un truco de astucia prematura habría sido incurrir en un cinismo en cuya preferencia prefería naturalmente abjurar de mi juicio y, en la medida de lo posible, de mi agitación. No podía abjurar por el mero hecho de querer, pero podía repetirle a Mrs. Grose — como hice allí, una y otra vez, en las horas pequeñas — que con sus voces en el aire, su presión sobre el corazón de una, sus caras fragantes contra la mejilla de una, todo se derrumbaba salvo su incapacidad y su belleza. Era una lástima que, de algún modo, para zanzar esto de una vez por todas, tuviera que enumerar igualmente los indicios de sutileza que, por la tarde, junto al lago, habían hecho un milagro de mi demostración de autodomínio. Era una lástima tener que reinvestigar la certeza del propio momento y repetir cómo había llegado a mí como una revelación que la inconcebible comunión que entonces sorprendí era, para ambas partes, cuestión de hábito. Era una lástima que tuviera que repetir con voz temblorosa las razones por las que, en mi ilusión, no había cuestionado ni por un momento que la pequeña veía a nuestra visitante exactamente como yo veía a la propia Mrs. Grose, y que quería, precisamente porque veía, hacerme creer que no veía, y al mismo tiempo, sin delatarse, llegar a adivinar si yo misma lo hacía. Era una lástima que tuviera que describir de nuevo la portentosa actividad diminuta con la que procuraba desviar mi atención: el perceptible aumento de movimiento, la mayor intensidad del juego, los cantos, el balbuceo de disparates y la invitación a correr y retozar.

Y sin embargo, si no me hubiera entregado, a fin de demostrar que no había nada en ello, a este repaso, me habría perdido los dos o tres tenues elementos de consuelo que aún me quedaban. No habría podido, por ejemplo, afirmar a mi amiga que estaba segura — lo que era un punto a nuestro favor — de que *yo*, al menos, no me había delatado. No me habría visto impulsa-

da, por la urgencia de la necesidad, por la desesperación de ánimo — apenas sé cómo llamarlo— a invocar la ayuda que para la comprensión podía surgir de llevar a mi colega, sin rodeos, contra la pared. Me había contado, fragmento a fragmento, bajo presión, muchas cosas; pero una pequeña zona evasiva en el lado equivocado de todo ello me rozaba a veces la frente como el ala de un murciélago; y recuerdo cómo en esa ocasión —pues la casa dormida y la concentración de nuestro peligro y de nuestra guardia parecían ayudar— sentí la importancia de dar el último tirón a la cortina. — No creo nada tan horrible —recuerdo que dije— ; no, digámoslo definitivamente, querida, que no lo creo. Pero si lo creyera, ya sabe usted, habría algo que necesitaría ahora, sin ahorrarle lo más mínimo — ¡oh, ni un ápice, vamos! — , arrancarle. ¿Qué tenía usted en mente cuando, en nuestra angustia, antes de que Miles volviera, a propósito de la carta de su colegio, dijo usted, bajo mi insistencia, que no pretendía de él que no hubiera sido nunca literalmente «malo»? Él *no* ha sido literalmente «nunca», en estas semanas que yo misma he vivido con él y lo he observado tan de cerca; ha sido un pequeño prodigio impasible de deleitable y encantadora bondad. Por tanto, usted podría perfectamente haber hecho esa afirmación en su favor si no hubiera tenido, como sucedió, una excepción que señalar. ¿Cuál era su excepción, y a qué episodio de su propia observación personal de él se refería?

Era una indagación tremendamente austera, pero la ligereza no era nuestra nota; y en todo caso, antes de que el alba grisácea nos advirtiera de separarnos, obtuve mi respuesta. Lo que mi amiga tenía en mente resultó ser de suma pertinencia. No era más ni menos que la circunstancia de que durante varios meses Quint y el niño habían estado perpetuamente juntos. Era, en efecto, la verdad muy apropiada de que ella se había atrevido a criticar la conveniencia, a insinuar la incongruencia, de una alianza tan estrecha, y hasta a ir tan lejos en el asunto como para hacerle una propuesta franca a Miss Jessel. Miss Jessel le había rogado, con una manera de lo más extraña, que se ocupara de sus propios asuntos, y la buena mujer se había dirigido entonces directamente al pequeño Miles. Lo que le había dicho, ya que yo apremié, era que *ella* gustaba de ver a los jóvenes caballeros sin que olvidasen su condición.

Apreté de nuevo, por supuesto, en este punto. —¿Le recordó usted que Quint no era más que un criado de ínfima categoría?

— ¡Podría decirse así! Y su respuesta, entre otras cosas, fue mala.

—¿Y entre qué otras cosas? — Esperé. —¿Repitió él sus palabras a Quint?

—No, eso no. ¡Fue precisamente lo que *no* hizo! —me siguió insistiendo. —Tenía la certeza, en todo caso —añadió—, de que no lo hizo. Pero negó ciertas ocasiones.

—¿Qué ocasiones?

—Aquellas en que habían andado juntos casi como si Quint fuera su tutor —y de los más distinguidos— y Miss Jessel solo para la pequeña señorita. Cuando se había ido con el individuo, quiero decir, y había pasado horas con él.

—¿Entonces lo eludió, dijo que no había ocurrido? — Su asentimiento fue lo bastante claro para que al cabo de un momento añadiera: —Ya veo. Mintió.

—¡Oh! —balbuceó Mrs. Grose. Era una insinuación de que no importaba; lo que corroboró con una observación posterior. —Al fin y al cabo, Miss Jessel no puso reparos. No se lo prohibió.

Lo consideré. —¿Le puso él eso como justificación?

Ante esto ella volvió a callarse. —No, nunca habló de ello.

—¿Nunca la mencionó en relación con Quint?

Ella vio, visiblemente sonrojándose, adónde iba yo a parar. —Bueno, no dio señal alguna. Lo negó —repitió—; lo negó.

¡Cómo la apretaba yo ahora! —¿De modo que podía verse que sabía lo que había entre los dos miserables?

—¡No sé, no sé! —gimió la pobre mujer.

—Sí que lo sabe, querida —repuse—; solo que no tiene usted mi terrible audacia de espíritu, y guarda, por timidez y modestia y delicadeza, incluso la impresión que, en el pasado, cuando tenía que chapotear usted sola en el silencio sin mi ayuda, más la hacía desgraciada. ¡Pero acabaré sacándoselo! Había algo en el niño —continué— que le sugería a usted que encubría y disimulaba su relación con ellos.

—¡Oh, él no podía evitar...!

—¿Que usted averiguara la verdad? ¡Ya lo creo! Pero, cielos —me lancé con vehemencia a cavilar—, ¡qué demuestra eso del efecto que deben de haber logrado en él, hasta ese punto!

—¡Ah, nada que no sea encantador *ahora!* —rogó lúgubrementemente Mrs. Grose.

—No me extraña que le pareciera raro —insistí—, cuando yo le mencioné la carta de su colegio.

—¡Dudo que me pareciera tan raro como a usted! —me replicó con vigorosa llaneza. —Y si era tan malo entonces como todo eso, ¿cómo es que ahora es un ángel?

—Sí, desde luego; ¡y si era un demonio en el colegio! ¿Cómo, cómo, cómo? Bien —dije con mi tormento—, tendrá que planteármelo de nuevo, aunque no podré darle respuesta en unos cuantos días. ¡Pero vuelva a planteármelo! —exclamé de un modo que dejó pasmada a mi amiga. —Hay direcciones en las que de momento no debo dejarme ir. —Entre tanto, volví a su primer ejemplo —al que acababa de referirse—, al que atestiguaba la feliz capacidad del niño para un desliz ocasional. —Si Quint —ante la reprensión de usted en el momento del que habla— era un criado de ínfima categoría, una de las cosas que Miles le dijo a usted, me aventuro a adivinar, fue que usted era otro. —Su asentimiento fue lo bastante adecuado para que yo siguiera: —¿Y lo perdonó usted por eso?

—¿No lo haría *usted?*

—¡Oh, sí! —Y allí, en el silencio, nos intercambiamos un sonido de la más extraña diversión. Luego continué: —En todo caso, mientras él estaba con el hombre...

—Miss Flora estaba con la mujer. ¡Les convenía a todos!

Me convenía también a mí, sentía, demasiado bien; lo que quiero decir es que convenía exactamente a la visión particularmente mortífera que en ese preciso momento me estaba prohibiendo albergar. Pero logré en tal medida contener la expresión de esa visión que no arrojaré, aquí mismo, más luz sobre ella que la que puede ofrecer la mención de mi observación final a Mrs. Grose. —El hecho de que mintiera y fuera insolente son, lo confieso, especímenes menos reveladores de lo que esperaba obtener de usted sobre la

eclosión en él del pequeño hombre natural. Aun así —reflexioné—, tendrán que servir, pues me hacen sentir más que nunca que debo vigilar.

Me hizo ruborizarme, al minuto siguiente, ver en la cara de mi amiga con cuánto mayor decisión lo había perdonado ella que lo que su relato se me antojaba que presentaba a mi propio afecto como ocasión de hacer. Ello se manifestó cuando, a la puerta del cuarto de estudio, se despidió de mí. —  
¿Realmente acusa usted a *él*...?

—¿De mantener un trato que me oculta? ¡Ah, recuerde que, en tanto no haya más pruebas, no acuso a nadie! —Y antes de dejarla salir para que fuera, por otro pasillo, a sus propias habitaciones: —Solo tengo que esperar —concluí.

## IX

Esperé y esperé, y los días, según transcurrían, le iban restando algo a mi consternación. Unos muy pocos de ellos, en efecto, al pasar en constante contacto con mis pupilos sin que se produjera ningún nuevo incidente, bastaron para dar a las horribles fantasías e incluso a los odiosos recuerdos una especie de pasada de borrador. He hablado de la rendición ante la extraordinaria gracia infantil de los niños como algo que podía cultivar activamente, y puede imaginarse si no desatendí ahora el dirigirme a esa fuente para todo lo que pudiera rendir. Más extraño de lo que puedo expresar, ciertamente, era el esfuerzo de luchar contra mis nuevas certezas; habría sido, sin embargo, una tensión aún mayor de no ser porque con frecuencia tuve éxito. Me preguntaba a veces cómo podían mis pequeños pupilos no adivinar que pensaba cosas extrañas sobre ellos; y la circunstancia de que esas cosas solo los hacían más interesantes no era en sí misma un apoyo directo para mantenerlos a oscuras. Temblaba ante la idea de que pudieran ver que eran inmensamente más interesantes. Poniendo las cosas en el peor caso, de todos modos, como tan a menudo hacía en la meditación, cualquier enturbiamiento de su inocencia solo podría ser —inocentes y condenados como estaban— una razón más para arriesgarse. Había momentos en que, por un impulso irresistible, me encontraba echándolos hacia mí y estrechándolos contra el corazón. En cuanto lo había hecho solía decirme: «¿Qué pensarán de eso? ¿No me delata demasiado?» Habría sido fácil enredarse en una triste y enloquecida madeja a propósito de cuánto podía yo delatarme; pero el verdadero fundamento, creo, de las horas de paz que aún podía disfrutar era que el encanto inmediato de mis compañeros seguía siendo una seducción eficaz aun bajo la sombra de la posibilidad de que fuese estudiada. Pues si me ocurría que podía despertar de vez en cuando sospechas con los pequeños arrebatos

de mi pasión más aguda por ellos, también recuerdo preguntarme si no vería algo raro en el perceptible aumento de sus propias demostraciones.

Estaban en ese período extravagante y sobrenaturalmente encariñados conmigo; lo cual, después de todo, podía yo reflexionar, no era sino una respuesta graciosa en niños sobre quienes perpetuamente se inclinaba uno y a quienes abrazaba. El homenaje del que eran tan pródigos tuvo éxito, a decir verdad, para mis nervios, tan bien como si nunca me hubiera parecido, por así decirlo, literalmente sorprenderlos en un propósito en ello. Nunca habían querido, creo, hacer tantas cosas para su pobre protectora; quiero decir —aunque sus lecciones salían cada vez mejor, que era naturalmente lo que más la complacería— en el modo de divertirla, entretenerla, sorprenderla; leyéndole pasajes, contándole historias, representando charadas, irrumpiendo ante ella disfrazados de animales y personajes históricos, y sobre todo asombrándola con las «piezas» que se habían aprendido en secreto de memoria y podían recitar interminablemente. No llegaría nunca al fondo —de dejarme llevar incluso ahora— del prodigioso comentario privado, todo bajo una corrección aún más privada, con que en aquellos días sobreescribía sus horas plenas. Desde el primer momento me habían mostrado una facilidad para todo, una aptitud general que, cobrando nuevo impulso, lograba vuelos notables. Se aprendían sus pequeñas lecciones como si las amaran, y se entregaban, por la mera exuberancia del talento, a los más espontáneos prodigios de memoria. No solo se presentaban ante mí como tigres y como romanos, sino como shakespearianos, astrónomos y navegantes. Esto era tan señaladamente el caso que probablemente tuvo mucho que ver con el hecho al que hoy en día no soy capaz de dar una explicación diferente: me refiero a mi innatural ecuanimidad en el asunto de otro colegio para Miles. Lo que recuerdo es que estaba contenta de no abrir la cuestión por el momento, y ese contentamiento debió de provenir del sentido de su perpetuamente deslumbrante exhibición de inteligencia. Era demasiado listo para que lo echara a perder una mala institutriz, la hija de un párroco; y el hilo más extraño, si no el más brillante, en el pensativo bordado del que acabo de hablar era la impresión que podría haber obtenido, si me hubiera atrevido a desenredarla, de que él estaba bajo alguna influencia que operaba en su pequeña vida intelectual como un tremendo acicate.

Si era fácil reflexionar, en cambio, que un niño así podía prescindir del colegio, no era menos notable que para un niño así haber sido «expulsado»

por un director de colegio resultase una mistificación sin fin. Permítaseme añadir que en su compañía ahora —y procuraba casi nunca estar fuera de ella— no podía seguir ningún rastro muy lejos. Vivíamos en una nube de música, amor, éxito y teatro privado. El sentido musical de cada uno de los niños era de los más vivos, pero el mayor en especial tenía una maravillosa habilidad para captar y reproducir. El piano del cuarto de estudio ahuyentaba todas las siniestras fantasías; y cuando eso fallaba había conciliábulo en los rincones, con secuela de uno de ellos saliendo con el ánimo más alto para «entrar» como algo nuevo. Yo había tenido hermanos, y no era ninguna revelación para mí que las niñas pequeñas pudieran ser idólatras devotas de los niños pequeños. Lo que superaba todo era que hubiera un niño en el mundo capaz de tener para la inferior edad, sexo e inteligencia una consideración tan exquisita. Estaban extraordinariamente compenetrados, y decir que nunca se peleaban ni se quejaban es hacer que la nota del elogio resulte tosca para su calidad de dulzura. A veces, sin embargo, cuando yo caía en la torpeza, encontraba quizás rastros de pequeñas connivencias entre ellos por las que uno de los dos debía mantenerme ocupada mientras el otro se escabullía. Hay un lado *naïf*, supongo, en toda diplomacia; pero si mis pupilos se las ingeniaban a mi costa, era seguramente con el mínimo de tosquedad. Fue en el otro terreno donde, tras un paréntesis, estalló la tosquedad.

Noto que me resisto; pero debo lanzarme. Al continuar con el relato de lo que fue horrible en Bly, no solo desafió la fe más generosa —de lo que me importa bien poco—; sino que, y esto es otra cosa, renuevo lo que yo misma sufrí, vuelvo a abrirme paso a través de ello hasta el final. Llegó de repente una hora tras la cual, al mirar atrás, el asunto me parece todo puro sufrimiento; pero al menos he alcanzado el corazón de él, y el camino más directo a la salida es sin duda el de avanzar. Una noche —sin nada que lo precediera o lo preparara— sentí el frío toque de la impresión que me había rozado en la noche de mi llegada y que, mucho más leve entonces, como he mencionado, probablemente habría olvidado en la memoria de no haber sido mi estancia posterior tan agitada. No me había acostado; estaba sentada leyendo a la luz de un par de velas. Había un cuarto lleno de libros antiguos en Bly —novela del siglo anterior, en parte, que, hasta donde llegaba un renombre decididamente desaconsejado, pero nunca hasta el punto de que llegara al hogar apartado ni siquiera un solo ejemplar, había llegado a la curiosidad inconfesada de mi juventud—. Recuerdo que el libro que tenía en la mano era la *Amelia* de Fielding; también recuerdo que estaba completa-

mente despierta. Recuerdo asimismo tanto la convicción general de que era horrorosamente tarde como la particular reticencia a mirar el reloj. Me figura, finalmente, que la cortina blanca que rodeaba, a la moda de aquella época, la cabecera de la pequeña cama de Flora envolvía, como me había asegurado hacía tiempo, la perfección del reposo infantil. Recuerdo, en suma, que aunque estaba profundamente absorta en mi autor, me descubrí, al girar una página y al disiparse por completo su hechizo, mirando fijamente hacia arriba y hacia la puerta de mi cuarto. Hubo un momento en que escuché, acordándome del vago sentido que había tenido la primera noche de que algo de modo indefinible se agitaba en la casa, y noté el suave aliento del postigo abierto que apenas movía la persiana entreabierto. Luego, con todas las señales de una deliberación que habría parecido magnífica de haber habido alguien que la admirara, dejé el libro, me levanté y, tomando una vela, salí directamente del cuarto y, desde el corredor, en el que mi luz hacía poca mella, cerré sin ruido la puerta y la eché con llave.

No puedo decir ahora ni qué me determinó ni qué me guió, pero fui directamente a lo largo del pasillo, levantando la vela, hasta que llegué a la vista del alto ventanal que presidía el gran recodo de la escalera. En ese punto me encontré de repente consciente de tres cosas. Eran prácticamente simultáneas, aunque se sucedían en destellos. Mi vela, ante un movimiento brusco, se apagó, y percibí, a través del ventanal descubierto, que la penumbra menguante del alba más temprana la hacía innecesaria. Sin ella, al instante siguiente, vi que había alguien en la escalera. Hablo de secuencias, pero no necesité que transcurrieran segundos para prepararme ante un tercer encuentro con Quint. La aparición había llegado al rellano de la mitad de la escalera y se hallaba, por tanto, en el punto más cercano al ventanal, donde, al verme, se detuvo en seco y me miró fijamente exactamente como me había mirado desde la torre y desde el jardín. Él me conocía tan bien como yo lo conocía a él; y así, en el frío y débil crepúsculo, con un destello en el alto cristal y otro en el brillo del roble de los peldaños de abajo, nos enfrentamos en nuestra común intensidad. Era, en esa ocasión, una presencia viva, detestable y peligrosa, de manera absolutamente cierta. Pero eso no era el prodigio de los prodigios; me reservo esa distinción para una circunstancia completamente distinta: la circunstancia de que el terror me había abandonado de forma inconfundible y de que nada había en mí que no se midiera con él y lo encarara.

Tuve mucha angustia después de aquel momento extraordinario, pero no tuve, gracias a Dios, terror. Y él sabía que no lo tenía; me descubrí al cabo de un instante espléndidamente consciente de ello. Sentí, en un feroz rigor de confianza, que si me mantenía firme un minuto dejaría —por el momento, al menos— de tener que contender con él; y durante ese minuto, en consecuencia, la cosa fue tan humana y tan horrible como una entrevista real: horrible precisamente porque era *humana*, tan humana como la de encontrarse a solas, en las horas pequeñas, en una casa dormida, con algún enemigo, algún aventurero, algún criminal. Fue el silencio muerto de nuestra larga mirada a tan corta distancia lo que le dio a todo el horror, enorme como era, su única nota de lo sobrenatural. Si me hubiera encontrado con un asesino en tal lugar y a tal hora, al menos habríamos hablado. Algo habría pasado, en la vida, entre nosotros; si nada hubiera pasado, uno de los dos se habría movido. El momento fue tan prolongado que bastaba poco más para hacerme dudar de si acaso *yo* misma estaba en vida. No puedo expresar lo que siguió salvo diciendo que el silencio mismo —que era, en cierta manera, un testimonio de mi fortaleza— se convirtió en el elemento en el que vi desvanecerse la figura; en el que la vi definitivamente girar como podría haber visto al miserable ser al que había pertenecido dar la vuelta al recibir una orden, y pasar, con mis ojos clavados en su villana espalda que ninguna joroba podría haber desfigurado más, escalera abajo directamente y hacia la oscuridad en la que el siguiente recodo se perdía.

## X

Me quedé un rato en lo alto de la escalera, pero con el efecto, que pronto comprendí, de que cuando mi visitante se había marchado, realmente se había marchado; entonces regresé a mi cuarto. Lo primero que vi allí, a la luz de la vela que había dejado encendida, fue que la camita de Flora estaba vacía; y ante esto se me cortó la respiración con todo el terror que, cinco minutos antes, había logrado resistir. Me lancé hacia el lugar en que la había dejado acostada, lugar sobre el cual (pues la pequeña colcha de seda y las sábanas estaban en desorden) las cortinas blancas habían sido engañosamente corridas hacia delante; pero mis pasos produjeron, para mi indecible alivio, un sonido en respuesta: percibí una agitación en la persiana de la ventana, y la niña, agachándose, emergió sonrosada por el otro lado. Estaba allí de pie con tanto de su candor y tan poco de su camisón, con sus pies descalzos y rosados y el resplandor dorado de sus rizos. Su expresión era de una gravedad intensa, y jamás había tenido tan aguda conciencia de perder una ventaja recién conquistada —cuya emoción había sido tan prodigiosa— como al darme cuenta de que me dirigía una reconvención. —Qué pícara: ¿dónde *ha* estado usted? —En lugar de poner en cuestión su propia irregularidad, me encontré acusada y dando explicaciones. Ella misma las dio, además, con la más encantadora y ansiosa sencillez. Había sabido de pronto, mientras estaba allí tendida, que yo no estaba en el cuarto, y se había levantado de un salto para ver qué había sido de mí. Yo me había dejado caer, con la alegría de verla reaparecer, de nuevo en mi silla —sintiéndome entonces, y sólo entonces, un poco desfallecer—; y ella había venido con paso ligero directamente hacia mí, se había lanzado sobre mis rodillas, se había dejado sostener con la llama de la vela plena en el maravilloso semblante menudo que aún estaba encendido por el sueño. Recuerdo haber cerrado los ojos un instante, cediéndome, conscientemente, como ante el exce-

so de algo bello que relucía en el azul de los suyos. —¿Me buscabas desde la ventana? —dije—. ¿Pensabas que podía estar paseando por los jardines?

—Bueno, ¿sabe usted?, pensé que alguien estaba —y lo dijo así, sonriéndome, sin inmutarse.

¡Oh, cómo la miré entonces! —¿Y viste a alguien?

—¡Ah, *no!* —respondió, casi con todo el privilegio de la incongruencia infantil, con un tono de queja, pero con una larga dulzura en el pequeño arrastre de su negativa.

En aquel momento, en el estado de mis nervios, creí absolutamente que mentía; y si volví a cerrar los ojos fue ante el deslumbramiento de las tres o cuatro posibles maneras en que podría aprovechar aquello. Una de ellas me tentó durante un instante con tal singular intensidad que, para resistirla, debo de haberle dado a mi niña un apretón que constituyó un espasmo al que ella, asombrosamente, se sometió sin un llanto ni una señal de miedo. ¿Por qué no arremeter contra ella en ese mismo instante y acabar con todo de una vez? —decírselo directamente a su adorable semblante iluminado—: «Ves, ves, *sabes* que es así y que ya sospechas bastante que yo lo creo; entonces, ¿por qué no confesármelo francamente, para que al menos podamos vivir con ello juntas y aprender quizá, en la extrañeza de nuestra suerte, dónde estamos y qué significa?» Este arrebató se desvaneció, ay, tan pronto como surgió: de haber podido sucumbir a él al instante me habría ahorrado... bien, ya lo veréis. En lugar de sucumbir me puse de nuevo en pie de un salto, miré su cama y adopté un término medio sin salida. —¿Por qué corraste la cortina sobre ese lugar para hacerme creer que seguías allí?

Flora lo consideró con luminosa atención; y a continuación, con su pequeña sonrisa divina: —¿Porque no quiero asustarla!

—¿Pero si me hubiera ido, según pensabas tú...?

Ella se negó rotundamente a dejarse desconcertar; volvió los ojos hacia la llama de la vela como si la pregunta fuese tan irrelevante, o en todo caso tan impersonal, como la señora Marcet o la tabla de multiplicar. —Oh, pero ya sabe —respondió con toda suficiencia—, que podría volver usted, querida, ¡y ha vuelto! Y al cabo de un momento, cuando hubo vuelto a la cama, tuve que quedarme largo tiempo casi sentada encima de ella, sosteniéndole la mano, para demostrar que reconocía la pertinencia de mi regreso.

Podéis imaginaros el tinte general que tuvieron, a partir de aquel momento, mis noches. Me quedé despierta repetidamente hasta no saber qué hora era; escogía los momentos en que mi compañera de cuarto dormía sin lugar a dudas, y, escabulléndome, daba vueltas silenciosas por el pasillo e incluso llegaba hasta donde había visto por última vez a Quint. Pero nunca volví a encontrarme con él allí; y bien puedo decir desde ya que en ninguna otra ocasión lo vi dentro de la casa. En la escalera, en cambio, me topé casi con una aventura diferente. Mirando hacia abajo desde lo alto reconocí en cierta ocasión la presencia de una mujer sentada en uno de los peldaños inferiores, de espaldas a mí, con el cuerpo medio inclinado y la cabeza, en actitud de dolor, entre las manos. Sin embargo, apenas había estado allí un instante cuando desapareció sin volver la vista hacia mí. Sabía, no obstante, exactamente qué rostro espantoso tenía para mostrar; y me pregunté si, de haber estado abajo en lugar de arriba, habría tenido, para subir, el mismo valor que recientemente le había demostrado a Quint. Y bien, siguieron presentándose abundantes ocasiones para poner a prueba ese valor. En la undécima noche después de mi último encuentro con aquel caballero —todas estaban ya numeradas—, tuve una alarma que lo rozó peligrosamente y que, a decir verdad, por la peculiar calidad de lo inesperado en ella, resultó ser mi sacudida más aguda. Era precisamente la primera noche de aquella serie en que, agotada de tanto velar, había sentido que podría acostarme de nuevo a mi hora habitual sin que ello supusiera relajación alguna. Me dormí de inmediato y, como supe después, hasta la una aproximadamente; pero cuando desperté fue para incorporarme de golpe, tan completamente alerta como si una mano me hubiera zarandeado. Había dejado una luz encendida, pero ahora estaba apagada, y tuve la certeza instantánea de que Flora la había extinguido. Eso me puso en pie y me llevó directamente, en la oscuridad, hasta su cama, que hallé vacía. Una mirada hacia la ventana me iluminó más aún, y el raspar de una cerilla completó el cuadro.

La niña se había levantado de nuevo —esta vez apagando la bujía—, y se había metido de nuevo, con algún propósito de observación o de respuesta, detrás de la persiana y escudriñaba la noche. Que ahora veía algo —cosa que, según me había convencido, no había ocurrido la vez anterior— quedaba demostrado por el hecho de que ni mi reencendido de la luz ni la prisa con que me calcé las zapatillas y me puse un chal la perturbaron lo más mínimo. Oculta, resguardada, absorta, descansaba evidentemente en el alféizar —el ventanal abría hacia fuera— y se abandonaba enteramente.

Había una gran luna tranquila que le servía de ayuda, y este hecho había pesado en mi rápida decisión. Estaba frente a frente con la aparición que habíamos visto junto al lago, y podía ahora comunicarse con ella como entonces no había podido hacer. Lo que a mí me incumbía, por mi parte, era, sin perturbación de su parte, alcanzar desde el corredor alguna otra ventana del mismo lado de la casa. Llegué a la puerta sin que me oyera; salí, la cerré y escuché, desde el otro lado, por si oía algún sonido suyo. Mientras estaba de pie en el pasillo tenía los ojos puestos en la puerta del cuarto de su hermano, que no estaba más que a diez pasos, y que produjo en mí, de manera indescriptible, una renovación del extraño impulso que hacía poco había calificado de tentación. ¿Y si entrara directamente y me encaminara a *su* ventana? ¿Y si, arriesgándome a revelar al desconcierto juvenil de él el motivo de mi acción, lanzara sobre el resto del misterio el largo dogal de mi audacia?

Este pensamiento me retuvo lo suficiente como para cruzar hasta su umbral y volver a detenerme. Escuché con una atención sobrenatural; me imaginé lo que podría acontecer de manera portentosa; me pregunté si su cama estaría también vacía y si él también velaba en secreto. Fue un minuto profundo y silencioso, al final del cual mi impulso cedió. Él estaba quieto; quizá era inocente; el riesgo era horrendo; me aparté. Había una figura en los jardines —una figura que acechaba para ver algo, el visitante con quien Flora estaba en trato—; pero no era el visitante que más concernía a mi niño. Dudé de nuevo, pero por otras razones y sólo por unos segundos; luego había tomado mi decisión. Había habitaciones vacías en Bly, y sólo se trataba de elegir la adecuada. La adecuada se me presentó de pronto como la que estaba en el nivel inferior —aunque muy por encima de los jardines— en el sólido rincón de la casa que he denominado la torre vieja. Era una habitación grande y cuadrada, dispuesta con cierta solemnidad como dormitorio, cuyas dimensiones desmesuradas la hacían tan poco práctica que hacía años que no estaba ocupada, aunque Mrs. Grose la mantenía en un orden ejemplar. La había admirado a menudo y conocía bien cómo orientarme en ella; sólo tuve que, tras vacilar un instante ante la primera y fría penumbra de su desuso, atravesarla y descorrer en silencio, lo más silenciosamente posible, uno de los postigos. Logrado este tránsito, descubrí el cristal sin ruido alguno y, aplicando el rostro al panel, pude, siendo la oscuridad exterior apenas menor que la interior, ver que dominaba la dirección correcta. Entonces vi algo más. La luna hacía la noche extraordinariamente penetra-

ble y me mostraba en el césped una figura, empequeñecida por la distancia, que permanecía allí inmóvil y como fascinada, mirando hacia arriba, hacia donde yo había aparecido —mirando, es decir, no tanto directamente hacia mí como hacia algo que evidentemente estaba por encima de mí. Había claramente otra persona por encima de mí —había una persona en la torre —; pero la presencia en el césped no era en absoluto lo que yo había concebido y a lo que había acudido con tanta confianza y celeridad. La presencia en el césped —sentí que se me revolvía el estómago al distinguirla— era el pobre pequeño Miles en persona.

## XI

No fue hasta bien entrado el día siguiente cuando hablé con Mrs. Grose; el rigor con que mantenía a mis alumnos a la vista hacía difícil a menudo reunirme con ella en privado, y tanto más cuanto que ambas sentíamos la importancia de no provocar — tanto por parte de los criados como por la de los niños— ninguna sospecha de un secreto nerviosismo ni de que se discutieran misterios. De su mero aspecto sereno extraía yo una gran seguridad a este respecto. No había nada en su fresco semblante que pudiera transmitir a otros mis horribles confidencias. Me creía, estaba segura, absolutamente: de no haber sido así, no sé qué habría sido de mí, pues no habría podido soportar aquel asunto sola. Pero ella era un monumento magnífico a la bendición de carecer de imaginación, y si no podía ver en nuestros pequeños cargos otra cosa que su belleza y su amabilidad, su felicidad y su inteligencia, no tenía comunicación directa con las fuentes de mis tribulaciones. Si hubieran estado visiblemente marchitados o maltrechos, sin duda habría acabado, al rastrear la causa, tan demacrada como ellos; tal como estaban las cosas, sin embargo, podía sentir cómo, cuando los contemplaba con sus grandes brazos blancos cruzados y la costumbre de la serenidad en todo su semblante, daba gracias a la misericordia del Señor por que, si estaban arruinados, los pedazos aún pudiesen servir. Los arrebatos de la fantasía cedían el paso, en su mente, a un resplandor sereno de hogar, y yo ya había empezado a percibir cómo, a medida que se desarrollaba la convicción de que — con el paso del tiempo sin que se produjera ningún incidente público— nuestros jóvenes eran capaces, al fin y al cabo, de cuidarse solos, ella dirigía su mayor solicitud al triste caso que presentaba su institutriz. Para mí eso era una simplificación saludable: podía comprometerme a que, de cara al mundo, mi semblante no delatara nada; pero habría sido, en aquellas circunstancias, una carga añadida enorme encontrarme angustiada también por el suyo.

A la hora de la que ahora hablo se había reunido conmigo, a instancias mías, en la terraza, donde, con el avance de la estación, el sol de la tarde era ya agradable; y nos sentamos allí juntas mientras los niños, ante nosotras, a distancia pero al alcance de la voz si lo deseábamos, paseaban de un lado a otro en uno de sus estados de ánimo más manejables. Se movían despacio, al unísono, por debajo de nosotras, sobre el césped, el niño, al andar, leyendo en voz alta de un libro de cuentos y pasando el brazo alrededor de su hermana para mantenerla bien cerca. Mrs. Grose los contemplaba con plena placidez; entonces capté el reprimido crujido intelectual con que, conscientemente, se volvió a recibir de mí una visión del revés del tapiz. Me la había convertido en receptáculo de cosas lúgubres, pero había en su paciencia ante mi angustia un extraño reconocimiento de mi superioridad — mis conocimientos y mi función—. Ofrecía su mente a mis revelaciones como, si yo hubiera querido preparar el brebaje de una bruja y así se lo hubiera propuesto con toda confianza, habría tendido un cazo grande y limpio. Ésta había llegado a ser del todo su actitud cuando, en mi relato de los sucesos de la noche, llegué al punto de lo que Miles me había dicho cuando, después de verlo a aquella hora tan monstruosa, casi en el mismísimo lugar donde se encontraba ahora, había bajado a buscarlo; eligiendo entonces, desde la ventana, con la concentrada necesidad de no alarmar a la casa, ese método antes que una señal más resonante. Le había dejado entre tanto pocas dudas sobre mis escasas esperanzas de representar con éxito, incluso para su simpatía presente, la verdadera magnificencia de la pequeña inspiración con la que el niño, después de que yo lo hubiera llevado a casa, respondió a mi articulado desafío final. En cuanto me vio aparecer en la terraza a la luz de la luna, vino hacia mí tan directamente como le fue posible; ante lo cual le cogí la mano sin decir palabra y lo conduje, a través de los oscuros espacios, por la escalera donde Quint había acechado para él con tanta hambre, a lo largo del pasillo donde yo había escuchado y temblado, y así hasta su abandonado cuarto.

Ni un sonido, durante el trayecto, había pasado entre nosotros, y yo había estado preguntándome — ¡oh, cuánto me había preguntado! — si él estaba buscando a tientas en su mente alguna explicación plausible y no demasiado grotesca. Pondría a prueba su inventiva, sin duda, y yo sentía, esta vez, ante su verdadero apuro, un curioso estremecimiento de triunfo. ¡Era una trampa certera para lo insondable! Ya no podía seguir fingiendo inocencia; entonces, ¿cómo diablos saldría de ello? Latía en mí, en efecto, junto al apa-

sionado palpar de aquella pregunta, un igualmente mudo interrogante sobre cómo diablos lo haría yo. Me enfrentaba por fin, como nunca antes, con todos los riesgos que conllevaba incluso entonces el dar expresión a mi propia nota horrible. Recuerdo, de hecho, que cuando empujamos hacia el interior de su pequeño cuarto, donde la cama no había sido deshecha en absoluto y la ventana, descubierta a la luz de la luna, hacía el lugar tan claro que no era necesario encender una cerilla —recuerdo cómo me desplomé de repente, me hundí en el borde de la cama bajo la fuerza de la idea de que él debía de saber lo mucho que, en realidad, como suele decirse, me tenía «cogida». Podía hacer lo que quisiera, con toda su inteligencia para ayudarlo, mientras yo continuara deferiendo a la antigua tradición de la criminalidad de quienes cuidan a los jóvenes y fomentan supersticiones y miedos. Me tenía «cogida», en efecto, y entre la espada y la pared; pues ¿quién me absolvería, quién consentiría que no me ahorcaran, si, con el menor temblor de una proposición, yo fuera la primera en introducir en nuestra perfecta convivencia un elemento tan funesto? No, no: era inútil intentar hacer comprender a Mrs. Grose, del mismo modo que apenas es menos inútil intentar sugerirlo aquí, cómo, en nuestro breve y tenso enfrentamiento en la oscuridad, me hizo temblar de admiración. Fui, desde luego, sumamente amable y compasiva; jamás, jamás hasta entonces había puesto sobre sus pequeños hombros manos tan tiernas como aquellas con las que, apoyada contra la cama, lo mantuve allí bien sometido. No me quedaba otra alternativa que, al menos en la forma, pedírselo.

—Tienes que decirme ahora la verdad, toda la verdad. ¿Para qué saliste? ¿Qué estabas haciendo allí?

Aún puedo ver su maravillosa sonrisa, el blanco de sus bellos ojos y el destello de sus pequeños dientes brillando ante mí en la penumbra. —Si le digo por qué, ¿lo entenderá? Mi corazón dio un vuelco. ¿Me lo diría? No encontré sonido alguno en mis labios para insistir, y era consciente de no responder más que con un vago, repetido y contorsionado gesto de asentimiento con la cabeza. Era la gentileza en persona, y mientras yo sacudía la cabeza ante él, permanecía allí de pie más que nunca como un pequeño príncipe de cuento. Su luminosidad me dio, en efecto, una tregua. ¿Sería tan grande si fuera a decirme la verdad? —Pues bien —dijo al fin—, exactamente para que usted hiciera esto.

—¿Qué?

— ¡Que pensara que soy —por variar— *malo*! Nunca olvidaré la dulzura y la alegría con que pronunció esa palabra, ni cómo, a continuación, se inclinó hacia delante y me besó. Era prácticamente el fin de todo. Recibí su beso y tuve que hacer, mientras lo estrechaba un momento entre mis brazos, el esfuerzo más estupendo para no llorar. Me había dado exactamente la explicación de sí mismo que menos permitía ir más allá de ella, y fue sólo con el efecto de confirmar mi aceptación de la misma que, al echar una mirada al cuarto, pude decir:

— ¿Entonces no te desnudaste en absoluto?

Él centelleó en la penumbra. — En absoluto. Estuve sentado leyendo.

— ¿Y cuándo bajaste?

— A medianoche. ¡Cuando soy malo, soy malo!

— Ya, ya —es encantador. Pero ¿cómo podías estar seguro de que yo me enteraría?

— Oh, lo acordé con Flora. — Sus respuestas brotaban con una presteza admirable—. Ella debía levantarse y mirar hacia afuera.

— Lo cual hizo en efecto. ¡Fui yo quien cayó en la trampa!

— Así que ella la perturbó a usted y, para ver qué miraba, miró usted también —y vio.

— Mientras tú —concluí yo—, ¡te morías de frío en el aire nocturno!

Resplandecía tan literalmente a causa de aquella hazaña que pudo permitirse asentir con radiante generosidad. — ¿Cómo si no habría sido lo bastante malo? —preguntó. Y después de otro abrazo, el incidente y nuestra conversación se cerraron con mi reconocimiento de todas las reservas de bondad de las que, para su broma, había sido capaz de hacer acopio.

## XII

La impresión particular que había recibido resultó, a la luz de la mañana, no del todo presentable con éxito a Mrs. Grose, aunque la reforcé con la mención de otro comentario que él había hecho antes de que nos separáramos.

— Todo está en media docena de palabras — le dije —, palabras que realmente zanja el asunto: «Piense, ¿sabe?, en lo que yo *podría* hacer.» Lo dejó caer para demostrarme lo bueno que es. Sabe perfectamente bien, hasta el fondo, lo que «podría» hacer. Eso es lo que les dio a probar en el colegio.

— ¡Dios mío, cómo cambia usted! — exclamó mi amiga.

— No cambio: simplemente lo voy entendiendo. Los cuatro se ven continuamente, dependa usted de ello. Si cualquiera de estas últimas noches hubiera estado usted con cualquiera de los niños, lo habría entendido con claridad. Cuanto más he observado y aguardado, más he sentido que, si no hubiera nada más que lo demostrara, lo demostraría el silencio sistemático de cada uno. *Nunca*, en un descuido de la lengua, han aludido a ninguno de sus antiguos amigos, como tampoco Miles ha aludido a su expulsión. Oh, sí, podemos sentarnos aquí y mirarlos, y ellos pueden hacer exhibición ante nosotras a su antojo; pero incluso mientras fingen estar absortos en su cuento de hadas, están inmersos en su visión de los muertos vueltos a la vida. No le está leyendo a ella — declararé —: están hablando de *ellos*, ¡están hablando de horrores! Sigo, ya lo sé, como si estuviera loca; y es un milagro que no lo esté. Lo que yo he visto la habría enloquecido a usted; pero a mí sólo me ha vuelto más lúcida, me ha permitido aferrarme a otras cosas más.

Mi lucidez debía de haber parecido terrible, pero las encantadoras criaturas que eran sus víctimas, pasando y repasando en su entrelazada ternura, le daban a mi colega algo de lo que asirse; y yo sentía con qué fuerza se

aferraba ella mientras, sin que el aliento de mi pasión la moviera, los seguía cubriendo con los ojos. —¿A qué otras cosas se ha aferrado usted?

—A las mismas cosas que me han deleitado, fascinado y, sin embargo, en el fondo, como veo ahora tan extrañamente, desconcertado y turbado. Su belleza más que terrenal, su bondad absolutamente antinatural. Es un juego —proseguí—: ¡es una política y un fraude!

—¿Por parte de esos pequeños ángeles...?

—¿Unos pequeños bebés adorables, por ahora? ¡Sí, por desatinado que parezca! El mero hecho de expresarlo me ayudó realmente a rastrearlo —seguir el hilo y recomponer el conjunto—. No han sido buenos: sólo han estado ausentes. Ha sido fácil vivir con ellos porque sencillamente llevan una vida propia. No son míos, no son nuestros. ¡Son de él y de ella!

—¿De Quint y de esa mujer?

—De Quint y de esa mujer. Quieren llegar hasta ellos.

¡Oh, con qué atención estudió entonces la pobre Mrs. Grose a los niños!  
—¿Pero para qué?

—Por el amor de todo el mal que, en aquellos días terribles, la pareja puso en ellos. Y seguir llenándolos de ese mal, mantener la obra de los demonios, es lo que devuelve a los otros.

—¡Cielos! —dijo mi amiga en voz baja. La exclamación era sencilla, pero revelaba una aceptación real de mi ulterior prueba de lo que, en aquel mal tiempo —¡pues había habido uno peor aún!— debió de ocurrir. No podría haber habido para mí justificación más clara que el franco asentimiento de su experiencia a cualquier profundidad de depravación que yo encontrara creíble en nuestra pareja de canallas. Fue en obvia rendición de la memoria que pronunció al cabo de un momento: —*¡Eran unos sinvergüenzas!* Pero ¿qué pueden hacer ahora? —prosiguió.

—¿Hacer? —repetí en voz tan alta que Miles y Flora, al pasar a su distancia, se detuvieron un instante en su paseo y nos miraron—. ¿Acaso no hacen ya bastante? —pregunté en un tono más bajo, mientras los niños, habiendo sonreído, asintido con la cabeza y enviado besos con la mano, reanudaban su exhibición. Nos mantuvo fijas durante un minuto; luego respondió: —¡Pueden destruirlos! Ante esto mi compañera se volvió, pero la

pregunta que lanzó fue silenciosa, cuyo efecto fue hacerme más explícita.

—No saben todavía exactamente cómo, pero lo están intentando con ahínco. Se los ve sólo a través, por así decir, y más allá —en lugares extraños y en lugares elevados, en lo alto de las torres, en los tejados de las casas, en el exterior de las ventanas, en el borde más alejado de los estanques— ; pero hay un profundo designio, por ambas partes, de acortar la distancia y vencer el obstáculo; y el éxito de los tentadores es sólo una cuestión de tiempo. Sólo tienen que insistir en sus sugerencias de peligro.

—¿Para que los niños acudan?

—¡Y perezcan en el intento! —Mrs. Grose se levantó lentamente, y yo añadí con escrúpulo— : ¡A menos, claro está, que podamos impedirlo!

De pie ante mí mientras yo permanecía sentada, dio visiblemente vueltas al asunto. —Su tío debe impedirlo. Debe llevárselos.

—¿Y quién va a persuadirle?

Había estado escudriñando la distancia, pero ahora posó en mí una mirada de estupefacción. —Usted, señorita.

—¿Escribiéndole que su casa está envenenada y que su sobrinito y su sobrinita están locos?

—¿Pero si lo están, señorita?

—¿Y si lo estoy yo misma, quiere usted decir? Ésa es una noticia encantadora para que se la envíe una institutriz cuyo principal compromiso era no darle ningún motivo de preocupación.

Mrs. Grose consideró, volviendo los ojos hacia los niños. —Sí, es verdad que él aborrece las preocupaciones. Ése fue el gran motivo...

—¿Por el que aquellos demonios lo tuvieron engañado tanto tiempo? Sin duda, aunque su indiferencia debió de ser terrible. Como yo no soy ningún demonio, en todo caso, no lo engañaría.

Mi compañera, tras un instante y a modo de respuesta, volvió a sentarse y me cogió del brazo. —Consiga usted al menos que venga a verla.

Me quedé perpleja. —¿A mí? —Tuve un repentino temor de lo que podría hacer ella—. ¿«Él»?

—Debería *estar* aquí; debería ayudar.

Me levanté con presteza y creo que debo de haberle mostrado un semblante más raro que nunca. —¿Se me ve a mí pidiéndole una visita? —No, con sus ojos fijos en mi cara, evidentemente no podía verme en ese papel. En lugar de ello —como una mujer lee a otra—, podía ver lo que yo misma veía: su mofa, su diversión, su desprecio ante el derrumbe de mi resignación a quedarme sola y ante el fino mecanismo que había puesto en marcha para atraer su atención sobre mis encantos desdeñados. Ella no sabía —nadie sabía— cuán orgullosa había estado yo de servirle y de mantenerme fiel a nuestros acuerdos; pero no por ello dejó de tomar la medida, creo, del aviso que ahora le daba. —Si llegara usted a perder la cabeza hasta el punto de apelar a él en mi nombre...

Estaba realmente asustada. —Sí, señorita...

—Abandonaría en el acto tanto a él como a usted.

## XIII

Reunirse con ellos estaba muy bien, pero hablarles resultaba tan arduo como siempre —ofrecía, en estrecha proximidad, dificultades tan insuperables como antes. Esta situación se prolongó un mes, con nuevas agravantes y notas particulares, la nota por encima de todo, cada vez más aguda, de la pequeña conciencia irónica de mis alumnos. No era, estoy tan segura hoy como lo estaba entonces, mera imaginación infernal mía: era absolutamente rastreable que eran conscientes de mi aprieto y que esta extraña relación constituía, de cierta manera y durante largo tiempo, el aire en que nos movíamos. No quiero decir que tuvieran la lengua en la mejilla ni que hicieran nada vulgar, pues eso no era uno de sus peligros: quiero decir, en cambio, que el elemento de lo innombrado e intocado fue volviéndose, entre nosotros, mayor que cualquier otra cosa, y que tanto evitamiento no podría haberse llevado a cabo con tanto éxito sin un considerable acuerdo tácito. Era como si, en ciertos momentos, estuviéramos perpetuamente a punto de tropezar con temas ante los cuales debíamos detenernos en seco, saliendo de improviso de callejones que percibíamos sin salida, cerrando con un pequeño golpe que nos hacía mirarnos —pues, como todos los golpes, era algo más alto de lo que habíamos pretendido— las puertas que habíamos abierto imprudentemente. Todos los caminos llevan a Roma, y hubo momentos en que pudo habérsenos ocurrido que casi todas las ramas del estudio o los temas de conversación rozaban terreno vedado. El terreno vedado era la cuestión del retorno de los muertos en general y de lo que, en especial, podría sobrevivir, en la memoria, de los amigos que los niños habían perdido. Hubo días en que habría podido jurar que uno de ellos le había dicho al otro, con un pequeño codazo invisible: «Cree que lo va a hacer esta vez, ¡pero no lo hará!» «Hacerlo» habría supuesto permitirse —por una vez, pongamos por caso— alguna referencia directa a la señora que los había

preparado para mi disciplina. Tenían un encantador e inagotable apetito por los episodios de mi propia historia, que les había ido contando una y otra vez; estaban en posesión de todo lo que me había ocurrido alguna vez, habían tenido, con todas las circunstancias, el relato de mis más pequeñas aventuras y de las de mis hermanos y hermanas y del gato y del perro en casa, así como de muchos detalles de la naturaleza excéntrica de mi padre, del mobiliario y disposición de nuestra casa, y de las conversaciones de las ancianas de nuestro pueblo. Había cosas suficientes, tomándolas una a una, de que charlar, si uno iba muy deprisa y sabía por instinto cuándo dar un rodeo. Tiraban con un arte propio de los hilos de mi inventiva y de mi memoria; y nada más, quizás, cuando después pensaba en tales ocasiones, me daba tan fuerte la sospecha de ser observada desde detrás de una cubierta. Era en todo caso sobre *mi* vida, *mi* pasado y *mis* amigos sobre lo que podíamos tomarnos algo parecido a la comodidad —un estado de cosas que los llevaba a veces, sin la menor pertinencia, a estallar en recordatorios sociales. Se me invitaba —sin ninguna conexión visible— a repetir de nuevo el célebre *mot* de la buena Goody Gosling o a confirmar los detalles ya aportados sobre la inteligencia del poni de la vicaría.

Era en parte en semejantes coyunturas y en parte en otras muy diferentes cuando, con el giro que habían tomado mis asuntos, mi aprieto, como lo he llamado, se hacía más sensible. El hecho de que los días transcurrieran para mí sin otro encuentro debería, al parecer, haber contribuido en algo a calmar mis nervios. Desde el ligero roce, aquella segunda noche en el rellano de la escalera, con la presencia de una mujer al pie de los peldaños, no había visto nada, ni dentro ni fuera de la casa, que hubiera sido mejor no ver. Había muchos rincones en los que esperaba toparme con Quint, y muchas situaciones que, de manera siniestra, habrían favorecido la aparición de Miss Jessel. El verano había cambiado, el verano se había ido; el otoño había caído sobre Bly y había apagado la mitad de nuestras luces. El lugar, con su cielo gris y sus guirnaldas marchitas, sus espacios desnudos y sus hojas muertas dispersas, era como un teatro después de la función —todo sembrado de programas arrugados. Había exactamente estados del aire, condiciones de sonido y de silencio, impresiones inefables del *tipo* de momento propiciador, que me devolvían, con el tiempo justo para captarlo, la sensación del medio en el que, aquella tarde de junio al aire libre, había tenido mi primera visión de Quint, y en el que también, en aquellos otros instantes, lo había buscado en vano en el círculo de arbustos después de verlo a través

de la ventana. Reconocía las señales, los presagios —reconocía el momento, el lugar. Pero permanecían sin compañía y vacíos, y continuaba sin ser molestada; si es que puede llamarse sin ser molestada a una joven cuya sensibilidad había profundizado, de la manera más extraordinaria, en lugar de disminuir. Había dicho en mi conversación con Mrs. Grose en aquella horrible escena de Flora junto al lago —y ella se había desconcertado al oírlo— que a partir de ese momento me afligiría mucho más perder mi poder que conservarlo. Había expresado entonces lo que estaba vívidamente en mi mente: la verdad de que, tanto si los niños veían realmente como si no —es decir, si no estaba todavía definitivamente probado—, prefería decididamente, como salvaguarda, la plenitud de mi propia exposición. Estaba dispuesta a conocer lo peor que hubiera que conocer. Lo que entonces había atisbado fugazmente y con horror era que mis ojos podrían quedar sellados justo cuando los suyos estuvieran más abiertos. Pues bien, mis ojos *estaban* sellados, al parecer, por el momento —una consumación por la que parecería blasfemo no dar gracias a Dios. Había, ay, una dificultad al respecto: se las habría dado con toda mi alma de no haber tenido, en proporción correspondiente, esta convicción sobre el secreto de mis alumnos.

¿Cómo puedo trazar hoy los extraños pasos de mi obsesión? Había momentos en que estábamos juntos en que habría estado dispuesta a jurar que, literalmente, en mi presencia, pero con mi sentido directo de ello cerrado, tenían visitantes que les eran conocidos y bienvenidos. Era entonces cuando, de no haberme disuadido el riesgo mismo de que tal denuncia pudiera resultar mayor que el daño que se trataba de conjurar, mi exaltación habría estallado: «Están aquí, están aquí, pequeños miserables —habría gritado—, ¡y ahora no podéis negarlo!» Los pequeños miserables lo negaban con todo el volumen añadido de su sociabilidad y su ternura, en cuyas profundidades de cristal —como el destello de un pez en un arroyo— asomaba la burla de su ventaja. La sacudida, en verdad, había calado en mí más hondo de lo que yo sabía aquella noche en que, mirando afuera para ver a Quint o a Miss Jessel bajo las estrellas, había visto al niño sobre cuyo reposo velaba y que había traído consigo de inmediato —sin más, allí, lo había vuelto hacia mí — la adorable mirada ascendente con que, desde los pretiles sobre mí, la horrenda aparición de Quint había jugado. Si era cuestión de un susto, mi descubrimiento en aquella ocasión me había asustado más que ningún otro, y fue en el estado de nervios que produjo en mí que llegué a mis inferencias actuales. Me acosaban tanto que a veces, en momentos imprevistos, me

encerraba para ensayar en voz alta —era a la vez un alivio fantástico y una desesperación renovada— la manera en que podría abordar el punto. Me acercaba a él por un lado y por otro mientras, en mi cuarto, me agitaba de un lado a otro, pero siempre me derrumbaba ante la monstruosa pronunciación de los nombres. Al desvanecerse en mis labios, me decía que en verdad los ayudaría a representar algo infame si, pronunciándolos, violara un caso tan singular de delicadeza instintiva como cualquier sala de estudios conociera probablemente. Cuando me decía a mí misma: «*Ellos* tienen el decoro de guardar silencio, y tú, que gozas de su confianza, tienes la baja de hablar», me ponía colorada y me cubría el rostro con las manos. Después de estas escenas secretas charlaba más que nunca, siguiendo adelante con suficiente volubilidad hasta que se producía uno de nuestros prodigiosos y palpables silencios —no sé cómo llamarlos de otro modo— el extraño y vertiginoso ascenso o flotar (¡busco las palabras!) hacia una quietud, una pausa de toda vida, que nada tenía que ver con el mayor o menor ruido en que estuviéramos ocupados en ese momento y que yo podía oír a través de cualquier exaltación profunda o recitación acelerada o golpeteo más fuerte del piano. Era entonces cuando los otros, los de fuera, estaban allí. Aunque no eran ángeles, «pasaban», como dicen los franceses, haciéndome temblar, mientras permanecían, con el temor de que dirigieran a sus jóvenes víctimas algún mensaje aún más infernal o alguna imagen más vívida que las que habían tenido por suficientes para conmigo.

Lo que más imposible resultaba eliminar era la cruel idea de que, fuera lo que fuera lo que yo había visto, Miles y Flora veían *más* —cosas terribles e inimaginables que brotaban de los espantosos episodios de intimidad del pasado. Tales cosas dejaban naturalmente en la superficie, por el momento, un frío que negábamos vocalmente sentir; y los tres, con la repetición, habíamos entrado en un entrenamiento tan espléndido que recorríamos cada vez, casi automáticamente, para marcar el cierre del incidente, los mismos movimientos exactos. Era notable en los niños, en todo caso, que me besaran invariablemente con una especie de desatinada irrelevancia y no hablaran nunca —uno u otro— en la pregunta preciosa que nos había ayudado a salvar tantos escollos. «¿Cuándo cree usted que vendrá? ¿No cree que deberíamos escribirle?» —no había nada como esa pregunta, habíamos aprendido por experiencia, para salvar un momento difícil. «Él» era, desde luego, su tío en Harley Street; y vivíamos en gran profusión de teoría de que podría llegar en cualquier momento a mezclarse en nuestro círculo. Era im-

posible que hubiera dado menos aliento que él a semejante doctrina, pero de no haber tenido esa doctrina a la que recurrir, nos habríamos privado mutuamente de algunas de nuestras más refinadas exhibiciones. Él nunca les escribía —quizás era egoísta, pero formaba parte de la lisonja de su confianza en mí; pues la manera en que un hombre rinde su mayor tributo a una mujer suele consistir, precisamente, en la celebración más festiva de una de las leyes sagradas de su comodidad—; y yo consideraba que cumplía el espíritu del compromiso dado de no apelar a él cuando hacía entender a mis cargos que sus propias cartas no eran más que encantadores ejercicios literarios. Eran demasiado hermosas para enviarlas; las guardé yo misma; las conservo todas a esta hora. Ésta era, en efecto, una regla que sólo añadía al efecto satírico de que me importunaran con la suposición de que él podría estar entre nosotros en cualquier momento. Exactamente como si mis cargos supieran lo casi más incómodo que eso podría resultar para mí. Además, según observo ahora mirando hacia atrás, no hay nota más extraordinaria en todo esto que el mero hecho de que, a pesar de mi tensión y de su triunfo, nunca perdí la paciencia con ellos. ¡Adorables debieron de ser en verdad, reflexiono ahora, para que yo no los odiara en aquellos días! ¿Habría acabado la exasperación, de haberse demorado el alivio, por traicionarme? Importa poco, pues el alivio llegó. Lo llamo alivio, aunque no era más que el alivio que un chasquido trae a una tensión o el estallido de una tormenta a un día de sofocación. Fue al menos un cambio, y llegó de golpe.

## XIV

Cierto domingo por la mañana, de camino a la iglesia, tenía a Miles a mi lado y a su hermana, que nos precedía con Mrs. Grose, bien a la vista. Era un día despejado y frío, el primero de su clase en algún tiempo; la noche había traído un toque de helada, y el aire otoñal, brillante y cortante, hacía casi alegres las campanas de la iglesia. Fue un extraño accidente del pensamiento que en semejante momento me hubiera ocurrido quedar particularmente impresionada, y de manera muy agradecida, por la obediencia de mis pequeños cargos. ¿Por qué nunca resentían mi inexorable y perpetua compañía? Algo me había hecho caer en la cuenta con más fuerza de que prácticamente había tenido al niño atado a mi chal y de que, por la manera en que nuestros acompañantes marchaban ante nosotros, podía haber dado la impresión de precaverme contra algún peligro de rebelión. Era como una carcelera atenta a posibles sorpresas y fugas. Pero todo eso pertenecía —es decir, su magnífica pequeña rendición— exactamente al repertorio especial de los hechos más abismales. Ataviado para el domingo por el sastre de su tío, que tenía mano libre y afición a bonitos chalecos y a su aire de gran señor en pequeño, todo el derecho a la independencia de Miles, los derechos de su sexo y su condición, quedaban tan estampados en él que, de haber emprendido de repente la fuga hacia la libertad, yo no habría tenido nada que decir. Era precisamente por el más extraño azar que me preguntaba cómo me las arreglaría para afrontarlo cuando la revolución se produjo de manera inequívoca. La llamo revolución porque ahora veo cómo, con las palabras que pronunció, el telón subió sobre el último acto de mi horrible drama y la catástrofe se precipitó. —Oiga, querida, ¿sabe? —dijo con todo su encanto—, ¿cuándo voy a volver al colegio, por favor?

Transcrita aquí, la frase suena bastante inocente, en particular tal como fue pronunciada con aquella voz aguda, suave y casual con la que, con todos sus interlocutores pero sobre todo con su eterna institutriz, lanzaba entonaciones como si arrojara rosas. Había algo en ellas que siempre hacía «detenerse», y yo me detuve, en todo caso, tan en seco en aquel momento que fue como si uno de los árboles del parque hubiera caído a través del camino. Había algo nuevo, en ese instante, entre nosotros, y él era perfectamente consciente de que yo lo reconocía, aunque, para permitirme hacerlo, no tenía ninguna necesidad de mostrarse lo más mínimo menos cándido y encantador que de costumbre. Podía sentir en él cómo, al no encontrar yo nada que responder al principio, percibía ya la ventaja que había ganado. Fui tan lenta en encontrar algo que tuvo tiempo de sobra, tras un minuto, para continuar con su sonrisa sugerente pero inconclusa: —¿Sabe, querida, que para un chico estar siempre con una señora...? Su «querida» estaba constantemente en sus labios para dirigirse a mí, y nada podría haber expresado mejor el matiz exacto del sentimiento con que yo deseaba inspirar a mis alumnos que su cariñosa familiaridad. Era tan respetuosamente natural.

¡Pero, oh, cuánto sentía yo que debía elegir con cuidado mis propias palabras en ese momento! Recuerdo que, para ganar tiempo, intenté reírme, y me pareció ver en el hermoso semblante con que me observaba qué fea y rara debía de parecerle. —¿Y siempre con la misma señora? —repliqué.

No palideció ni parpadeó. El asunto estaba virtualmente al descubierto entre nosotros. —Ah, desde luego, es una señora estupenda, «perfecta»; pero al fin y al cabo soy un chico, ¿no ve usted?, que... bueno, va creciendo.

Me demoré allí un instante junto a él con toda la amabilidad posible. —Sí, vas creciendo. ¡Oh, pero qué impotente me sentía!

Guardo hasta hoy la desgarradora pequeña conciencia de cómo él parecía saberlo y jugar con ello. —¿Y no puede usted decir que no me he portado estupendamente bien?

Le puse la mano en el hombro, pues aunque sentía bien a las claras que habría sido mejor seguir andando, todavía no era capaz. —No, no puedo decir eso, Miles.

—¡Excepto aquella noche, ya sabe...!

—¿Qué noche? —Yo no podía mirarle tan directamente como él a mí.

—Cuando bajé..., salí de la casa.

—Ah, sí. Pero he olvidado para qué lo hiciste.

—¿Lo olvida usted? —habló con la dulce extravagancia de la reconven-  
ción infantil—. ¡Fue para demostrarle que podía!

—Ah, sí, podías.

—Y puedo de nuevo.

Sentí que quizás, al fin y al cabo, podría conseguir mantener el juicio. —  
Desde luego. Pero no lo harás.

—No, eso, no de nuevo. No fue nada.

—No fue nada —dije—. Pero hay que seguir.

Reanudó el paseo a mi lado, pasando su mano por mi brazo. —¿Entonces  
cuándo voy a volver?

Llevé puesta, dándole vueltas al asunto, mi expresión más responsable.  
—¿Eras feliz en el colegio?

Lo consideró brevemente. —¡Oh, soy feliz en todas partes!

—Bueno, entonces —vacilé—, si eres igual de feliz aquí...

—¡Ah, pero eso no es todo! Desde luego *usted* sabe mucho...

—¿Pero insinúas que sabes casi tanto? —me arriesgué a decir cuando se  
detuvo.

—¡Ni la mitad de lo que quiero saber! —reconoció Miles honestamente  
—. Pero no es tanto eso.

—¿Qué es, entonces?

—Pues... quiero ver más mundo.

—Ya, ya. —Habíamos llegado a la vista de la iglesia y de diversas per-  
sonas, incluidos varios miembros del servicio de Bly, que se dirigían a ella  
y se agrupaban ante la puerta para vernos entrar. Apresuré el paso; quería  
llegar allí antes de que la cuestión entre nosotros se abriera mucho más; re-  
flexioné ávidamente que durante más de una hora tendría que guardar silen-  
cio; y pensé con envidia en la comparativa penumbra del banco de la iglesia  
y en la ayuda casi espiritual del reclinatorio sobre el que podría doblar las

rodillas. Parecía estar corriendo literalmente una carrera contra la confusión a la que él estaba a punto de reducirme, pero sentí que me había ganado la delantera cuando, antes incluso de que hubiéramos entrado en el cementerio, lanzó:

—¡Quiero mi propia clase de gente!

Aquello me hizo saltar literalmente hacia delante. —¡No hay muchos de tu clase, Miles! —reí—. ¡A no ser quizás la querida pequeña Flora!

—¿De verdad me compara usted con una niña de pecho?

Esto me encontró singularmente desarmada. —¿Acaso no quieres a nuestra dulce Flora?

—¡Si no la quisiera..., y a usted también; si no la quisiera...! —repitió como si tomara carrerilla para un salto, pero dejando su pensamiento tan incompleto que, una vez traspasada la verja, otra parada, que él me impuso por la presión de su brazo, se hizo inevitable. Mrs. Grose y Flora habían entrado en la iglesia, los demás feligreses las habían seguido, y estábamos, por un momento, solos entre las viejas y espesas tumbas. Nos habíamos detenido, en el camino desde la verja, junto a una tumba baja, oblonga y plana como una mesa.

—Sí, si no la quisieras...

Él miró, mientras yo esperaba, las tumbas. —¡Bueno, ya lo sabe usted! Pero no se movió, y pronto produjo algo que me hizo sentarme de golpe en la losa de piedra, como si de repente necesitara descansar. —¿Piensa su tío lo mismo que usted?

Me quedé descansando ostensiblemente. —¿Cómo sabes lo que pienso?

—Ah, bueno, desde luego no lo sé; es que me parece que nunca me lo dice. Pero quiero decir: ¿sabe él?

—¿Qué, Miles?

—Pues la manera en que voy yo.

Comprendí con suficiente rapidez que no podía dar a esa pregunta respuesta alguna que no implicara algún sacrificio del hombre que me empleaba. Sin embargo, me pareció que en Bly estábamos todos bastante sacri-

ficados como para que eso resultara venial. —No creo que a tu tío le importe mucho.

Miles, ante esto, se quedó mirándome. —¿Entonces no cree usted que se le puede hacer que le importe?

—¿De qué manera?

—Pues viniendo aquí.

—¿Pero quién va a conseguir que venga?

—¡Yo! —dijo el niño con extraordinaria viveza y énfasis. Me lanzó otra mirada cargada de aquella expresión y luego marchó solo hacia el interior de la iglesia.

## XV

El asunto quedó prácticamente zanjado desde el momento en que no le seguí. Fue una lamentable rendición a la agitación, pero el ser consciente de ello no me devolvió en modo alguno la serenidad. Me limité a quedarme allí sentada sobre mi tumba y a leer en lo que mi pequeño amigo me había dicho toda la plenitud de su significado; para cuando hube comprendido el conjunto, había también abrazado, como pretexto para mi ausencia, la excusa que me avergonzaba ofrecer a mis alumnos y al resto de la congregación como ejemplo de demora. Lo que me decía sobre todo era que Miles había conseguido sacarme algo y que la prueba de ello, para él, sería justamente aquel torpe derrumbamiento. Había logrado que se me escapara que yo sentía un gran temor y que probablemente podría servirse de ese miedo para obtener, en beneficio propio, mayor libertad. Mi temor era el de tener que enfrentarme a la insostenible cuestión de los motivos de su expulsión del colegio, pues ésa era en realidad tan sólo la cuestión de los horrores que aguardaban agazapados detrás. Que su tío llegase a tratar conmigo esos asuntos era una solución que, hablando en rigor, yo debería ahora haber deseado propiciar; pero me resultaba tan difícil afrontar la fealdad y el dolor de ello que simplemente fui aplazándolo y viví al día. El niño, con gran turbación de mi parte, tenía toda la razón del mundo; estaba en posición de decirme: «O aclaras con mi tutor el misterio de esta interrupción de mis estudios, o dejas de esperar que lleve contigo una vida tan antinatural para un chico.» Lo que resultaba tan antinatural para el chico en particular al que me refería era esa repentina revelación de una conciencia y un plan.

Eso fue lo que verdaderamente me venció, lo que me impidió entrar. Deambulé en torno a la iglesia, dubitativa, rondando de un lado a otro; reflexioné que ya me había hecho a mí misma, con él, un daño irreparable.

Por lo tanto, no podía remendar nada, y era un esfuerzo demasiado extremo apretujarme a su lado en el banco: estaría mucho más seguro que nunca de pasar su brazo por el mío y hacerme sentar allí durante una hora en un íntimo y silencioso contacto con su comentario sobre nuestra conversación. Era el primer momento desde su llegada en que quería alejarme de él. Al detenerme bajo la alta ventana oriental y escuché los sonidos del culto, me embargó un impulso que sentí que podría dominarme por completo si le daba la menor oportunidad. Podría poner fácilmente fin a mi aprieto marchándome del todo. Ahí estaba mi oportunidad; no había nadie para detenerme; podía abandonarlo todo —dar la espalda y retirarme. Era sólo cuestión de apresurarme de nuevo, para hacer unas pocas preparaciones, a la casa que la asistencia de tantos criados a la iglesia habría dejado prácticamente desocupada. En suma, nadie podría culparme si me marchaba precipitadamente. ¿Qué suponía irse si me iba sólo hasta la hora de la cena? Eso sería en un par de horas, al final de las cuales —tenía la aguda premonición— mis pequeños alumnos jugarían a mostrar inocente asombro por mi ausencia a su regreso.

«¿Qué *has* hecho, pícara, criatura mala? ¿Por qué, por todos los cielos, para angustiarnos de ese modo —y distraernos el pensamiento también, ¿lo ves?— nos abandonaste en la mismísima puerta?» No podía hacer frente a tales preguntas ni, mientras las formulaban, a sus falsos ojillos adorables; y, sin embargo, era exactamente lo que tendría que afrontar, de modo que, cuando la perspectiva se me hizo vívida, al fin me dejé llevar.

Me fui, por lo que concernía al momento inmediato; salí directa del cementerio y, pensando con ahínco, deshice mis pasos por el parque. Me pareció que para cuando llegué a la casa había tomado la decisión de huir. El silencio dominical tanto de los accesos como del interior, en el que no encontré a nadie, me excitó de veras con un sentido de la oportunidad. Si me escapaba de prisa, así, me iría sin escena alguna, sin una palabra. Mi celeridad tendría que ser notable, sin embargo, y la cuestión de un vehículo era el gran asunto que resolver. Atormentada, en el vestíbulo, por dificultades y obstáculos, recuerdo que me hundí al pie de la escalera —derrumbándome de repente en el peldaño más bajo y luego, con una sacudida de repulsión, recordando que era exactamente allí donde, más de un mes antes, en la oscuridad de la noche y también agobiada de cosas malignas, había visto el espectro de la más horrible de las mujeres. Con eso logré enderezarme;

recorrí el resto del trayecto hacia arriba; me dirigí, en mi desconcierto, al cuarto de estudio, donde había objetos que me pertenecían y que tendría que llevar. Pero abrí la puerta para encontrar de nuevo, en un destello, mis ojos sin velos. Ante lo que vi, retrocedí de golpe sobre mi resistencia.

Sentada a mi propia mesa, a la clara luz del mediodía, vi a una persona que, sin mi experiencia previa, hubiera tomado a primera vista por alguna doncella que se hubiese quedado en casa para cuidar del lugar y que, aprovechando el raro alivio de no ser vigilada y sirviéndose de la mesa del cuarto de estudio y de mis plumas, tinta y papel, se hubiera aplicado al considerable esfuerzo de una carta a su novio. Había un esfuerzo en la manera en que, mientras sus brazos descansaban sobre la mesa, sus manos sostenían la cabeza con evidente cansancio; pero en el momento en que advertí esto ya era consciente de que, a pesar de mi entrada, su actitud persistía de un modo extraño. Fue entonces —con el mero acto de anunciarse— cuando su identidad estalló en un cambio de postura. Se levantó, no como si me hubiese oído, sino con una indescriptible y solemne melancolía de indiferencia y distanciamiento, y, a menos de cuatro metros de mí, se quedó allí de pie como mi vil predecesora. Dishonrada y trágica, estaba ante mí en toda su presencia; pero incluso mientras la fijaba, asegurándola para el recuerdo, la terrible imagen se desvaneció. Oscura como la medianoche con su vestido negro, su belleza agotada y su pena indecible, me había mirado el tiempo suficiente como para parecer decir que su derecho a sentarse a mi mesa era tan bueno como el mío a sentarme a la de ella. Mientras duraron esos instantes, en verdad, tuve el extraordinario escalofrío de sentir que era yo la intrusa. Fue como una airada protesta contra ello que, dirigiéndome a ella en voz alta —«¡Mujer terrible y desgraciada!»— me oí estallar en un sonido que, por la puerta abierta, resonó a lo largo del largo corredor y de la casa vacía. Ella me miró como si me oyera, pero yo había recobrado la compostura y despejado el aire. Al minuto siguiente no había en la habitación más que el sol y la certeza de que debía quedarme.

## XVI

Había esperado con tanta certeza que el regreso de mis alumnos estaría marcado por una demostración que me encontré nuevamente perturbada al tener que tomar nota de que guardaban silencio sobre mi ausencia. En lugar de denunciarme y abrazarme alegremente, no hicieron alusión alguna a mi falta, y se me dejó, por el momento, al percibir que ella tampoco decía nada, estudiando el extraño semblante de Mrs. Grose. Lo hice a tal efecto que me convencí de que, de algún modo, la habían sobornado para que callara; un silencio que, sin embargo, me comprometería a vencer en la primera oportunidad privada. Esa oportunidad llegó antes del té: me las arreglé para tener cinco minutos con ella en la habitación del ama de llaves, donde, en el crepúsculo, entre un olor a pan recién horneado, pero con el lugar todo barrido y aderezado, la encontré sentada en dolorida placidez ante el fuego. Así la veo aún, así la veo mejor: de cara a las llamas en su silla recta, en la habitación oscura y reluciente, una imagen amplia y limpia de lo «guardado» —de cajones cerrados y con llave y descanso sin remedio.

—Oh, sí, me pidieron que no dijera nada; y por complacerles —mientras estaban delante— claro que lo prometí. Pero ¿qué le había ocurrido a usted?

—Sólo me fui con usted a dar el paseo —dije—. Luego tuve que volver para ver a una amiga.

Mostró su sorpresa. —¿Una amiga... *usted*?

—Oh, sí, ¡tengo un par! —reí—. Pero ¿le dieron los niños alguna razón?

—¿Para no aludir a su marcha? Sí; dijeron que a usted le gustaría más. ¿Le gusta más?

Mi semblante la había entristecido. — ¡No, me gusta menos! — Pero tras un instante añadí—: ¿Dijeron por qué habría de gustarme más?

—No; el señorito Miles sólo dijo: «¡Debemos hacer únicamente lo que a ella le guste!»

—Cómo me gustaría que así fuera. ¿Y qué dijo Flora?

—La señorita Flora fue de lo más encantadora. Dijo: «¡Oh, claro, claro!» —y yo dije lo mismo.

Reflexioné un momento. —Usted también fue de lo más encantadora — puedo oírlos a todas. Pero, no obstante, entre Miles y yo, ahora ya ha salido todo.

—¿Todo? —Mi compañera me miró fijamente—. Pero ¿qué, señorita?

—Todo. No importa. He tomado una decisión. Vine a casa, querida — proseguí—, para hablar con Miss Jessel.

Para entonces ya había adquirido el hábito de tener a Mrs. Grose literalmente bien sujeta de antemano antes de hacer sonar esa nota; de modo que incluso ahora, mientras ella parpadeaba con valentía ante la señal de mi palabra, podía mantenerla comparativamente firme. —¿Hablar? ¿Quiere decir que habló?

—Llegó a eso. La encontré, a mi regreso, en el cuarto de estudio.

—¿Y qué dijo? — Puedo oír aún a la buena mujer, y la candorosa estupefacción de su asombro.

—Que sufre los tormentos...

Fue eso, en verdad, lo que la hizo, al completar mi imagen ella misma, quedarse boquiabierta. —¿Quiere decir —balbució— los de las almas perdidas?

—De las perdidas. De las condenadas. Y por eso, para compartirlos... — Me detuve yo misma, aterrada.

Pero mi compañera, con menos imaginación, me sostuvo. —¿Para compartirlos...?

—Quiere a Flora. —Mrs. Grose podría, tal como se lo estaba diciendo, haberse apartado de mí de no haber estado yo preparada. La retuve allí, para

mostrar que lo estaba—. Como ya le he dicho, sin embargo, no importa.

—¿Porque ha tomado una decisión? Pero ¿qué decisión?

—Una definitiva.

—¿Y a qué llama usted «definitiva»?

—Pues a mandar llamar a su tío.

—Oh, señorita, por piedad hágalo —exclamó mi amiga—. Ah, pero sí que lo haré, ¡sí que lo haré! Veo que es el único camino. Lo que está «al descubierto» con Miles, como le dije, es que si él cree que tengo miedo de hacerlo —y tiene ideas sobre lo que gana con eso— verá que está equivocado. Sí, sí; su tío lo sabrá de mi boca aquí mismo (y delante del propio chico, si fuera necesario), que si se me va a reprochar no haber hecho nada de nuevo respecto al colegio...

—Sí, señorita... —me apremiaba mi compañera.

—Bueno, está esa razón terrible.

Había ahora tan claramente muchas razones de ésas para mi pobre colega que era disculpable su vaguedad. —Pero... ¿cuál?

—Bueno, la carta de su anterior colegio.

—¿Se la enseñará al amo?

—Debería habérsela enseñado en el mismo instante.

—¡Oh, no! —dijo Mrs. Grose con decisión.

—Se la pondré ante él —proseguí implacable—, que no puedo asumir el compromiso de gestionar el asunto en nombre de un niño que ha sido expulsado...

—¿Cuando nunca hemos sabido lo más mínimo por qué! —declaró Mrs. Grose.

—Por perversidad. ¿Por qué otra razón —cuando es tan listo y hermoso y perfecto? ¿Es que es torpe? ¿Es que es desaseado? ¿Es que es enfermizo? ¿Tiene mal carácter? Es exquisito —así que sólo puede ser *eso*; y eso abriría toda la cuestión. Al fin y al cabo —dije—, es culpa del tío. Si dejó aquí a personas semejantes...

—Él en realidad no las conocía en absoluto. La culpa es mía. —Se había puesto bastante pálida.

—Bueno, usted no sufrirá por ello —respondí.

—¡Los niños no! —replicó ella con énfasis.

Guardé silencio un momento; nos miramos la una a la otra. —Entonces ¿qué le digo a él?

—No necesita decirle nada. *Yo* se lo diré.

Sopesé esto. —¿Quiere decir que escribiré...? —Recordando que no sabía escribir, me corté—. ¿Cómo se comunica usted?

—Le digo al administrador. *Él* escribe.

—¿Y le gustaría que él escribiera nuestra historia?

Mi pregunta tuvo una fuerza sarcástica que no había pretendido del todo, y eso la hizo, tras un momento, derrumbarse de modo imprevisible. Las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos. —Ah, señorita, ¡escriba *usted!*

—Bueno... esta noche —respondí al fin; y con eso nos separamos.

## XVII

Aquella tarde llegué hasta el punto de hacer un comienzo. El tiempo había vuelto a cambiar, soplaban un gran viento, y a la luz de la lámpara, en mi cuarto, con Flora en paz a mi lado, estuve durante largo rato sentada ante una hoja de papel en blanco escuchando el azotar de la lluvia y el golpeteo de las ráfagas. Por fin salí, tomando una vela; crucé el corredor y escuché un minuto ante la puerta de Miles. Lo que, en mi obsesión sin fin, me había impulsado a escuchar era alguna señal de que no estuviese dormido, y en seguida capté una, aunque no en la forma que había esperado. Su voz tintineó: —Oiga, ¿está usted ahí? Entre. ¡Era una nota de alegría en la oscuridad!

Entré con mi luz y lo encontré, en la cama, muy despierto, pero muy a sus anchas. —¿Y qué hace usted aquí? —preguntó con un aire de sociabilidad en el que se me ocurrió que Mrs. Grose, de haber estado presente, podría haber buscado en vano prueba alguna de que algo estuviese «al descubierto».

Me puse sobre él con mi vela. —¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Pues claro que la oí. ¿Creía usted que no hacía ruido? ¡Es usted como un regimiento de caballería! —rió con encanto.

—¿Entonces no estabas dormido?

—¡Qué va! Estoy despierto pensando.

Había dejado mi vela, deliberadamente, a una distancia prudente, y luego, cuando él me tendió su amistosa manita, me había sentado al borde de su cama. —¿En qué —pregunté— piensas?

—¿En qué, querida mía, sino en usted?

— ¡Ah, el orgullo que siento por tu aprecio no insiste en eso! Preferiría con mucho que durmieras.

— Bueno, también pienso, ya sabe, en este raro asunto nuestro.

Noté el frescor de su firme manita. — ¿En qué raro asunto, Miles?

— Pues en la forma en que me educa. ¡Y en todo lo demás!

Contuve la respiración durante un minuto entero, e incluso a la luz de mi vela había claridad suficiente para ver cómo me sonreía desde la almohada.

— ¿Qué quieres decir con «todo lo demás»?

— ¡Oh, ya lo sabe, ya lo sabe!

No pude decir nada durante un minuto, aunque sentí, mientras le cogía la mano y nuestros ojos seguían encontrándose, que mi silencio tenía todo el aire de admitir su acusación y que nada en el mundo entero de la realidad era quizás en aquel momento tan fabuloso como nuestra relación real. — Claro que irás de vuelta al colegio — dije —, si es eso lo que te preocupa. Pero no al mismo de antes; tenemos que encontrar otro, mejor. ¿Cómo iba a saber que eso te preocupaba, esta cuestión, cuando nunca me lo dijiste, nunca hablaste de ello en modo alguno? — Su claro rostro que escuchaba, enmarcado en su blancura lisa, lo hacía, durante ese minuto, tan conmovedor como algún paciente anhelante en un hospital de niños; y hubiera dado, cuando la semejanza se me ocurrió, todo cuanto poseía en la tierra por ser en verdad la enfermera o la hermana de la caridad que pudiera haber ayudado a curarle. Pues bien, incluso tal como estaban las cosas, ¡quizás podría ayudar! — ¿Sabes que nunca me has dicho una sola palabra sobre tu colegio — me refiero al antiguo —, nunca lo has mencionado de ninguna manera?

Pareció sorprenderse; sonrió con el mismo encanto. Pero ganaba tiempo claramente; esperaba, buscaba orientación. — ¿No? — No era yo quien debía ayudarle; era la cosa con la que me había encontrado.

Algo en su tono y en la expresión de su rostro, al percibir esto en él, me oprimió el corazón con una punzada como nunca había conocido; tan indeciblemente conmovedor era ver su cerebritito desconcertado y sus escasos recursos empleados en representar, bajo el hechizo que le habían tendido, un papel de inocencia y coherencia. — No, nunca — desde la hora en que regresaste. Nunca me has mencionado a uno solo de tus maestros, a uno solo de tus compañeros, ni la cosa más mínima que te haya ocurrido alguna vez

en el colegio. Nunca, pequeño Miles —no, nunca— me has dado la menor pista de nada que *pueda* haber ocurrido allí. Por lo tanto, puedes imaginar en qué oscuridad me encuentro yo. Hasta que saliste de ese modo esta mañana, apenas habías hecho, desde la primera hora en que te vi, siquiera una referencia a nada de tu vida anterior. Parecías aceptar tan perfectamente el presente. —Era extraordinario cómo mi convicción absoluta de su secreta precocidad (o cualquiera que fuera el nombre que pudiera dar al veneno de una influencia que apenas me atrevía a formular a medias) lo hacía, a pesar del leve soplo de su malestar interior, parecer tan accesible como una persona mayor —lo presentaba casi como un igual intelectual—. —Creía que querías seguir como estás.

Me pareció que ante esto se sonrojó levemente. Dio, en todo caso, como un convaleciente ligeramente fatigado, un lánguido movimiento de cabeza. —No quiero... no quiero. Quiero irme.

—¿Estás cansado de Bly?

—Oh, no, me gusta Bly.

—Bueno, entonces...

—¡Oh, ya sabe usted lo que quiere un chico!

Sentí que no lo sabía tan bien como Miles, y busqué un refugio provisional. —¿Quieres ir con tu tío?

De nuevo, ante esto, con su dulce rostro irónico, hizo un movimiento en la almohada. —¡Ah, con eso no se libra!

Guardé silencio un instante, y era yo, creo ahora, quien cambiaba de color. —Querido mío, ¡yo no quiero librarme!

—No puede, aunque quiera. ¡No puede, no puede! —se quedó mirando al techo con encanto—. Mi tío tiene que venir, y usted tiene que arreglarlo todo definitivamente.

—Si lo hacemos —repuse con cierto brío—, puedes estar seguro de que será para llevarte del todo.

—Bueno, ¿no lo entiende? Es exactamente lo que yo estoy buscando. Tendrá que contárselo —cómo ha dejado caer todo esto: ¡tendrá que contarle muchísimas cosas!

El júbilo con que pronunció esto me ayudó de algún modo, por un instante, a hacerle frente con algo más de determinación. —¿Y cuántas cosas tendrás tú, Miles, que contarle? ¡Hay cosas que te preguntará!

Lo consideró. —Muy posiblemente. ¿Pero qué cosas?

—Las que nunca me has dicho. Para que pueda decidir qué hacer contigo. No puede enviarte de vuelta...

—¡Oh, no quiero volver! —exclamó—. ¡Quiero un campo nuevo!

Lo dijo con admirable serenidad, con una alegría positiva e inatacable; y sin duda era esa misma nota la que más evocaba para mí la punzante, la innatural tragedia infantil de su probable reaparición al cabo de tres meses con toda esa bravuconería y aún más deshonor. Me abrumó entonces la idea de que nunca podría soportar eso, y eso hizo que me dejara llevar. Me lancé sobre él y en la ternura de mi compasión lo abracé. —¡Querido pequeño Miles, querido pequeño Miles...!

Mi rostro estaba cerca del suyo, y me dejó besarle, simplemente aceptándolo con indulgente buen humor. —¿Sí, vieja?

—¿No hay nada —nada en absoluto— que quieras contarme?

Se volvió un poco, poniéndose de cara a la pared y levantando la mano para mirarla como uno ha visto hacer a los niños enfermos. —Ya se lo he dicho —se lo dije esta mañana.

¡Ay, cuánta lástima me daba! —¿Que sólo quieres que no te preocupe?

Me miró entonces, como si reconociera que le entendía; luego, con la mayor suavidad: —Que me deje en paz —respondió.

Había incluso una singular pequeña dignidad en ello, algo que me indujo a soltarle, y sin embargo, cuando me hube levantado lentamente, a quedarme junto a él. Dios sabe que nunca quise atormentarle, pero sentí que simplemente darle la espalda en ese momento era abandonarle o, dicho con más exactitud, perderle. —Acabo de empezar una carta a tu tío —dije.

—¡Pues términela!

Esperé un minuto. —¿Qué ocurrió antes?

Volvió los ojos hacia mí. —¿Antes de qué?

— Antes de que volvieras. Y antes de que te fueras.

Durante un rato guardó silencio, pero siguió encontrando mis ojos. —  
¿Qué ocurrió?

Eso me hizo, el sonido de las palabras, en las que me pareció captar por primera vez un leve y débil temblor de consentimiento consciente — me hizo arrodillarme junto a la cama y aferrarme una vez más a la oportunidad de poseerle. — Querido pequeño Miles, querido pequeño Miles, ¡si supieras cuánto quiero ayudarte! Es sólo eso, no es nada más que eso, y preferiría morir antes que causarte dolor o hacerte daño — preferiría morir antes que tocar un pelo de tu cabeza. Querido pequeño Miles — oh, lo soltaba ya, aunque *fuera* demasiado lejos —: ¡sólo quiero que me ayudes a salvarte! Pero supe al momento después que había ido demasiado lejos. La respuesta a mi llamada fue instantánea, pero llegó en forma de una extraordinaria ráfaga y un frío glacial, una corriente de aire helado, y un temblor de la habitación tan grande como si, con el viento salvaje, la vidriera se hubiera hecho añicos. El niño lanzó un grito agudo y penetrante que, perdido en el resto del estruendo, bien podría haber parecido, vagamente, aunque estaba tan cerca de él, una nota de júbilo o de terror. Salté de nuevo a mis pies y fui consciente de la oscuridad. Así permanecimos por un momento, mientras yo miraba a mi alrededor y comprobé que las cortinas corridas no se movían y la ventana estaba bien cerrada. — ¡Vaya, se ha apagado la vela! — exclamé entonces.

— ¡Fui yo quien la apagué, querida! — dijo Miles.

## XVIII

Al día siguiente, después de las lecciones, Mrs. Grose encontró un momento para decirme en voz baja: —¿Ha escrito usted, señorita?

—Sí... he escrito. —Pero no añadí —por el momento— que mi carta, sellada y dirigida, seguía en mi bolsillo. Habría tiempo suficiente para enviarla antes de que el mensajero fuera al pueblo. Entre tanto, por parte de mis alumnos, no había habido una mañana más brillante ni más ejemplar. Era exactamente como si los dos hubieran tenido el propósito de disimular cualquier reciente pequeña fricción. Ejecutaron los más prodigiosos ejercicios de aritmética, superando con creces *mi* escaso nivel, y perpetraron, con más buen humor que nunca, chistes geográficos e históricos. Era llamativo, claro está, en Miles en particular, que pareciera querer demostrar con qué facilidad podía hacerme quedar mal. Este niño, en mi recuerdo, vive de veras en un marco de belleza y miseria que ninguna palabra puede traducir; había una distinción toda suya en cada impulso que revelaba; nunca un pequeño ser natural, que para el ojo no iniciado era todo franqueza y libertad, fue un caballerito más ingenioso, más extraordinario. Había de guardarme perpetuamente del asombro de la contemplación en que me traicionaba mi punto de vista iniciado; de reprimir la mirada irrelevante y el suspiro desalentado en que constantemente a la vez atacaba y renunciaba al enigma de qué podría haber hecho aquel caballerito para merecer un castigo. Supongamos que, por el oscuro prodigio que yo conocía, se le había abierto la imaginación de todo lo malo: toda la justicia que había en mí anhelaba la prueba de que eso hubiera podido alguna vez brotar en un acto.

Sin embargo, nunca había sido tan caballerito como cuando, tras nuestro temprano almuerzo en aquel día terrible, se acercó a mí y me preguntó si no me gustaría que tocara el piano para mí durante media hora. David tocando

ante Saúl nunca hubiera demostrado un sentido más fino de la ocasión. Era literalmente una encantadora exhibición de tacto, de magnanimidad, y casi equivalente a decirme en voz alta: «Los verdaderos caballeros que nos gusta leer nunca abusan de una ventaja. Ahora entiendo lo que quiere decir usted: que —con tal de que la dejen sola y no la acosen— dejará de preocuparse y espíarme, no me tendrá tan cerca, me dejará ir y venir. Pues bien, yo "vengo", ya ve —¡pero no me voy! Habrá tiempo de sobra para eso. Realmente me deleita su compañía, y sólo quiero mostrarle que defendí un principio.» Que yo resistiera ese llamamiento o dejara de acompañarle de nuevo, cogida de su mano, al cuarto de estudio, es algo que puede imaginarse. Se sentó al viejo piano y tocó como nunca había tocado; y si hay quienes piensan que habría hecho mejor dando patadas a un balón de fútbol, sólo puedo decir que estoy completamente de acuerdo con ellos. Pues al cabo de un tiempo que, bajo su influencia, había dejado de medir por completo, me puse en pie de repente con la extraña sensación de haber dormido literalmente en mi puesto. Era después del almuerzo, junto al fuego del cuarto de estudio, y sin embargo no había dormido en absoluto, en lo más mínimo: había hecho algo mucho peor —había olvidado. ¿Dónde estaba Flora todo ese tiempo? Cuando le formulé la pregunta a Miles, él siguió tocando un minuto antes de responder y luego no pudo sino decir: —¡Pues, querida, cómo voy a saberlo yo! —rompiendo además en una alegre carcajada que, inmediatamente después, como si fuera un acompañamiento vocal, prolongó en un canto incoherente y desatado.

Fui directa a mi cuarto, pero su hermana no estaba allí; luego, antes de bajar, miré en varios otros. Como no estaba por ningún lado, sin duda estaría con Mrs. Grose, a quien, con el consuelo de esa teoría, procedí a buscar. La encontré donde la había encontrado la tarde anterior, pero recibió mi apremiante pregunta con una ignorancia asustada y en blanco. Ella había supuesto simplemente que, después de la comida, yo me había llevado a los dos niños; lo cual era perfectamente razonable por su parte, pues era la primera vez que había dejado a la niña fuera de mi vista sin ninguna previsión especial. Naturalmente, en ese momento podría estar con las doncellas, de modo que lo más urgente era buscarla sin dar señales de alarma. Así lo dispusimos entre nosotras sin demora; pero cuando, diez minutos después y en cumplimiento de nuestro plan, nos reunimos en el vestíbulo, sólo fue para informarnos mutuamente de que, tras discretas pesquisas, habíamos fracasado por completo en su búsqueda. Por un momento allí, apartadas de

toda mirada, intercambiamos mudas alarmas, y pude sentir con qué profundo interés mi amiga me devolvía todas las que yo le había dado desde el principio.

—Estará arriba —dijo al poco—: en alguna de las habitaciones que no ha buscado usted.

—No; está lejos. —Había tomado una decisión—. Ha salido.

Mrs. Grose se quedó boquiabierta. —¿Sin sombrero?

Yo también, naturalmente, hablé con la mirada. —¿No va siempre esa mujer sin él?

—¿Está con *ella*?

—¿Está con *ella*! —declaré—. Tenemos que encontrarlas.

Tenía mi mano en el brazo de mi amiga, pero ésta no pudo, por el momento, ante semejante visión del asunto, responder a mi presión. Permaneció, por el contrario, en el acto, sumida en su inquietud. —¿Y dónde está el señorito Miles?

—Oh, *él* está con Quint. Están en el cuarto de estudio.

—¡Válgame el cielo, señorita! —Mi punto de vista, yo misma era consciente de ello —y por eso supongo que también mi tono— nunca había alcanzado una calma tan segura.

—La trampa está tendida —proseguí—; han llevado a buen puerto su plan. Él encontró el modo más divino de mantenerme entretenida mientras ella se alejaba.

—¿«Divino»? —repitió Mrs. Grose desconcertada.

—¡Infernal, entonces! —repuse casi alegremente—. Él también se ha buscado su coartada. ¡Pero vamos!

Ella había mirado sin esperanza hacia las partes altas de la casa. —¿Le deja usted...?

—¿Tanto tiempo con Quint? Sí; eso ya no me preocupa.

Acababa siempre, en esos momentos, tomando posesión de mi mano, y de ese modo aún podía retenerme. Pero tras suspirar con asombro ante mi repentina resignación: —¿Por su carta? —sacó ansiosamente.

Por toda respuesta, busqué mi carta con rapidez, la saqué, la sostuve en alto y luego, al liberarme, fui a depositarla sobre la gran mesa del vestíbulo. —Luke se la llevará —dije al volver. Alcancé la puerta principal y la abrí; ya estaba en los escalones.

Mi compañera seguía vacilando: la tormenta de la noche y de la mañana temprana había amainado, pero la tarde estaba húmeda y gris. Bajé al camino mientras ella se quedaba en el umbral. —¿Sale usted sin nada encima?

—¿Qué me importa cuando la niña no tiene nada? No puedo esperar a vestirme —exclamé—, y si usted tiene que hacerlo, la dejo. Entre tanto, intente usted misma buscar arriba.

—¿Con *ellos*? —¡Oh, ante eso, la pobre mujer se unió a mí al momento!

## XIX

Fuimos directas al lago, que así se llamaba en Bly, y con razón según creo, aunque reflexiono que bien puede haber sido una extensión de agua menos notable de lo que parecía a mis ojos poco viajados. Mi trato con extensiones de agua era escaso, y el estanque de Bly, en todo caso en las pocas ocasiones en que consintiera, bajo la protección de mis alumnos, en afrontar su superficie en el viejo bote de fondo plano amarrado allí para nuestro uso, me había impresionado tanto por su extensión como por su agitación. El lugar habitual de embarco estaba a casi un kilómetro de la casa, pero tenía la íntima convicción de que, dondequiera que estuviese Flora, no se encontraba cerca. No se había escapado de mí en busca de alguna pequeña aventura, y, desde el día de la gran aventura que yo había compartido con ella junto al estanque, me había percatado, en nuestros paseos, de la dirección hacia la que más se inclinaba. Por eso había dado a los pasos de Mrs. Grose una dirección tan marcada —una dirección que la hizo, al percibirla, oponer una resistencia que me demostró que estaba nuevamente desconcertada. —¿Va al agua, señorita? ¿Cree que está...?

—Puede que sí, aunque la profundidad, creo, no es en ningún punto muy grande. Pero lo que me parece más probable es que esté en el lugar desde el que, el otro día, vimos juntas lo que le conté.

—¿Cuando fingió no ver...?

—¿Con esa asombrosa sangre fría? Siempre he estado segura de que quería volver allí sola. Y ahora su hermano se lo ha facilitado.

Mrs. Grose seguía parada donde se había detenido. —¿Cree usted que realmente *hablan* de ellos?

¡Podía responder a eso con toda seguridad! — Dicen cosas que, si las oyéramos, simplemente nos horrorizarían.

— Y si *está* allí...

— ¿Sí?

— ¿Entonces Miss Jessel...?

— Sin ninguna duda. Ya lo verá.

— ¡Ay, muchas gracias! — exclamó mi amiga, plantada con tal firmeza que, al verlo, seguí adelante sin ella. Sin embargo, para cuando llegué al estanque, ella venía pisándome los talones, y supe que, cualquier cosa que, en su aprensión, pudiera depararme, la exposición de mi compañía le parecía el menor de sus peligros. Exhaló un gemido de alivio al divisar por fin la mayor parte del agua sin rastro de la niña. No había señal de Flora en la ribera más cercana donde mi observación de ella había sido más impresionante, ni tampoco en la orilla opuesta, donde, salvo un margen de unos veinte metros, un espeso soto llegaba hasta el agua. El estanque, de forma oblonga, tenía una anchura tan escasa en comparación con su longitud que, con sus extremos fuera de la vista, podría haberse tomado por un río estrecho. Contemplamos la extensión vacía, y entonces percibí la sugerencia de los ojos de mi amiga. Supe lo que quería decir y respondí con una negativa meneando la cabeza.

— No, no; ¡espere! Ha tomado el bote.

Mi compañera miró fijamente el amarradero vacío y luego de nuevo hacia el lago. — ¿Entonces dónde está?

— El hecho de que no lo veamos es la prueba más sólida. Lo ha usado para cruzar, y luego se las ha arreglado para esconderlo.

— ¿Sola... esa niña?

— No está sola, y en tales momentos no es una niña: es una mujer vieja, muy vieja. — Escudriñé toda la orilla visible mientras Mrs. Grose se sumergía de nuevo, en el extraño elemento que yo le ofrecía, en uno de sus zambullidos de sumisión; luego señalé que el bote podía perfectamente estar en un pequeño refugio formado por uno de los remansos del estanque, una ensenada enmascarada, por el lado de acá, por una saliente de la orilla y por un grupo de árboles que crecían junto al agua.

—Pero si el bote está allí, ¿dónde demonios *está ella*? —preguntó mi colega con ansiedad.

—Eso es exactamente lo que hay que averiguar. —Y me puse a caminar hacia adelante.

—¿Rodeando todo el camino?

—Desde luego, por lejos que sea. No nos llevará más que diez minutos, pero es suficientemente lejos para que la niña haya preferido no caminar. Ella cruzó directamente.

—¡Válgame! —exclamó de nuevo mi amiga; la cadena de mi lógica siempre era demasiado para ella. La arrastraba a mis talones incluso entonces, y cuando habíamos recorrido la mitad del trayecto —un proceso tortuoso y fatigoso, sobre un terreno muy accidentado y por un sendero obstruido de maleza— hice una pausa para que recobrara el aliento. La sostuve con un brazo agradecido, asegurándole que podría ayudarme enormemente; y esto nos dio nuevo impulso, de modo que en el curso de unos pocos minutos más alcanzamos un punto desde el que encontramos el bote donde yo había supuesto que estaría. Lo habían dejado intencionadamente lo más fuera de la vista posible y estaba amarrado a uno de los postes de una cerca que bajaba, justo allí, hasta la orilla y que había servido de ayuda para desembarcar. Reconocí, al mirar los dos remos cortos y gruesos, recogidos a buen resguardo, el carácter prodigioso de la hazaña para una niña pequeña; pero hacía ya demasiado tiempo que vivía entre prodigios y me había agitado a demasiados compases más vivos. Había una cancela en la cerca, por la que pasamos, y que nos llevó, tras un breve intervalo, a un terreno más abierto. Entonces, «¡Ahí está!», exclamamos las dos a la vez.

Flora, a poca distancia, estaba de pie ante nosotras en el césped y sonreía como si su actuación hubiera concluido. Lo siguiente que hizo, sin embargo, fue inclinarse directamente y arrancar —como si eso fuera todo lo que había ido a buscar— un gran y feo ramo de helecho marchito. En ese instante quedé convencida de que acababa de salir del soto. Nos esperó, sin dar un paso ella misma, y fui consciente de la rara solemnidad con que nos acercamos a ella. Sonreía y sonreía, y nos encontramos; pero todo se hizo en un silencio que ya era flagrantemente ominoso. Mrs. Grose fue la primera en romper el hechizo: se arrojó de rodillas y, estrechando a la niña contra su pecho, abrazó en un abrazo prolongado el cuerpecillo tierno y dó-

cil. Mientras duró esa muda convulsión, yo no podía sino contemplarla —lo que hice con mayor intensidad cuando vi el rostro de Flora asomarse sobre el hombro de nuestra compañera para mirarme. Estaba serio ahora —el destello lo había abandonado—; pero acentuaba la punzada con que en aquel momento envidiaba a Mrs. Grose la sencillez de *su* relación. Aun así, todo ese tiempo, no pasó nada más entre nosotras, salvo que Flora había dejado caer al suelo su tonto helecho. Lo que ella y yo nos habíamos dicho virtualmente la una a la otra era que ya no había pretextos que valieran. Cuando Mrs. Grose se levantó por fin, retuvo la mano de la niña, de modo que las dos seguían ante mí; y la singular reticencia de nuestra comunión quedó aún más de manifiesto en la franca mirada que ella me lanzó. «Que me cuelguen —decía— si *yo* hablo».

Fue Flora quien, mirándome de arriba abajo con candoroso asombro, fue la primera. Le llamó la atención nuestro aspecto sin sombrero. —¿Pero dónde están sus cosas?

—¿Dónde están las tuyas, querida! —respondí pronta.

Había recobrado ya su alegría y pareció tomar esto como respuesta más que suficiente. —¿Y dónde está Miles? —prosiguió.

Había algo en el pequeño valor de ello que me venció por completo: esas tres palabras de su boca fueron, en un destello, como el brillo de una hoja desenvainada, el empujón de la copa que mi mano, durante semanas y semanas, había sostenido en alto y llena hasta el borde y que ahora, incluso antes de hablar, sentí desbordarse en un diluvio. —Te lo diré si *tú* me lo dices —me oí decir, y luego oí el temblor con que se quebró.

—Bueno, ¿qué?

La inquietud de Mrs. Grose ardía en sus ojos hacia mí, pero ya era demasiado tarde, y solté la pregunta con elegancia. —¿Dónde está, pequeña mía, Miss Jessel?

## XX

Igual que en el cementerio con Miles, el asunto se precipitó sobre nosotras sin aviso. Por mucho que yo hubiera valorado el hecho de que aquel nombre no hubiera sonado jamás entre nosotras, la mirada rápida y golpeada con que la cara de la niña lo recibió no hizo sino asemejar mi ruptura del silencio al estallido de un cristal. Y se añadió al grito interpuesto, como para detener el golpe, el que Mrs. Grose lanzó en ese mismo instante ante mi violencia —el alarido de una criatura asustada, o más bien herida—, que a su vez, en pocos segundos, quedó completado por el jadeo que escapó de mí. Agarré el brazo de mi compañera. —¡Está ahí, está ahí!

Miss Jessel se alzaba ante nosotras en la orilla opuesta exactamente como se había alzado la otra vez, y recuerdo, cosa extraña, que el primer sentimiento que se produjo en mí fue una sacudida de alegría al haber obtenido una prueba. Estaba ahí, y yo estaba justificada; estaba ahí, y yo no era ni cruel ni estaba loca. Estaba ahí para la pobre y asustada Mrs. Grose, pero estaba ahí sobre todo para Flora; y acaso ningún momento de mi monstruoso tiempo fue tan extraordinario como aquel en que conscientemente le lancé —con la sensación de que, demonio pálido y rapaz que era, habría de captarlo y comprenderlo— un mensaje inarticulado de gratitud. Se irguió sobre el lugar que mi amiga y yo habíamos abandonado poco antes, y no había en todo el largo alcance de su deseo ni un ápice de su maldad que quedase corto. Aquella primera viveza de visión y emoción duró apenas unos segundos, durante los cuales el parpadeo aturdido de Mrs. Grose hacia donde yo señalaba me golpeó como una señal soberana de que ella también lo veía por fin, del mismo modo que llevó mis propios ojos precipitadamente hacia la niña. La revelación del modo en que Flora se veía afectada me sobresaltó, en verdad, mucho más de lo que habría ocurrido de encon-

trarla simplemente agitada, pues la consternación directa no era, por supuesto, lo que yo esperaba. Preparada y en guardia como la había puesto nuestro seguimiento, reprimiría toda traición; y por eso me sacudió, en ese instante, el primer vislumbre de aquella concreta que yo no había previsto. Verla, sin una convulsión en su pequeño rostro rosado, sin siquiera fingir dirigir la mirada hacia el prodigio que yo anunciaba, y solo, en cambio, volver hacia *mí* una expresión de gravedad dura y fija, una expresión absolutamente nueva y sin precedentes que parecía leerme y acusarme y juzgarme —esto fue un golpe que de algún modo convirtió a la propia niña en la mismísima presencia que podía hacerme temblar. Temblé, aunque jamás fue mayor mi certeza de que ella veía perfectamente que en ese instante, y en la necesidad inmediata de defenderme lo llamé apasionadamente como testigo. — ¡Está ahí, pequeña desgraciada, ahí, ahí, *ahí*, y la ves igual que me ves a mí!

Le había dicho poco antes a Mrs. Grose que la niña no era en esos momentos una niña, sino una anciana, una anciana muy anciana, y aquella descripción no habría podido quedar más llamativamente confirmada que en la manera en que, como toda respuesta, ella me mostraba, sin concesión ni admisión alguna en sus ojos, un semblante de reprobación cada vez más profunda, sí, de reprobación repentinamente fijada. En ese momento — si puedo reunir el todo — me sentía más consternada ante lo que podría llamar propiamente su actitud que ante cualquier otra cosa, aunque fue simultáneamente cuando tomé conciencia de que también Mrs. Grose me suponía, muy considerablemente, un problema. Mi compañera mayor, en ese instante, borró todo lo demás con su cara encendida y su fuerte y escandalizada protesta, un estallido de alta indignación. — ¡Vaya susto tan espantoso, señorita! ¿Dónde diablos ve usted algo?

Solo podía aferrarla con mayor premura todavía, pues incluso mientras hablaba aquella presencia horriblemente patente seguía sin atenuarse y sin inmutarse. Ya duraba un minuto, y duró mientras yo continuaba, cogiendo a mi compañera, casi empujándola hacia aquello y presentándoselo, insistiendo con mi mano señaladora. — ¿No la ve usted exactamente como la *ve-mos*? ¿Quiere decir que no la ve ahora, *ahora*? ¡Es grande como un fuego ardiente! Mire, querida señora, *mire*. Miró, igual que yo, y me dio, con su profundo gemido de negación, repulsión, compasión — la mezcla de su lástima con su alivio por estar exenta —, una sensación, que incluso entonces

me conmovió, de que me habría apoyado si hubiera podido. Bien que lo necesitaba, pues con ese duro golpe de la prueba de que sus ojos estaban irremediablemente sellados sentí que mi propia situación se desmoronaba horrorosamente, sentí —vi— cómo mi lívida predecesora presionaba, desde su posición, sobre mi derrota, y fui consciente, más que de nada, de lo que a partir de ese instante debía afrontar en la asombrosa pequeña actitud de Flora. En esa actitud entró Mrs. Grose inmediata y vehementemente, irrumpiendo, incluso mientras atravesaba mi sentido de ruina un prodigioso triunfo privado, con palabras apresuradas de tranquilización.

—No está ahí, pequeña señorita, y no hay nadie ahí —y nunca has visto nada, amor mío. ¿Cómo iba a estar la pobre Miss Jessel, cuando la pobre Miss Jessel está muerta y enterrada? *Nosotras* lo sabemos, ¿verdad, cariño? —y apeló, a tientas, a la niña—. Todo es un simple error y una preocupación y una broma, ¡y nos iremos a casa tan rápido como podamos!

Nuestra compañera, ante esto, había respondido con una rápida y extraña compostura de buenas formas, y de nuevo estaban unidas, con Mrs. Grose de pie, en una dolorida oposición a mí. Flora continuó mirándome fijamente con su pequeña máscara de reprobación, e incluso en ese minuto recé a Dios para que me perdonara por parecer ver que, tal como estaba allí aferrada al vestido de nuestra amiga, la incomparable belleza infantil de la niña había desaparecido de repente, se había esfumado por completo. Ya lo he dicho antes: era, literalmente, era, horriblemente, dura; se había vuelto vulgar y casi fea. —No sé a qué se refiere usted. No veo a nadie. No veo nada. Nunca *he* visto nada. Creo que es usted cruel. ¡No me gusta usted! Luego, tras esta declaración, que habría podido ser la de una niña ordinaria e impertinente en la calle, se abrazó más estrechamente a Mrs. Grose y enterró en sus faldas la horrenda carita. Desde aquella posición lanzó un alarido casi furioso. —¡Lléveme, lléveme, oh, lléveme lejos de *ella*!

—¿De *mí*? —jadé.

—¿De usted, de usted! —gritó.

Incluso Mrs. Grose me miró consternada, mientras yo no tenía otra cosa que hacer salvo comunicarme de nuevo con la figura que, en la orilla opuesta, sin movimiento alguno, tan rígidamente inmóvil como si captara, a través del intervalo, nuestras voces, estaba tan vívidamente ahí para mi desastre como no lo estaba para mi servicio. La desgraciada niña había habla-

do exactamente como si hubiera recibido de alguna fuente externa cada una de sus pequeñas palabras que pinchaban, y yo podía por tanto, en la plena desesperación de todo cuanto debía aceptar, solo sacudir tristemente la cabeza ante ella. — Si alguna vez lo hubiera dudado, toda mi duda se habría disipado en este momento. He estado viviendo con la miserable verdad, y ahora esta se ha cerrado demasiado en torno a mí. Claro que te he perdido: me he entrometido, y has visto — bajo *su* dictado — — y con esto encaré, de nuevo sobre el estanque, a nuestra infernal testigo — la manera fácil y perfecta de afrontarlo. He hecho todo lo que he podido, pero te he perdido. Adiós.

Para Mrs. Grose tuve un imperativo, un casi frenético «¡Márchese, márchese!», ante el cual, en infinita angustia pero en muda posesión de la niña y claramente convencida, pese a su ceguera, de que algo espantoso había ocurrido y algún derrumbe nos había engullido, retrocedió, por el camino que habíamos venido, tan rápido como pudo.

De lo que sucedió primero cuando me quedé sola no guardé memoria posterior alguna. Solo supe que al cabo de, supongo, un cuarto de hora, una húmeda aspereza olorosa, que me helaba y me traspasaba en mi angustia, me hizo comprender que debía de haberme arrojado boca abajo en el suelo y haber cedido a un arrebató de dolor. Debí de quedar tendida mucho tiempo llorando y sollozando, pues cuando levanté la cabeza el día estaba casi concluido. Me puse en pie y contemplé un momento, a través del crepúsculo, el estanque gris y su orilla yerma y encantada, y luego tomé, de vuelta a la casa, mi triste y difícil camino. Cuando llegué a la verja de la cerca, el bote, para mi sorpresa, había desaparecido, de modo que tuve una nueva reflexión que hacer sobre el extraordinario dominio de la situación que tenía Flora. Ella pasó aquella noche, merced a la más tácita, y añadiría, si la palabra no resultara tan grotescamente una nota falsa, la más dichosa de las disposiciones, con Mrs. Grose. No vi a ninguna de las dos al regresar, pero, en cambio, como por una ambigua compensación, vi mucho de Miles. Vi — no tengo otra expresión — tanto de él que era como si fuera más de lo que nunca había sido. Ninguna velada que hubiera pasado en Bly tuvo la calidad portentosa de aquella; a pesar de lo cual — y a pesar también de las profundidades aún mayores de consternación que se habían abierto bajo mis pies — había, literalmente, en lo real que menguaba, una extraordinaria dulce melancolía. Al llegar a la casa no había buscado al niño; simplemente había

ido directamente a mi cuarto a cambiarme de ropa y a recibir, de un vistazo, el abundante testimonio material de la ruptura de Flora. Todas sus pequeñas pertenencias habían sido retiradas. Cuando más tarde, junto al fuego del cuarto de estudio, la doncella habitual me sirvió el té, no hice pregunta alguna sobre mi otro pupilo. Ahora tenía su libertad — ¡que la tuviese hasta el final! Pues bien, sí la tuvo; y consistió — al menos en parte — en entrar hacia las ocho de la tarde y sentarse conmigo en silencio. Una vez retirado el servicio del té, había apagado las velas y acercado más mi silla: sentía un frío mortal y pensé que nunca volvería a entrar en calor. Así que, cuando él apareció, estaba sentada al calor de las brasas con mis pensamientos. Se detuvo un momento junto a la puerta como si fuera a mirarme; luego — como si fuera a compartirlos — se acercó al otro lado de la chimenea y se hundió en un sillón. Permanecimos allí en absoluto silencio; pero él quería, sentí yo, estar conmigo.

## XXI

Antes de que un nuevo día hubiera amanecido del todo en mi cuarto, mis ojos se abrieron ante Mrs. Grose, que había venido a mi cabecera con peores noticias. Flora tenía una fiebre tan marcada que quizá hubiera una enfermedad a las puertas; había pasado una noche de extrema agitación, una noche perturbada sobre todo por temores que no tenían por objeto, en modo alguno, a su antigua institutriz, sino por entero a la presente. No era contra la posible reaparición de Miss Jessel en escena contra lo que protestaba, sino, conspicuamente y apasionadamente, contra la mía. Me levanté de inmediato, por supuesto, con muchas cosas que preguntar; tanto más cuanto que mi amiga se había discerniblemente dispuesto a plantarme cara una vez más. Así lo sentí en cuanto le hice la pregunta sobre su opinión de la sinceridad de la niña frente a la mía. —¿Sigue negando ante usted que viera, o haya visto jamás, algo?

La turbación de mi visitante era, en verdad, grande. —Ah, señorita, no es un asunto en el que yo pueda presionarla. Pero tampoco es que sienta, he de decir, que tenga mucha necesidad. La ha envejecido, de la cabeza a los pies.

—Oh, la veo perfectamente desde aquí. Se resiente, como la más encumbrada de las pequeñas personajes, de la imputación a su veracidad y, por así decirlo, a su respetabilidad. «¡Miss Jessel, vaya, *ella!*» Ah, es «respetable», la mocosa. La impresión que me causó ayer fue, se lo aseguro, la más extraña de todas; estuvo completamente más allá de las otras. ¡Metí la pata de lleno! Nunca volverá a hablarme.

Horrendo y oscuro como era todo, dejó a Mrs. Grose brevemente en silencio; luego concedió mi punto con una franqueza que, me consta, oculta-

ba algo más. —Creo efectivamente, señorita, que nunca lo hará. ¡Tiene unos grandes modales para estas cosas!

—Y esos modales —resumí— son en la práctica lo que la tiene en ese estado ahora.

Oh, esos modales, yo podía verlos en el rostro de mi visitante, ¡y no pocas cosas más! —Me pregunta cada tres minutos si creo que va usted a entrar.

—Ya veo, ya veo. Yo también, por mi parte, lo había elaborado más que sobradamente. —¿Le ha dicho algo desde ayer —salvo repudiar su familiaridad con algo tan espantoso— una sola palabra más sobre Miss Jessel?

—Ninguna, señorita. Y usted sabe, por supuesto —añadió mi amiga—, que yo lo tomé de ella, junto al lago, como que entonces y allí, al menos, no había *nadie*.

—¡Pues claro! Y, naturalmente, usted sigue tomándolo de ella.

—No la contradigo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¡Nada en el mundo! Tiene usted que vérselas con la personita más lista del mundo. Los han vuelto —sus dos amigos, quiero decir— aún más listos de lo que ya los hizo la naturaleza; ¡porque era un material prodigioso para trabajar! Flora tiene ahora su agravio y lo explotará hasta el final.

—Sí, señorita; ¿pero hasta *qué* final?

—Pues el de tratar conmigo ante su tío. Me pondrá ante él como la más baja de las criaturas.

Encogí el gesto ante la vívida expresión de la escena en el rostro de Mrs. Grose; pareció por un momento como si los viese juntos claramente. —¡Y él que tiene tan buena opinión de usted!

—Tiene una extraña manera —se me ocurre ahora —reí—, ¡de demostrarlo! Pero eso no importa. Lo que Flora quiere, por supuesto, es deshacerse de mí.

Mi compañera lo concedió valientemente. —Para no tener que volver a mirarla a usted jamás.

—De modo que lo que viene usted a decirme ahora —pregunté— es que acelere mi partida. Antes, sin embargo, de que tuviera tiempo de responder, la detuve. —Tengo una idea mejor, resultado de mis reflexiones. Mi marcha *parecería* lo correcto, y el domingo estuve terriblemente cerca de hacerlo. Pero no resultará. *Usted* es quien debe marcharse. Debe llevarse a Flora.

Mi visitante, ante esto, sí que especuló. —¿Pero adónde en el mundo...?

—Lejos de aquí. Lejos de *ellos*. Lejos, lo más posible ahora, incluso de mí. Directamente ante su tío.

—¿Solo para delatarme a usted...?

—¡No, no solo! Para dejarme, además, con mi remedio.

Seguía confusa. —¿Y cuál es su remedio?

—Su lealtad, para empezar. Y luego la de Miles.

Me miró fijamente. —¿Cree que él...?

—¿No se volverá contra mí si tiene la oportunidad? Sí, me atrevo a seguir creyendo que no. En cualquier caso, quiero intentarlo. Márchese con su hermana cuanto antes y déjeme sola con él. Me asombré, yo misma, del espíritu que me quedaba en reserva, y por eso quizá estaba algo más desconcertada ante la manera en que, a pesar de tan buen ejemplo de ello, ella vaciló. —Hay una cosa, por supuesto —proseguí—: no deben verse ni tres segundos antes de que ella se vaya. Entonces me asaltó la idea de que, a pesar del presumible aislamiento de Flora desde el instante de su regreso del estanque, ya podría ser demasiado tarde. —¿Quiere decir —pregunté con ansiedad— que *se han* visto?

A esto enrojeció bastante. —¡Ah, señorita, no soy tan tonta! Si he tenido que dejarla tres o cuatro veces, ha sido cada vez con una de las doncellas, y en este momento, aunque está sola, está encerrada a buen recaudo. Y sin embargo..., ¡sin embargo! Había demasiadas cosas.

—¿Sin embargo, qué?

—Bueno, ¿está usted tan segura del joven caballero?

—No estoy segura de nada salvo de usted. Pero tengo, desde anoche, una nueva esperanza. Creo que quiere darme una oportunidad. Sí lo creo —¡pobre exquisito y miserable muchacho!—: quiere hablar. Anoche, junto al

fuego y en el silencio, estuvo sentado conmigo durante dos horas como si fuera a llegar en cualquier momento.

Mrs. Grose miró fijamente, por la ventana, el día gris que se iba formando. —¿Y llegó?

—No, aunque esperé y esperé, debo confesarlo, y fue sin romper el silencio ni con la más leve alusión a la situación y ausencia de su hermana que al final nos dimos el beso de buenas noches. Con todo —continué—, no puedo, si su tío la ve, consentir que vea a su hermano sin haberle dado al niño —y sobre todo porque las cosas han llegado a estar tan mal— un poco más de tiempo.

Mi amiga parecía, sobre este punto, más reacia de lo que yo podía comprender del todo. —¿Qué entiende usted por más tiempo?

—Bueno, un día o dos, para que lo suelte de verdad. Estará entonces de *mi* parte, de lo cual usted ve la importancia. Si no sale nada, solo habré fracasado, y usted, en el peor de los casos, me habrá ayudado haciendo, a su llegada a la ciudad, lo que haya podido. Se lo planteé así, pero ella continuó durante un rato tan insescrutablemente apurada que volví a acudir en su auxilio. —A menos que, en efecto —concluí—, no quiera usted realmente marcharse.

Vi que, en su rostro, se aclaraba por fin; me tendió la mano como prenda. —Me iré, me iré. Me iré esta misma mañana.

Quería ser muy justa. —Si deseara seguir esperando, yo me comprometería a que no me viera.

—No, no: es el lugar mismo. Debe dejarlo. Me retuvo un momento con ojos graves, y luego dejó salir el resto. —Su idea es la correcta. Yo misma, señorita...

—¿Qué?

—No puedo quedarme.

La mirada que me dirigió al decirlo me hizo saltar a las posibilidades. —¿Quiere decir que, desde ayer, *ha* visto...?

Sacudió la cabeza con dignidad. —¡He *oído!*

—¿Oído?

— ¡De esa niña, horrores! — Y con eso. Suspiró con un alivio trágico. — Por mi honor, señorita, dice cosas... Pero ante esta evocación se desmoronó; se desplomó, con un sollozo repentino, en mi sofá y, como la había visto hacer antes, cedió a todo el dolor de ello.

Fue de una manera del todo distinta como yo, por mi parte, me dejé ir. — ¡Oh, gracias a Dios!

Se incorporó de un salto ante esto, secándose los ojos con un gemido. — ¿«Gracias a Dios»?

— ¡Eso me justifica!

— ¡Eso lo hace, señorita!

No habría podido desear mayor énfasis, pero vacilé un momento. — ¿Es tan horrible?

Vi que mi compañera apenas sabía cómo expresarlo. — Realmente escandaloso.

— ¿Y sobre mí?

— Sobre usted, señorita, ya que insiste en saberlo. Está más allá de todo cuanto cabe para una señorita joven, y no logro imaginar dónde habrá podido aprender...

— ¿El espantoso lenguaje que empleó conmigo? ¡Eso sí lo imagino yo! — interrumpí con una risa que era, sin duda, suficientemente significativa.

Solo dejó, en verdad, a mi amiga todavía más seria. — Bueno, quizá también debería yo — ¡puesto que ya he oído algo antes! Y sin embargo no lo soporto — continuó la pobre mujer mientras, al mismo tiempo, echó una ojeada, sobre mi tocador, a la esfera de mi reloj—. Pero debo volver.

La retuve, sin embargo. — Ah, si no puede soportarlo...

— ¿Cómo seguir con ella, quiere decir? Pues precisamente *por* eso: para llevarla lejos. Lejos de aquí — prosiguió —, lejos de *ellos*...

— ¿Puede ser diferente? ¿Puede ser libre? La agarré casi con alegría. — ¿Entonces, a pesar de ayer, usted *cree*...?

— ¿En tales cosas? La simple descripción que de ellas hacía requería, a la luz de su expresión, que no se desarrollara más, y me dio el todo como no

lo había hecho nunca. —Creo.

Sí, era una alegría, y seguíamos hombro con hombro: si podía estar segura de eso me importaría poco lo demás. Mi apoyo ante el desastre sería el mismo que había sido en mi temprana necesidad de confianza, y si mi amiga respondía por mi honradez, yo respondería por todo lo demás. En el punto de despedirme de ella, sin embargo, estaba en cierta medida turbada. — Hay una cosa, por supuesto — me ocurrió —, que conviene recordar. Mi carta, con la alarma, habrá llegado a la ciudad antes que usted.

Percibí entonces con mayor claridad cuánto había estado andando con rodeos y cuán agotada la había dejado al final. — Su carta no habrá llegado. Su carta nunca se envió.

—¿Y entonces qué fue de ella?

—¡Dios sabe! El señorito Miles...

—¿Quiere decir que *él* la tomó? —jadé.

Vaciló, pero venció su renuencia. — Quiero decir que ayer, cuando regresé con la señorita Flora, la vi que no estaba donde usted la había dejado. Más tarde, por la tarde, tuve ocasión de preguntarle a Luke, y declaró que no la había visto ni tocado. No pudimos más que intercambiar, ante esto, uno de nuestros más profundos sondeos mutuos, y fue Mrs. Grose quien primero sacó la sonda a flote con un casi jubiloso «¡Ya lo ve usted!»

—Sí, veo que si Miles la tomó en cambio, probablemente la habrá leído y destruido.

—¿Y no ve usted ninguna otra cosa?

Le puse cara un momento con una triste sonrisa. — Me parece que a estas alturas sus ojos están abiertos incluso más que los míos.

Lo estaban, en efecto, pero aún pudo casi ruborizarse al mostrarlo. — Entiendo ahora lo que debe de haber hecho en el colegio. Y con su sencilla agudeza, asintió con un cabeceo casi cómico y desencantado. — ¡Robó!

Le di vueltas al asunto, intenté ser más objetiva. — Bueno..., quizá.

Pareció encontrarme inesperadamente tranquila. — ¡Robó *cartas*!

No podía conocer mis razones para una calma, después de todo, bastante superficial; así que la disimulé como pude. — ¡Espero entonces que fuera con mejor resultado que en este caso! La nota, en cualquier caso, que puse ayer sobre la mesa —proseguí— le habrá dado una ventaja tan escasa — pues no contenía más que la simple petición de una entrevista— que él ya debe de estar bastante avergonzado de haber llegado tan lejos por tan poco, y que lo que tenía en mente anoche era precisamente la necesidad de confesar. Me pareció, por un instante, haberlo comprendido del todo, verlo todo. —Márchese, márchese —estaba ya junto a la puerta, apresurándola a salir—. Se lo sacaré. Vendrá a mí, confesará. Si confiesa, está salvado. Y si está salvado...

—¿Entonces lo está usted? La buena señora me besó ante esto, y acepté su despedida. — ¡Le salvaré sin él! —exclamó al salir.

## XXII

Sin embargo, cuando se marchó —y la eché de menos al instante—, fue cuando llegó el verdadero aprieto. Si había contado con lo que me daría encontrarme sola con Miles, pronto percibí, al menos, que me daría una medida. Ninguna hora de mi estancia fue asediada por tantas aprensiones como aquella en que bajé a enterarme de que el coche que llevaba a Mrs. Grose y a mi pupila menor había salido ya por las verjas. Ahora estaba yo, me dije, cara a cara con los elementos, y durante buena parte del resto del día, mientras luchaba contra mi debilidad, pude pensar que había sido supremamente imprudente. Era un lugar más estrecho de lo que había conocido hasta entonces; tanto más cuanto que, por primera vez, podía ver en el semblante de los demás un reflejo confuso de la crisis. Lo sucedido les había dejado naturalmente a todos atónitos; había demasiado poco de explicado —por mucho que pudiéramos sugerirles— en la repentinidad del acto de mi compañera. Las doncellas y los criados tenían cara de no entender nada; el efecto de ello en mis nervios fue una agravación hasta que vi la necesidad de convertirlo en un auxilio positivo. Era precisamente, en suma, aferrándome con todas mis fuerzas al timón como evité el naufragio total; y me atrevo a decir que, para aguantar en absoluto, me puse esa mañana muy solemne y muy seca. Acogí con satisfacción la conciencia de tener mucho que hacer, y procuré que se supiese también que, dejada así a mí misma, me encontraba notablemente firme. Deambulé con tal talante, durante la hora o dos siguientes, por toda la finca, y me veía, no lo dudo, como dispuesta a hacer frente a cualquier acometida. Así que, para beneficio de quienes pudiera interesar, desfilé con el corazón enfermo.

La persona a quien menos parecía interesarle resultó ser, hasta la hora de la comida, el pequeño Miles en persona. Mis deambulaciones no me habían

dado, mientras tanto, ni un vislumbre de él, pero habían tendido a hacer más pública la transformación que se producía en nuestra relación como consecuencia de que él, al piano el día anterior, me hubiera, en interés de Flora, tan entretenida y embaucada. El sello de la publicidad lo había conferido, claro está, en toda su plenitud el encierro y la partida de ella, y el cambio mismo quedó inaugurado ahora por nuestra no observancia del régimen habitual del cuarto de estudio. Ya había desaparecido cuando, en mi camino hacia abajo, empujé la puerta de su cuarto, y supe abajo que había desayunado —en presencia de un par de doncellas— con Mrs. Grose y su hermana. Luego había salido, según dijo, a dar un paseo; cosa que, reflexioné, nada podría haber expresado mejor que su franca opinión sobre la brusca transformación de mis funciones. En qué habrían de consistir ahora esas funciones estaba aún por determinar: había, en todo caso, un extraño alivio —me refiero especialmente para mí misma— en la renuncia a una pretensión. Si tanto había aflorado a la superficie, no exagero al decir que lo que quizá había aflorado más alto era el absurdo de prolongar la ficción de que yo tenía algo más que enseñarle. Era suficientemente obvio que, mediante pequeños trucos tácitos en los que él, aún más que yo, se encargaba de preservar mi dignidad, yo había tenido que apelar a él para que me dejara desistir de esforzarme por estar a la altura de su verdadera capacidad. Tenía en todo caso su libertad ahora; yo nunca volvería a tocarla; como había demostrado ampliamente, además, cuando, al unirse a mí en el cuarto de estudio la noche anterior, no había pronunciado, sobre el intervalo recién concluido, ni desafío ni insinuación alguna. Tenía, a partir de ese momento, demasiado mis otras ideas. Sin embargo, cuando al fin llegó, la dificultad de aplicarlas, las acumulaciones de mi problema, se me presentaron en toda su crudeza ante la hermosa pequeña presencia sobre la cual lo ocurrido no había depositado aún, para los ojos, ni mancha ni sombra.

Para marcar, en la casa, el alto estado que cultivaba, decreté que mis comidas con el niño se sirvieran, como lo llamábamos, abajo; de modo que había estado aguardándole en la ponderosa pompa de la sala cuya ventana me había dado, aquella primera asustada mañana del domingo, mi destello de algo que difícilmente habría podido llamarse luz. Aquí sentía de nuevo ahora —lo había sentido una y otra vez— hasta qué punto mi equilibrio dependía del éxito de mi voluntad rígida, la voluntad de cerrar los ojos con la mayor firmeza posible ante la verdad de que lo que debía afrontar era, repugnantemente, contra natura. Solo podía salir adelante confiando en la

«naturaleza» y haciéndola entrar en mis cuentas, tratando mi monstruosa prueba como un empuje en una dirección insólita, por supuesto, e ingrata, pero que exigía, después de todo, para mostrar buena cara, solo otra vuelta de tuerca de la virtud humana ordinaria. Ningún intento, no obstante, podría haber requerido mayor tacto que este intento de suministrar, uno mismo, *toda* la naturaleza. ¿Cómo podía yo introducir siquiera un poco de tal material en una supresión de cualquier referencia a lo ocurrido? ¿Cómo, por otro lado, podía hacer referencia sin dar un nuevo salto a lo horrendo y oscuro? Pues bien, una especie de respuesta había llegado a mí con el tiempo, y quedó tan confirmada como que fui recibida, incontestablemente, por la agudizada visión de lo que había de singular en mi pequeño compañero. Era en efecto como si él hubiera encontrado incluso entonces — como tan a menudo había encontrado en las lecciones — algún otro delicado modo de facilitarme las cosas. ¿No había luz en el hecho que, al compartir nuestra soledad, afloró con un brillo especioso que nunca había lucido del todo hasta entonces? — el hecho de que (la oportunidad favoreciéndolo, preciosa oportunidad que ahora había llegado) sería absurdo, con un niño tan dotado, renunciar a la ayuda que podía arrancarse de una inteligencia absoluta. ¿Para qué se le había dado su inteligencia sino para salvarle? ¿No podía uno, para alcanzar su mente, arriesgarse a tender un brazo anguloso sobre su carácter? Era como si, cuando estábamos frente a frente en el comedor, él me hubiera mostrado literalmente el camino. El asado estaba en la mesa y yo había prescindido del servicio. Miles, antes de sentarse, se quedó un momento de pie con las manos en los bolsillos y miró el trozo de carne, sobre el que parecía a punto de emitir algún juicio humorístico. Pero lo que produjo a continuación fue: — Dime, querida, ¿está de verdad muy malita?

— ¿La pequeña Flora? No tan mal que no se mejore pronto. Londres la pondrá bien. Bly había dejado de sentarle bien. Ven aquí y toma tu carne asada.

Obedeció con viveza, llevó el plato con cuidado a su asiento y, una vez instalado, prosiguió. — ¿Le sentó tan terriblemente mal Bly de repente?

— No tan de repente como podrías pensar. Se lo veía venir.

— ¿Por qué entonces no la enviaste antes?

— ¿Antes de qué?

— Antes de que estuviera demasiado enferma para viajar.

Me encontré pronta. — No está *tan* enferma para viajar: solo podría haberlo llegado a estar si se hubiera quedado. Era este el momento exacto de aprovecharlo. El viaje disipará la influencia — ¡oh, qué solemne estaba! — y se la llevará.

— Ya veo, ya veo. Miles, por su parte, también estaba solemne. Se acomodó a su comida con los deliciosos y pequeños «modales en la mesa» que, desde el día de su llegada, me habían librado de toda grosería en las admoniciones. Fuera lo que fuera por lo que lo habían expulsado del colegio, no fue por comer de manera ordinaria. Era irreprochable, como siempre, ese día; pero perceptiblemente más consciente. Se esforzaba visiblemente por dar por sentadas más cosas de las que encontraba, sin ayuda, del todo fáciles; y cayó en un silencio apacible mientras asimilaba su situación. Nuestra comida fue de las más breves — la mía un vano simulacro —, e hice que retiraran las cosas inmediatamente. Mientras se hacía esto, Miles se quedó de nuevo de pie con las manos en los bolsillos y de espaldas a mí — de pie mirando por la amplia ventana a través de la cual, aquel otro día, había visto lo que me había detenido en seco. Continuamos en silencio mientras la doncella estuvo con nosotros — en silencio, se me ocurrió caprichosamente, como si fuéramos una joven pareja que, en su viaje de bodas, en la posada, se siente cohibida ante la presencia del camarero. Se volvió solo cuando el camarero se hubo marchado. — Bueno..., ¡estamos solos!

## XXIII

—Más o menos. — Me imagino que mi sonrisa era pálida. — No del todo. ¡No queríamos eso!

—No..., supongo que no queríamos. Por supuesto que tenemos a los demás.

—Tenemos a los demás; sí que los tenemos —convine.

—Y sin embargo, aunque los tenemos —volvió a decir, todavía con las manos en los bolsillos y plantado ahí delante de mí—, no cuentan mucho, ¿verdad?

Saqué el mejor partido, pero me sentí desfallecer. — ¡Depende de lo que llames «mucho»!

—Sí —con toda condescendencia—. ¡Todo depende! Ante esto, sin embargo, volvió a encararse con la ventana y pronto la alcanzó con su paso vago, inquieto y caviloso. Permaneció allí un rato con la frente apoyada en el cristal, contemplando los arbustos insípidos que yo conocía bien y las cosas apagadas de noviembre. Yo tenía siempre mi hipocresía del «trabajo», tras la que, ahora, gané el sofá. Apuntalándome en él como lo había hecho repetidamente en aquellos momentos de tormento que he descrito como los momentos en que sabía que los niños estaban entregados a algo de lo que yo estaba excluida, obedecí suficientemente a mi hábito de estar preparada para lo peor. Pero una impresión extraordinaria me cayó encima al extraer un significado de la espalda apurada del niño: ninguna otra que la impresión de que yo *no* estaba excluida ahora. Esta inferencia creció en pocos minutos hasta una intensa agudeza y parecía vinculada con la percepción directa de que era positivamente *él* quien lo estaba. Los marcos y cuadros de la gran

ventana eran una especie de imagen, para él, de un tipo de fracaso. Sentí que lo veía, en cualquier caso, encerrado o excluido. Estaba admirable, pero no cómodo: lo registré con un estremecimiento de esperanza. ¿No estaba mirando, a través del cristal encantado, algo que no podía ver? ¿Y no era esta la primera vez en todo el asunto en que conocía semejante fallo? La primera, la mismísima primera: lo encontré un portento espléndido. Le hacía sentir ansiedad, aunque se vigilaba a sí mismo; había estado ansioso todo el día y, aun mientras, con sus habituales y delicados modales, se sentaba a la mesa, había necesitado toda su extraña pequeña genialidad para darle una apariencia de normalidad. Cuando por fin se volvió para encararse conmigo, era casi como si esa genialidad hubiera sucumbido. —¡Bueno, creo que me alegro de que Bly me siente *bien* a mí!

—Desde luego que parecería que has visto, en estas veinticuatro horas, bastante más de Bly que en algún tiempo atrás. Espero —proseguí valientemente— que te hayas estado divirtiendo.

—Oh, sí, he andado muy lejos, por todas partes, kilómetros y kilómetros. Nunca he sido tan libre.

Tenía, en verdad, sus propios modales, y yo solo podía intentar seguirle el ritmo. —Bueno, ¿te gusta?

Se quedó allí sonriendo; luego al final puso en dos palabras —«¿Y a *usted*?»— más perspicacia de la que yo había oído jamás en dos palabras. Antes de que me diera tiempo de responder a eso, sin embargo, prosiguió como si advirtiera que aquello era una impertinencia que había que suavizar. —Nada podría ser más encantador que la manera en que usted lo lleva, pues si ahora estamos solos, es usted quien está más sola. Pero espero —añadió— que no le importe demasiado.

—¿Tener que vérmelas contigo? —pregunté—. Mi querido niño, ¿cómo no me va a importar? Aunque he renunciado a toda pretensión sobre tu compañía —estás tan por encima de mí—, la disfruto enormemente. ¿Para qué más iba a quedarme?

Me miró más directamente, y la expresión de su cara, más grave ahora, me pareció la más hermosa que le había visto nunca. —¿Se queda solo por eso?

—Desde luego. Me quedo como tu amiga y por el enorme interés que te tengo hasta que pueda hacerse algo por ti que valga más la pena. Eso no debe sorprenderte. — Mi voz temblaba tanto que sentí que era imposible suprimir el estremecimiento—. ¿No recuerdas cuando te dije, cuando fui a sentarme en tu cama aquella noche de la tormenta, que no había nada en el mundo que no hiciera por ti?

—¡Sí, sí! Él, por su parte, cada vez más visiblemente nervioso, tenía un tono que dominar; pero tuvo tanto más éxito que yo que, riendo entre su gravedad, pudo fingir que bromeábamos agradablemente. — Solo que aquello, creo, ¿era para conseguir que yo hiciera algo por *usted*!

—Era en parte para que hicieras algo — concedí—. Pero, ya ves, no lo hiciste.

—Oh, sí — dijo con la más brillante y superficial vivacidad—, quería usted que le contara algo.

—Eso es. Directamente, sin rodeos. Lo que tienes en mente, ya sabes.

—Ah, ¿entonces es *eso* por lo que se ha quedado?

Habló con una alegría a través de la cual aún podía yo captar el más leve y sutil temblor de pasión resentida; pero no puedo empezar a expresar el efecto que produjo en mí una insinuación de rendición aunque tan tenue. Era como si lo que yo había anhelado hubiera llegado por fin solo para asombrarme. — Pues sí, bien puedo confesarlo sin reservas, era exactamente por eso.

Esperó tanto tiempo que supuse que era para repudiar el supuesto sobre el que se fundaba mi acción; pero lo que finalmente dijo fue: —¿Quiere decir ahora, aquí?

—No podría haber un lugar ni un momento mejores. Miró a su alrededor con inquietud, y tuve la extraña — ¡oh, qué extraña! — impresión del mismísimo primer síntoma que le había visto de la aproximación del miedo inmediato. Era como si de repente me tuviera miedo a mí, lo cual me pareció en efecto quizá lo mejor para que así fuera. Y sin embargo, en el propio dolor del esfuerzo sentí que era vano intentar la severidad, y me oí a mí misma en el instante siguiente tan suave que resultaba casi grotesco. —¿Quieres tanto salir otra vez?

— ¡Muchísimo! — Me sonrió con heroísmo, y la conmovedora pequeña valentía de ello quedó realzada por el hecho de que realmente se ruborizó de dolor. Había cogido su sombrero, que había traído consigo, y estaba haciéndolo girar de una manera que me producía, incluso cuando estaba ya casi llegando a puerto, un perverso horror de lo que estaba haciendo. Hacerlo *de cualquier manera* era un acto de violencia, pues ¿en qué consistía sino en la intrusión de la idea de grosería y culpa sobre una pequeña criatura indefensa que había sido para mí una revelación de las posibilidades de trato hermoso? ¿No era una bajeza crear para un ser tan exquisito una mera torpeza ajena? Supongo que leí en nuestra situación entonces una claridad que no pudo haber tenido en aquel momento, pues me parece ver nuestros pobres ojos ya iluminados por alguna chispa de una premonición de la angustia que había de venir. Así que dimos vueltas, con temores y escrúpulos, como luchadores que no se atreven a trabar combate. ¡Pero era el uno por el otro por quien temíamos! Eso nos mantuvo un poco más en suspenso e indemnes. — Se lo contaré todo — dijo Miles — ; quiero decir que le contaré lo que quiera. Se quedará conmigo, y los dos estaremos bien, y lo *contaré*, sí lo haré. Pero no ahora.

— ¿Por qué no ahora?

Mi insistencia le apartó de mí y le tuvo de nuevo un rato ante su ventana en un silencio durante el cual, entre nosotros, se habría podido oír caer un alfiler. Luego estuvo de nuevo ante mí con el aire de alguien para quien, fuera, había alguien con quien había que contar francamente y que estaba esperando. — Tengo que ver a Luke.

No le había reducido todavía a una mentira tan vulgar, y me sentí proporcionalmente avergonzada. Pero, horrible como era, sus mentiras constituían mi verdad. Completé pensativamente unos cuantos puntos de mi labor de punto. — Pues bien, ve a ver a Luke, y yo esperaré lo que prometes. Solo, a cambio de eso, satisface, antes de dejarme, una petición mucho más pequeña.

Tenía el aspecto de quien se cree lo suficientemente victorioso para poder seguir regateando un poco. — ¿Mucho más pequeña...?

— Sí, una mera fracción del todo. Dime — ¡oh, mi labor me tenía absorta y yo era desenvuelta! — : si ayer por la tarde, de la mesa del vestíbulo, tomaste, ya sabes..., mi carta.

## XXIV

Mi sensación de cómo recibió esto sufrió durante un minuto algo que solo puedo describir como una feroz escisión de mi atención —un golpe que al principio, al ponerme de pie de un salto, me redujo al mero movimiento ciego de aferrarle, atraerle hacia mí, y, mientras me apoyaba instintivamente en el mueble más cercano, mantenerle con la espalda vuelta hacia la ventana. La apariencia estaba ya plenamente sobre nosotros de lo que ya había tenido que afrontar aquí: Peter Quint había entrado en el campo de visión como un centinela ante una prisión. Lo siguiente que vi fue que, desde fuera, había alcanzado la ventana, y entonces supe que, pegado al cristal y mirando fijamente a través de él, ofrecía una vez más a la habitación su cara blanca de condenación. Representaría de manera demasiado burda lo que ocurrió dentro de mí ante aquella visión decir que en un segundo se tomó mi decisión; y sin embargo creo que ninguna mujer tan abrumada ha recobrado jamás en tan poco tiempo el dominio del *acto*. Se me ocurrió, en el propio horror de la presencia inmediata, que el acto consistiría, viendo y afrontando lo que veía y afrontaba, en mantener al niño ajeno a todo. La inspiración —no sé darle otro nombre— fue que sentí cuán voluntaria, cuán trascendentemente, podría. Era como luchar con un demonio por un alma humana, y cuando lo hube valorado así, vi cómo el alma humana —sostenida en el temblor de mis manos a la distancia de un brazo extendido— tenía un rocío perfecto de sudor en una adorable frente infantil. La cara que estaba cerca de la mía era tan blanca como la cara pegada al cristal, y de ella brotó enseguida un sonido, no bajo ni débil, sino como venido de mucho más lejos, que bebí como una bocanada de fragancia.

—Sí..., la tomé.

Ante esto, con un gemido de alegría, le abracé, le atraje hacia mí; y mientras le tenía apretado contra mi pecho, donde podía sentir en la repentina fiebre de su cuerpecito el pulso tremendo de su pequeño corazón, mantuve los ojos sobre la cosa que estaba en la ventana y la vi moverse y cambiar de postura. La había comparado con un centinela, pero su lento girar, por un momento, fue más bien el acecho de una bestia desconcertada. Mi valor recién acrecentado era, sin embargo, tal que, para no dejar que se atravesara demasiado, tuve que proteger, por así decirlo, mi llama. Mientras tanto la mirada de la cara volvía a estar en la ventana, el bribón fijo como para observar y esperar. Fue la certeza misma de que podía ya desafiarle, así como la certidumbre positiva, para entonces, de la inconsciencia del niño, lo que me impulsó a continuar. —¿Por qué la tomaste?

—Para ver lo que decías de mí.

—¿Abriste la carta?

—La abrí.

Mis ojos estaban ahora, mientras le aparté un poco de nuevo, en el propio rostro de Miles, en el que el derrumbe de la burla me mostró cuán completo era el estrago de la inquietud. Lo prodigioso era que al fin, por mi éxito, sus sentidos habían quedado sellados y su comunicación cortada: sabía que estaba en presencia, pero no sabía de qué, y sabía aún menos que yo también lo estaba y que yo sí lo sabía. ¿Y qué importaba esa tensión cuando mis ojos volvieron a la ventana solo para ver que el aire estaba de nuevo despejado y que —por mi triunfo personal— la influencia había quedado extinguida? No había nada allí. Sentí que la causa era mía y que obtendría seguramente *todo*. —¡Y no encontraste nada! —dejé salir mi euforia.

Dio el más afligido y pensativo de los pequeños movimientos de cabeza.  
—Nada.

—¡Nada, nada! —casi grité de alegría.

—Nada, nada —repitió tristemente.

Le besé en la frente; estaba empapada. —¿Entonces qué has hecho con ella?

—La he quemado.

—¿La quemaste? Era ahora o nunca. —¿Es eso lo que hacías en el colegio?

¡Oh, lo que aquello suscitó! —¿En el colegio?

—¿Tomabas cartas..., u otras cosas?

—¿Otras cosas? Parecía pensar entonces en algo muy lejano que solo le llegaba a través de la presión de su ansiedad. Y sin embargo le llegó. —  
¿Robé?

Sentí que me sonrojaba hasta la raíz del pelo y me pregunté a la vez si era más extraño hacer semejante pregunta a un caballero o verle recibirla con condescendencias que señalaban la propia distancia de su caída en el mundo. —¿Fue por eso por lo que no podrías volver?

Lo único que él sintió fue algo parecido a una pequeña sorpresa sombría. —¿Sabías que no podría volver?

—Lo sé todo.

Me lanzó ante esto la mirada más larga y extraña. —¿Todo?

—Todo. Por consiguiente, ¿lo hiciste...? Pero no podía volver a decirlo.

Miles pudo, muy sencillamente. —No. No robé.

Mi cara debió de mostrarle que le creía absolutamente; y sin embargo mis manos —aunque era por pura ternura— le sacudieron como para preguntarle por qué, si todo había sido por nada, me había condenado a meses de tormento. —¿Qué hiciste entonces?

Miró vagamente, con dolor, en torno a la parte alta de la habitación y respiró hondo, dos o tres veces, como con dificultad. Bien podría haber estado en el fondo del mar mirando hacia arriba hacia algún tenue crepúsculo verdoso. —Bueno..., dije cosas.

—¿Solo eso?

—¡Pensaron que era suficiente!

—¿Para expulsarte?

¡Nunca nadie «expulsado» había dado tan poco para explicar su expulsión como esa pequeña persona! Pareció sopesar mi pregunta, pero de una

manera del todo desvinculada y casi impotente. — Bueno, supongo que no debería.

— ¿Pero a quién se las dijiste?

Intentó evidentemente recordar, pero se le escapó — lo había perdido. — ¡No lo sé!

Casi me sonrió en la desolación de su rendición, que era en efecto prácticamente, a esas alturas, tan completa que debería haberla dejado ahí. Pero yo estaba obcecada, cegada por la victoria, aunque incluso entonces el mismo efecto que debía haberle acercado tanto a mí era ya el de una separación añadida. — ¿Era a todos? — pregunté.

— No; era solo a... — Pero dio un pequeño cabeceo de malestar. — No recuerdo sus nombres.

— ¿Eran entonces tantos?

— No, solo unos pocos. Los que me caían bien.

¿Los que le caían bien? Parecía que flotaba no hacia la claridad, sino hacia una oscuridad más oscura, y en un minuto había brotado de mi propia compasión la alarmante alarma de que quizá fuera inocente. Fue durante un instante desconcertante y sin fondo, porque si era *inocente*, ¿qué era entonces *yo*? Paralizada mientras duró por el mero roce de la pregunta, le dejé ir un poco, de modo que, con un profundo suspiro, se volvió de mí de nuevo; lo cual, mientras se encaraba a la clara ventana, sufrí, sintiendo que no tenía ya nada allí para retenerle. — ¿Y repitieron lo que dijiste? — proseguí tras un momento.

Estaba pronto a cierta distancia de mí, respirando todavía con dificultad y de nuevo con el aire — aunque ya sin resentimiento al respecto — de sentirse encerrado contra su voluntad. Una vez más, como antes, alzó los ojos al día sombrío como si, de todo lo que hasta entonces le había sostenido, no quedara más que una ansiedad indecible. — Oh, sí — respondió no obstante —, debieron de repetir las. A los que *ellos* querían — añadió.

Había, de alguna manera, menos de lo que yo esperaba; pero le di vueltas. — ¿Y esas cosas llegaron...?

— ¿A los maestros? ¡Oh, sí! — respondió con toda sencillez —. Pero no sabía que lo fueran a contar.

—¿Los maestros? No lo contaron —jamás lo han contado. Por eso te lo pregunto.

Volvió su pequeña cara bella y febril hacia mí. —Sí, estuvo muy mal.

—¿Muy mal?

—Lo que supongo que decía a veces. Como para escribirlo a casa.

No puedo nombrar el pathos exquisito de la contradicción que tal discurso ofrecía en boca de tal hablante; solo sé que en el instante siguiente me oí lanzar con ruda y casera energía: —¡Bobadas y tonterías! Pero el instante siguiente debí de sonar bastante severa. —¿*Qué* eran esas cosas?

Mi severidad era toda para su juez, su verdugo; y sin embargo le hizo apartarse de nuevo, y ese movimiento me hizo a *mí*, de un solo salto y con un grito irreprimible, abalanzarme directamente sobre él. Pues allí estaba de nuevo, contra el cristal, como para arruinar su confesión y detener su respuesta, el horrendo autor de nuestra desgracia —la cara blanca de condenación. Sentí un mareo nauseabundo al desmoronarse mi victoria y regresar toda mi lucha, de modo que la locura de mi verdadero salto solo sirvió de gran traición. Le vi, desde lo más hondo de mi acto, recibirlo con una adivinación, y ante la percepción de que incluso entonces solo lo presentía, y de que la ventana seguía libre para sus propios ojos, dejé que el impulso ardiera hasta convertir el clímax de su consternación en la mismísima prueba de su liberación. —¡Ya no más, ya no más, ya no más! —grité, mientras intentaba apretarle contra mí, a mi visitante.

—¿Está *ella* aquí? —jadeó Miles al captar con sus ojos sellados la dirección de mis palabras. Luego, cuando su extraño «ella» me desconcertó y yo lo eché con una exclamación, —¡Miss Jessel, Miss Jessel!—, él me lo devolvió con una súbita furia.

Me quedé estupefacta ante su suposición —alguna secuela de lo que habíamos hecho con Flora—, pero eso solo me hizo querer mostrarle que era algo todavía mejor que eso. —¡No es Miss Jessel! Pero está en la ventana —justo ante nosotros. Está *ahí*: el cobarde horror, ¡ahí por última vez!

Ante esto, tras un segundo en que su cabeza hizo el movimiento de un perro perplejo ante un rastro y luego sacudió frenéticamente la cabeza en busca de aire y luz, se abalanzó hacia mí en una furia blanca, desconcertado, mirando en vano por toda la habitación y sin ver en absoluto, aunque

ahora, para mis sentidos, llenaba la habitación como el sabor del veneno, la vasta y aplastante presencia. —¿Es *él*?

Estaba tan decidida a tener toda mi prueba que me transformé en hielo para desafiarle. —¿A quién te refieres con «*él*»?

—¿Peter Quint..., demonio de usted! Su cara recorrió de nuevo la habitación con una convulsa súplica. —¿*Dónde*?

Siguen en mis oídos, su suprema rendición del nombre y su tributo a mi devoción. —¿Qué importa *él* ahora, amor mío? ¿Qué importará *jamás*? *Yo* te tengo —le lancé a la bestia—, ¡pero *él* te ha perdido para siempre! Luego, para la demostración de mi obra: —¿Ahí, *ahí*! —le dije a Miles.

Pero *él* ya se había girado bruscamente, miró fijamente, clavó de nuevo la vista y vio solo el día tranquilo. Con el golpe de la pérdida de la que yo estaba tan orgullosa, lanzó el grito de una criatura arrojada por un abismo, y el abrazo con que le retuve habría podido ser el de quien le atrapa en su caída. Le atrapé, sí, le sostuve —con qué pasión puede imaginarse; pero al cabo de un minuto empecé a sentir lo que verdaderamente era lo que sostenía. Estábamos solos con el día tranquilo, y su pequeño corazón, desahuciado, se había detenido.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**